

Las herederas
QUE EL
DOCTOR
rechaza

MANUELA SANT'ANNA

COPYRIGHT © 2025 MANUELA SANT'ANNA

Todos los derechos reservados

FICHA TÉCNICA

Autora: Manuela Sant'Anna

Diseño gráfico: Manuela Sant'Anna

Diagramación del ebook: Manuela Sant'Anna

Versión en español traducida por

Claudine Moralez

Esta obra es una obra de ficción.

Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación de la autora.

Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, así como con hechos, lugares o situaciones reales, es pura coincidencia.

Queda prohibida la reproducción, distribución, comunicación pública, almacenamiento, transmisión o transformación, total o parcial, de esta obra, por cualquier medio o procedimiento — electrónico, mecánico, digital, fotográfico, de grabación o cualquier otro — sin la autorización previa y por escrito de la autora, salvo en los casos expresamente permitidos por la legislación vigente.

Sumário

Sinopse

Uno – Sin nombres - Thea

Dos – La Variable – Brennan

Tres – La gravedad del error – Thea

Cuatro – La corrosión del control – Brennan

Cinco – Reglas hechas para ser rotas – Thea

Sies – Términos e condiciones – Brennan

Siete – La fissura de la espera – Brennan

Ocho – La llegada de la tormenta – Thea

Nueve – La ruptura del acuerdo – Brennan

Diez – Cicatrices y tormenta – Thea

Once – La lógica del caos – Brennan

Doce – El sonido de la caída – Thea

Trece – La colisión – Thea

Catorce – Ecos e elecciones – Brennan

Quince – La matemática del corazón – Thea

Dieciséis – Un sacrificio calculado – Brennan

Diecisiete – El peso de los secretos – Thea

Dieciocho – La danza de los fantasmas – Brennan

Diecinueve – La geometría del dolor – Thea

Veinte – La anatomía de un fantasma – Brennan

Veintiuno – La anatomía de un fantasmas - Brennan

Veintidós – La respiración contenida – Thea

Veintitrés – La arquitectura de la esperanza – Brennan

Veinticuatro – Los cambios siguen – Brennan

Veinticinco – El pedido – Brennan

Veintiséis – El círculo perfecto – Brennan

Epílogo – Tres años después – Thea

SINOPSE

Una noche. Dos vidas. Un secreto devastador.

Thea O'Connell está a punto de realizar su sueño: una residencia en cirugía en el prestigioso New York-Presbyterian. Pero antes de sumergirse en cinco años de dedicación total, se permite una única noche de libertad - que termina en los brazos de un extraño misterioso e intenso.

El Dr. Brennan Rhys-Donovan es el neurocirujano más brillante y temido de Nueva York. Ocho años atrás, una tragedia destruyó su vida, transformándolo en un hombre cerrado, controlador e incapaz de demostrar afecto. Aquella noche con una desconocida rubia fue apenas un escape momentáneo de sus demonios internos.

Cuando Thea descubre que el hombre del bar es su nuevo jefe - y que está embarazada de gemelos - su mundo se desmorona. La reacción de Brennan es devastadora e inexplicable: pánico absoluto, rechazo brutal, y una negativa terminante a aceptar la paternidad.

Un matrimonio de conveniencia es forzado por las circunstancias y por la presión familiar. Pero vivir bajo el mismo techo se convierte en un campo minado emocional. Brennan mantiene distancia, se ahoga en trabajo y alcohol, y evita cualquier mención a los bebés - comportamientos que

hieren profundamente a Thea, quien lucha sola con los desafíos del embarazo mientras intenta entender al hombre detrás de la máscara de hielo.

A medida que secretos del pasado emergen de las sombras, Thea descubre que la frialdad de Brennan esconde un dolor inimaginable y un miedo paralizante. Pero ¿será que comprender sus fantasmas será suficiente para salvarlos? ¿O algunos corazones están rotos demasiado como para ser reparados?

Una historia sobre perdón, redención y el coraje de amar nuevamente - incluso cuando el pasado amenaza destruir cualquier chance de futuro.

Capítulo UNO

El alivio tiene sabor a sal y limón.

Específicamente, la sal en el borde de mi tercer vaso de margarita y el limón que lo acompaña. El líquido helado baja por mi garganta, un antídoto bienvenido para los últimos tres años y medio de ansiedad que se instalaron en mi pecho como un tumor testarudo.

— ¡Por la Dra. O'Connell! — Chloe levanta su vaso, sus ojos brillando por encima del borde. — Que salve muchas vidas y finalmente pague su financiamiento estudiantil para que podamos tomar vacaciones de verdad algún día.

— ¡Yo brindo por eso! — Louis, desparramado en la silla a mi lado, brinda con el vaso de ella.

Yo sonrío, una sonrisa genuina que se siente extraña en mi propio rostro. Hace tanto tiempo. La maratón finalmente terminó. La facultad de medicina, la espera agonizante por la residencia, la burocracia para conseguir mi licencia, la mudanza a esta ciudad que pulsa con una energía que me asusta y me fascina. Y, lo más importante, la plaza. No cualquier plaza. La plaza. Residencia en cirugía en el New York-Presbyterian. El Monte Everest de mi carrera, y estoy en el campamento base, lista para comenzar la escalada mañana.

El primer cheque de pago está a semanas de distancia, pero ya lo gasté mil veces en mi cabeza. Una parte para el alquiler de mi apartamento minúsculo en Queens. Una parte para el financiamiento estudiantil, ese monstruo de seis dígitos que me acecha en los sueños. Y la mayor parte, como siempre, para casa. Para mamá.

Pienso en ella, sola en aquella casa hipotecada en el interior de Pensilvania, su cuerpo una traición diaria. La enfermedad degenerativa de ella no solo le quitó su movilidad; se llevó nuestros ahorros, nuestra seguridad, y la transformó en una mujer afilada y amarga, cuya única forma de amor ahora es la preocupación expresada como crítica. Yo soy su proyecto, su única póliza de seguro contra la ruina total. Y no voy a fallar. No puedo.

— Tierra llamando a Thea. — La mano de Chloe ondea frente a mi cara. — Te fuiste a tu 'lugar de preocupación por la madre' otra vez, ¿verdad? Hoy no, O'Connell. Hoy es sobre ti.

— Ella tiene razón. — Louis se inclina hacia adelante, la expresión seria, pero con una chispa de malicia en los ojos. — Hoy es sobre celebrar el hecho de que no tendrás tiempo para una vida personal por los próximos cinco años. Entonces, ¿cuál es la última cosa que quieres hacer como una mujer libre?

La margarita debe haber disuelto mi filtro. Las palabras salen antes de que pueda detenerlas, un susurro cargado con más verdad de la que me gustaría admitir.

— ¿Honestamente? — Giro el vaso entre mis manos. — Solo quisiera que un hombre increíblemente guapo me tirara en la cama y acabara conmigo. Solo una noche. Sin charla insustancial, sin expectativas. Solo... olvidar. Olvidar la deuda, la enfermedad, la presión. Olvidar todo.

El silencio que sigue es denso. Chloe y Louis se miran. Una sonrisa lenta y peligrosa se extiende por el rostro de Chloe.

Oh, no.

— ¿Es un desafío? — pregunta, la voz llena de peligro.

— ¡No! No, yo solo... estaba siendo honesta. — Intento retroceder, pero es demasiado tarde.

— Desafío aceptado en tu nombre. — Louis señala el bar lleno. — Tu misión, si decides aceptarla: encuentra al hombre más guapo de este bar y consigue su número. O mejor, sal con él. Esta noche.

— Ustedes son ridículos. Yo no voy a...

— ¿Miedo, O'Connell? — Chloe arquea una ceja. — ¿Puedes abrir el pecho de un hombre, pero no puedes hablar con uno?

La provocación da en el blanco. Mi orgullo irlandés, empapado en tequila, se infla. No soy cobarde. Soy una cirujana, caramba. O casi.

— Está bien. — digo, la voz firme. — Está bien. Pero yo elijo el objetivo.

Guiada por el coraje líquido, recorro el lugar con los ojos. Están los tipos de traje, probablemente de Wall Street, hablando demasiado alto sobre sus acciones. Están los hipsters en la esquina, discutiendo sobre alguna banda que nadie nunca escuchó. Ninguno de ellos. No quiero un currículum o una disertación sobre cine independiente. Quiero... intensidad.

Y es cuando lo veo.

Él no está en el bar. Está afuera, visible a través de la enorme ventana de vidrio que da a la calle. Y él no es el tipo de hombre que simplemente

notas. Es el tipo que secuestra el aire de tus pulmones y lo mantiene como rehén. Parado allí, en medio del movimiento de la calle, es una isla de intensidad silenciosa. El abrigo oscuro que usa tiene el cuello levantado, como una barrera sutil entre él y el mundo, enmarcando una mandíbula que parece haber sido esculpida en piedra. Una barba por afeitar sombrea la parte inferior de su rostro, una promesa de aspereza y calor en la misma medida.

Sus cabellos, un caos perfectamente despeinado de ondas oscuras, parece demasiado suave, demasiado tentador. Casi puedo sentir la textura de él bajo mis dedos. Pero son sus ojos los que me atrapan. Oh, aquellos ojos. Incluso a la distancia, bajo la luz de los postes de la calle, puedo sentir el peso de ellos. Parecen contener la noche entera, con tormentas formándose en el horizonte. Hay una melancolía allí, una belleza trágica que susurra historias que él nunca contará en voz alta.

Él mira hacia el lado, y por una milésima de segundo, su mirada encuentra la mía a través del vidrio. El mundo se detiene. Mi corazón da un vuelco doloroso en mi pecho.

No hay sonrisa, solo una intensidad cruda que me recorre como un choque eléctrico. Es hermoso de una manera que duele, el tipo de belleza que advierte sobre corazones rotos y noches de insomnio. Es caliente, no como el sol, sino como el centro de un incendio, peligroso e irresistiblemente atractivo.

Es peligro y promesa envueltos en un abrigo azul marino. Un problema que sé que debo evitar, pero hacia el cual cada átomo de mi ser ya está corriendo.

Él se da vuelta y entra al bar.

Mi objetivo.

— Aquel. — susurro, la voz ronca.

Chloe y Louis siguen mi mirada. La boca de Louis se abre ligeramente.

— Wow. No apuntas bajo, ¿verdad? — murmura.

— Te va a comer viva. — dice Chloe, pero hay un brillo de admiración en sus ojos.

Me levanto, mi cuerpo moviéndose por cuenta propia. La adrenalina y el tequila cantan una canción de guerra en mis venas. Deslizo mi abrigo de los hombros y lo tiro en la silla, revelando el vestido rojo que compré en una liquidación y que guardaba para una ocasión especial. Un vestido que grita confianza, incluso si por dentro estoy temblando.

— Deséenme suerte. — digo, y comienzo a caminar.

Cada paso hacia el bar es como caminar en la cuerda floja. Siento las miradas de mis amigos en mi espalda, una mezcla de aliento y puro asombro. El hombre está de espaldas a mí ahora, ocupando su espacio en la barra de madera oscura como si fuera el dueño del lugar. Es aún más alto de lo que parecía desde afuera, sus hombros anchos llenando el abrigo de una forma que hace que mi estómago se anude.

Me detengo a su lado, lo suficientemente cerca para sentir el calor que irradia de su cuerpo. El olor de él me golpea primero. No es colonia. Es algo más limpio, más sutil. Huele a noche fría, a lana cara y a whisky.

Respiro profundo. Eres Thea O'Connell. Sobreviviste a bioquímica orgánica. Puedes hacer esto.

— Un whisky. Puro. — le digo al barman, mi voz saliendo sorprendentemente firme.

El hombre a mi lado se gira ligeramente, solo la cabeza. Sus ojos — ahora puedo verlos de cerca, y son castaños con anillos de oro alrededor de la pupila, como un eclipse — recorren mi cuerpo. No es una mirada lasciva o irrespetuosa. Es... evaluadora. Como si estuviera analizando una obra de arte compleja, decidiendo su valor. La mirada de él quema mi piel a través de la tela del vestido, subiendo lentamente del escote, pasando por mi cuello, hasta encontrar mis ojos.

Mantengo su mirada, mi corazón martillando contra mis costillas.

Una voz espesa, densa y grave que parece vibrar en el suelo bajo mis pies corta el aire.

— Póngalo en mi cuenta. — le dice al barman, sin quitar los ojos de los míos.

— Gracias. — digo, intentando mantener la calma. — Pero puedo pagar mi propia bebida.

Una esquina de su boca se curva, pero no llega a ser una sonrisa. Es algo más cínico.

— No lo dudo.

El barman coloca el vaso frente a mí. Lo tomo, mis dedos un poco temblorosos. Lo llevo a los labios y tomo un sorbo, el líquido quemando todo el camino hacia abajo, dándome el coraje que necesito.

— ¿Celebrando algo? — pregunta, su voz un murmullo bajo que apenas puedo oír por encima de la música.

— Comenzando algo. — corrijo, girándome para enfrentarlo de frente. — ¿Y tú? ¿Ahogando algo?

La sombra de diversión en su rostro desaparece, reemplazada por aquella melancolía que vi a través de la ventana. Bingo.

— Algo así.

— Bueno, soy una gran oyente. — miento descaradamente. Lo último que quiero es escuchar sobre los problemas de un extraño.

Él me examina de nuevo, más demoradamente esta vez.

— Te ves un poco borracha para ser una buena oyente.

Audaz. Y probablemente correcto.

— No bebí tanto. — afirmo, enderezando la columna. — Y soy fuerte para la bebida. Es la maldición irlandesa.

Eso no es mentira. Lo soy. Pero la combinación de alivio y tequila me dejó más atrevida que fuerte.

Sus ojos se entrecierran. Me mira de pies a cabeza, y luego vuelve a mi rostro. Es un escrutinio tan intenso que siento como si pudiera ver a través de mí, ver la deuda, la preocupación, la desesperación silenciosa. Me está pesando, midiéndome. Se está preguntando si valgo el riesgo.

Por un momento aterrador, creo que va a descartarme. Que se dará vuelta y me dejará allí, humillada.

Entonces, se decide.

Coloca su vaso vacío en la barra con un clic definitivo.

— Vamos a un lugar más privado. — No es una pregunta. Es una declaración.

Mi corazón salta. La victoria es dulce y aterradora. La parte de mí que funciona con tequila y tres años de soledad grita ¡SÍ! Pero la otra parte, la parte que está a punto de convertirse en una cirujana en Nueva York, la parte que vio todos los documentales sobre crímenes reales, pisa el freno con fuerza.

— ¿Y cómo sé que puedo confiar en ti? — Las palabras salen, una isla de sobriedad en un océano de deseo. — ¿Cómo sé que "privado" no es solo un eufemismo para un sótano sin ventanas?

Una sonrisa triste toca sus labios. Es la cosa más desoladora que he visto.

— Puedes. — dice, la voz baja, como si la propia idea de confianza lo agotara.

Sacudo la cabeza, el alcohol dándome un coraje que roza la imprudencia.

— Tu palabra no significa nada para mí. Eres un extraño.

Él no parece ofendido. Solo me mira por un largo momento, y luego, en lugar de responder, se gira hacia el barman, un tipo de mediana edad con brazos tatuados y una sonrisa cansada.

— Steven. — El extraño dice, simplemente.

Steven, el barman, deja de pulir un vaso y lo mira a él, luego a mí. Hay un brillo de comprensión en sus ojos.

— ¿Es de confianza? — pregunto, sonando más desafiante de lo que me siento.

Steven sonríe, una sonrisa genuina que ilumina su rostro. Intercambia una mirada con el hombre a mi lado. Una mirada que contiene años de

historia.

— Más que cualquiera que conozca. — dice Steven, la voz ronca. Se inclina sobre la barra, como si fuera a contarme un secreto. — Confiaría mi vida en él. Sin dudar.

La declaración es tan absoluta que me desequilibra. Pero el humor sombrío, mi fiel compañero, asume el control.

— Cierto. ¿Y si aparezco descuartizada en algún agujero mañana, podrás decirle a la policía que fue él?

El extraño a mi lado suelta una carcajada. No es una sonrisa o una risita. Es una carcajada sonora, profunda y rica que me sorprende completamente. El sonido reverbera en mi pecho, inesperado e increíblemente atractivo. Es la primera vez que veo algo más allá de la tormenta en su rostro.

Es Steven quien responde, la sonrisa convirtiéndose en un enigma.

— Ah, no te preocupes por eso. — dice, secando una mancha invisible en la barra. — Aunque él sea probablemente la única persona en esta ciudad capaz de descuartizar un cuerpo con precisión milimétrica y maestría quirúrgica, no lo haría contigo.

Intercambian otra mirada. Una mirada misteriosa, cómplice, sobre un chiste del cual claramente no formo parte.

Mi mente gira. ¿Maestría quirúrgica? ¿Qué diablos significa eso? Las banderas rojas están ondeando furiosamente, pero el tequila y aquella carcajada las transforman en invitaciones. El peligro ya no me asusta; me atrae. Por una noche, solo una, quiero caminar al borde del precipicio.

Reflexiono por un minuto que parece una eternidad, pesando el riesgo contra la recompensa. El calor de su cuerpo a mi lado. La promesa en sus ojos. El hambre dentro de mí.

Que se joda la cautela. Mañana seré la Dra. O'Connell. Esta noche, soy solo una mujer que necesita olvidar.

— Está bien. — digo, la voz un susurro.

Me doy vuelta y camino de regreso a mi mesa, sintiendo su mirada en mí a cada paso. Tomo mi abrigo, evitando los ojos desorbitados de Chloe y Louis. Solo les doy un movimiento de cabeza triunfante y una sonrisa que dice lo logré.

Lo encuentro cerca de la puerta. Él la sostiene abierta para mí, un gesto de cortesía que parece extraño viniendo de un hombre con tanta intensidad predatoria. El aire frío de la noche me golpea, despejando un poco mi cabeza.

Aún en la acera, cuando estoy a punto de preguntar a dónde vamos, él se gira y me sujeta por el brazo. Su otra mano sube a mi cuello, sus dedos enredándose en mi cabello en la base de mi nuca. Me atrae hacia él, y su boca desciende sobre la mía.

El beso no es gentil. No es exploratorio. Es una toma de posesión. Es hambriento, desesperado, casi brutal en su honestidad. El sabor de él es a whisky y a algo únicamente suyo, algo oscuro y complejo. La aspereza de su barba raspa mi piel, y el sonido que escapa de mi garganta es un gemido de pura sorpresa y deseo. Me besa como si estuviera muriendo de sed y yo fuera la primera gota de lluvia en un desierto. Me quedo sin aliento, mis uñas clavándose en sus hombros solo para mantenerme de pie.

Cuando finalmente se aleja, ambos estamos jadeantes. Sus ojos están más oscuros que antes, las pupilas dilatadas.

— Vamos. — dice, la voz ronca.

Me guía por la calle, su mano firme en la parte baja de mi espalda. Nos detenemos frente a un Audi negro, último modelo, tan elegante y silencioso como él. Abre la puerta del pasajero para mí. Entro, el olor a cuero nuevo y caro envolviéndome.

Él entra del lado del conductor y enciende el auto. El motor ronronea, un sonido bajo y poderoso. Se aleja de la acera y entra al tráfico de Manhattan sin decir una palabra.

El clima dentro del auto es eléctrico. La tensión sexual es una tercera persona sentada entre nosotros, tan palpable que podría extender la mano y tocarla. Observo sus manos en el volante. Manos grandes, dedos largos. Manos de un pianista o... de un cirujano. Aparto el pensamiento. Esta noche, él no es nada más que un extraño.

El silencio se extiende, roto solo por el sonido suave de los neumáticos en el asfalto y los latidos de mi propio corazón. Él no me mira. Sus ojos están fijos en el camino, la mandíbula apretada. La ciudad pasa por nosotros en un borrón de luces de neón.

De repente, gira el volante bruscamente, el movimiento rápido asustándome. Entra en un callejón oscuro, apretado entre dos edificios de ladrillos. Detiene el auto y apaga el motor, sumergiéndonos en la oscuridad y el silencio casi total. La única luz viene de un resplandor distante de la calle.

Mi corazón está en mi garganta. Esto es una locura. Esto es peligroso. Debería tener miedo.

Pero no lo tengo.

Él se gira en el asiento para encararme. Su rostro está en sombras, pero puedo ver el brillo de sus ojos.

— Ven aquí, nena. — Su voz es una orden baja, un gruñido.

Obedezco sin dudar. Torpemente, paso por encima de la consola central, el vestido subiendo por mis muslos. Me acomodo en su regazo, de frente a él. Su cuerpo es duro y caliente bajo el mío y puedo sentir su eje rígido. Eso hace que mis bragas se empapen. Sus manos encuentran mi cintura, luego bajan a mi trasero, sosteniéndome en su lugar. Muerdo mi labio. Él quiere que lo sienta.

Estoy tan cerca que puedo sentir su respiración en mi rostro. Puedo ver cada detalle de la tormenta en sus ojos.

— ¿Cuál es tu nombre? — susurro, la pregunta escapando antes de que pueda detenerla. Necesito algo a qué aferrarme. Un pedazo de él.

Él duda por un segundo, sus dedos apretando mi trasero. Su respuesta, cuando llega, es un golpe certero.

— Sin nombres. — dice, la voz áspera, mordiendo mi mandíbula. — Esto no es sobre nombres. Es solo sexo. Solo una noche.

Duele. Tanto la mordida, como la respuesta. La mordida me deja encendida, enviando una vibración por mis nervios. La respuesta, una punzada inesperada de decepción. Pero es exactamente lo que pedí, ¿no? Sin expectativas. Solo olvidar.

Entonces, asiento. Acepto sus términos.

— Está bien. — susurro. — Sin nombres.

Su boca encuentra la mía nuevamente, y esta vez no hay nada más que pura necesidad. Sus dedos se enredan en mis cabellos, jalándolos, haciéndome corresponder, dirigiendo mi cabeza.

Me muevo sobre su regazo, frotando mi coño contra su cremallera, queriendo sentir más de él. Recibo un gruñido en respuesta y él profundiza el beso y es tan erótico.

Su boca desciende entonces a mi cuello, succionando mi piel. Sé que quedaré marcada, por su barba, por sus chupetones, pero... ¿A quién le importa, cuando es tan bueno?

Bruscamente, baja los tirantes y luego el frente de mi vestido, exponiendo mis senos. Su mano grande me acaricia, el pulgar jugando con mi pezón. Jadeo y me muevo nuevamente sobre su regazo, inquieta.

Entonces sostiene mi seno, se curva y toma un pezón duro con avidez, sus ojos en la penumbra buscando mi rostro, observando mis reacciones. Dejo escapar un gemido bajito y paso la lengua por mis labios. En respuesta, él succiona más fuerte.

Sus manos ahora suben apresuradas por mi espalda, bajando la cremallera de mi vestido. El aire frío golpea mi piel. Él tira, y me ayudo a quitarme la prenda, arrojándola al asiento trasero.

El aire dentro del auto se vuelve pesado, electrizado, con el vapor de nuestra respiración empañando los vidrios, creando un mundo privado, aislado del callejón oscuro de Manhattan. El sonido de una cremallera siendo bajada resuena como un trueno en aquel espacio confinado. El vestido rojo, mi armadura, está ahora abandonado en el asiento trasero.

Sus manos, aquellas manos de dedos largos que no dejo de mirar, se desliza por mi espalda, descubriendo mi piel centímetro por centímetro. La

palma de él es áspera cuando encuentran mis senos nuevamente, un contraste que me hace estremecer de puro deseo.

— Oh, Dios — la palabra escapa de mis labios en un susurro jadeante cuando sus dedos tuercen mis pezones.

Él no dice nada. Su respuesta es un gruñido bajo, casi animal, en la base de mi garganta antes de que su boca encuentre la mía nuevamente. Este beso no es de posesión, es de devoración. Es abierto, húmedo, y profundamente salvaje. Me aferro a sus cabellos, los jalo, intento acercarme más, fundir nuestros cuerpos a través de la barrera irritante de las ropas.

Él rompe el beso, jadeante, su frente apoyada en la mía.

— Necesito verte. — digo, los dientes apretados. — Ahora.

Mi orden es áspera, urgente. Sus manos se mueven a su propia ropa, y lo observo, hipnotizada, mientras abre los botones de su camisa con movimientos bruscos y eficientes. La piel que se revela es pálida, marcada por tatuajes discretos y el contorno de músculos definidos. Él no es solo fuerte; está esculpido. Un físico que habla de disciplina y poder brutos.

Mi propia mano se mueve por voluntad propia, tocando el calor de su pecho, sintiendo el corazón latiendo furiosamente contra mi palma. Es un ritmo caótico, tan acelerado como el mío. Desvergonzada, bajo la mano entre nuestros cuerpos y encuentro su eje, aún cubierto por los jeans. ¡Mierda, es grande! El descubrimiento es un shock: está tan duro como una piedra y lo quiero dentro de mí, con una urgencia que me asusta.

— Carajo, chica. — gruñe, el sonido bajo en aquella voz destrozada, llena de una intimidad que no tenemos derecho, hace que algo dentro de mí se deshaga. — Voy a meterlo tan profundo en ti que pedirás misericordia.

Casi me veo diciendo ¡sí, por favor!

— Bésame. — ordena ásperamente y lo obedezco.

Mientras me deleito con su boca, él baja la cremallera, la ropa interior, hasta que están amontonadas en sus talones. De dónde consiguió el preservativo que está usando no tengo idea. Pero me siento aliviada de que haya recordado eso, pues mi mente no está trabajando bien.

Él me atrae aún más contra él, piel contra piel, y el calor es arrollador. Un gemido escapa de mí, alto y crudo, amortiguado contra su hombro. Su boca recorre mi cuello, mi clavícula, hasta encontrar el pezón de mi seno de nuevo. Su toque no es de adoración; es de hambre. Es húmedo, caliente e implacable, y me arqueo bajo él, una ola de puro éxtasis barriendo cada fibra de mi ser. Mis uñas se clavan en su espalda, marcando la piel en un acceso de posesividad, mientras me restriego, frotando mi feminidad en la verga dura como roca bajo mí.

— Esto... no debería ser tan bueno — susurra, su voz un ruido áspero contra mi piel, como si la intensidad del momento lo hubiera tomado de sorpresa tanto como a mí.

Él me acomoda en su regazo, sus dedos encuentran el elástico de mis bragas. Sé que puede sentir mi humedad, pero no me importa. Soy pura y urgente necesidad. Él no las quita; solo las empuja hacia un lado, y su dedo encuentra mi centro, húmedo y pulsante por él. Mete un dedo en mí. ¡Es la locura!

Un choque eléctrico recorre mi columna. Mis caderas se mueven por instinto, buscando la presión de su mano, un gemido agónico me escapa.

— ¡Santo Cristo, tan mojada! ¡Me encanta!

— Por favor. — suplico, mi boca seca, sin saber por qué estoy pidiendo, solo sabiendo que necesito.

Él me mira, sus ojos negros y tempestuosos encontrando los míos en la oscuridad. Hay una guerra ahí dentro, un espejo de mi propia confusión. Esto se suponía que fuera rápido, anónimo, un alivio físico. No... esto. No esta conexión visceral que hace que el universo entero se reduzca al calor de su piel contra la mía.

Su pulgar encuentra mi clítoris, jugando con él. El hombre quiere llevarme al límite y lo adoro.

— Córrete para mí, nena. — su voz es baja, áspera, en una orden que me eriza toda. — Quieres mi verga dentro de ti, ¿verdad?

— Sí... — es un balbuceo, casi un llanto lo que sale de mí, mientras me restrego contra su toque.

— Entonces córrete para mí y prometo follarte duro. — su lengua pasa a pincelar mi pezón, mientras un brazo me sostiene firme, mi trasero en el aire, mientras juega conmigo.

Mis dedos agarran sus cabellos y solo me dejo llevar. ¡Hace tanto tiempo! Tanto tiempo sin estas sensaciones... aunque ni siquiera recuerdo si ya sentí algo así, tan caliente, crudo.

Siento cuando muerde mi pezón, el dedo manipulándome y entonces el orgasmo viene, arrebatándome, haciéndome gemir alto, un sonido gutural que me hace echar la cabeza hacia atrás.

— Maldita sea — maldice, bajo y ronco, y espera a que me recupere de mi éxtasis.

Entonces me acomoda sobre la punta de su verga y me hace bajar por su eje.

— ¡Mierda! — lo oigo gruñir, él entrando en mí, ensanchándose, mis músculos luchando para aceptarlo. — ¡Tan apretada!

Muerdo mis labios con fuerza. La sensación... no estaba preparada y me horrorizo cuando noto mis ojos húmedos y espero que sea por la emoción de hace mucho tiempo no tener un contacto tan íntimo como este.

No hay más palabras. Solo el sonido jadeante de nuestra respiración, el crepitar húmedo de nuestra piel encontrándose, el golpe amortiguado de nuestros cuerpos moviéndose en un ritmo ancestral. Es desesperado, caótico, y absolutamente perfecto. No puedo contener mis gemidos, la sensación de que voy a perder el aire a cada embestida. Cada movimiento es un descubrimiento, cada toque enciende un nuevo nervio. Es como encontrar la pieza final de un rompecabezas que ni siquiera sabía que faltaba.

La sorpresa no está en la atracción, sino en la profundidad de ella. En la forma como nuestros cuerpos encajan, como nuestras fallas se encuentran, creando no solo una fricción erótica, totalmente prohibida, sino una armonía brutal y bella. La química no es un fuego artificial; es un terremoto, sacudiendo fundaciones que juzgaba inquebrantables.

Cuando el clímax me golpea, un temblor silencioso que me barre completamente. No suelto un grito, sino un suspiro robado, un gemido amortiguado contra labios sudorosos. Un espasmo que me deja paralizada, mientras siento que viene dentro de mí, maldiciendo una maldición, su cuerpo tensándose, sus manos en mi cintura apretándose con fuerza, sus dedos marcando mi piel. En seguida estamos jadeantes, pegados uno al otro en la oscuridad.

El silencio que sigue es roto solo por el latir de nuestros cuerpos intentando calmarse. Todavía estoy sobre él, su cabeza recostada contra mi piel sudorosa, su respiración, caliente contra mi cuello, totalmente irregular.

No nos movemos. No hablamos. Solo nos quedamos allí, en la oscuridad del auto, sorprendidos y silenciosamente devastados por la tormenta que desencadenamos. La promesa de solo un polvo ya suena como una broma de mal gusto, un acuerdo frágil roto por la crudeza de nuestros propios cuerpos.

Por una noche, en la oscuridad, sin nombres, olvido. Y, extrañamente, sospecho que él también olvidó.

Capítulo DOS

La puerta de mi apartamento se cierra detrás de mí con un clic hueco. El sonido es definitivo, separando el caos de la ciudad del silencio estéril que llamo hogar. El silencio nunca me molestó. Lo cultivé. Es un escudo, un bálsamo, un recordatorio constante del control que exijo de mi vida.

Pero esta noche, el silencio es diferente. No está vacío. Está lleno con el fantasma de un sonido, el eco de una risa jadeante. Está impregnado con un olor que no pertenece aquí, algo como vainilla y tequila y la piel caliente de una mujer.

Ella.

No salí esta noche en busca de... eso. Salí porque las paredes de este lugar se estaban cerrando, cada superficie de vidrio y acero pulido reflejando a un hombre que apenas reconozco. Solo quería un poco de soledad en medio de una multitud. Un whisky, el zumbido de conversaciones anónimas, y después de vuelta al silencio. Era el plan. Los planes son seguros. Los planes son controlables.

La vi antes incluso de entrar al bar, una mancha de rojo vibrante contra la noche. Una explosión de vida. Y la descarté. Demasiado bonita. Demasiado joven. Un tipo de complicación que eliminé de mi vida como un cirujano extirpa un tumor.

Pero entonces ella se acercó. Y el plan se desintegró.

De cerca, era devastadora. Cabello rubio que parecía haber robado la luz del bar, ojos que eran una mezcla desafiante de verde y gris, y un cuerpo que el vestido rojo apenas contenía. Pero fue su olor lo que me destruyó. Femenino, embriagador, real. Me golpeó como un sedante, embotando mi lógica, despertando algo primitivo y dormido dentro de mí.

Y supe, con una certeza aterradora, que necesitaba tenerla.

Lo que sucedió en mi auto no debía haber sido... lo que fue. Debía ser una liberación. Rápido, impersonal, anónimo. Una transacción puramente física para silenciar la necesidad que ella despertó. Sin nombres. Sin promesas. Eran las reglas. Mis reglas.

Pero el sexo no fue rápido. No fue impersonal. Fue una combustión. Fue una batalla, una rendición. Fue la forma en que arañó mi espalda, la forma en que gritó mi nombre... espera, ella no gritó mi nombre, no tengo nombre... la forma en que se movía contra mí, encontrándome con una ferocidad que igualaba la mía.

Horas después de dejarla de vuelta en la acera de aquel bar, cada centímetro de mi cuerpo aún vibra con el recuerdo de ella. Mis músculos duelen de una forma que no dolían hace años. Estoy agotado y más despierto que nunca.

Aflojo la corbata, arrojándola sobre una silla de diseño que costó más que un auto popular. Comienzo a desabotonar mi camisa, mis movimientos lentos, deliberados. Necesito una ducha. Necesito lavar su olor de mi piel, la sensación de ella de mi memoria.

Me detengo frente a la pared espejada que separa la sala de estar del dormitorio. Mi apartamento es un ejercicio de minimalismo. Gris, negro,

blanco. Sin fotos. Sin recuerdos. Un reflejo del paisaje vacío de mi alma. Y en medio de todo ese orden controlado, mi reflejo es la prueba del caos.

Mi cabello, generalmente peinado hacia atrás, está hecho un desastre. Mis ojos están oscuros, las pupilas aún un poco dilatadas. Y entonces veo.

En mi pecho y hombros, marcando mi piel pálida, hay arañazos. Líneas rojas y finas, perfectamente espaciadas. Las marcas de sus uñas. Prueba física de que ella no fue una alucinación. Prueba de que perdí el control.

Levanto una mano y paso las yemas de los dedos sobre una de las marcas. La piel arde levemente. Y, para mi horror y frustración, mi cuerpo reacciona. Instantáneamente. Una ola de calor recorre mis venas, mi verga contrayéndose en mis pantalones, dura y necesitada. Lista para otra sesión.

Una risa frustrada escapa de mis labios. Patético.

Por un segundo insano, lo considero. Volver a aquel bar. Encontrarla. Tal vez ella todavía esté allí. Traerla aquí, a mi cama. Repetir lo que hicimos en el auto, pero más despacio. Por horas. Aprender el sabor de cada centímetro de su piel.

No.

La palabra es una orden fría en mi mente. Esto no es quien soy. No más. Sentimientos, apegos, complicaciones... son enfermedades. Y soy inmune. Tuve que volverme inmune para sobrevivir.

Me doy vuelta de mi reflejo y entro al baño, que parece más una sala de cirugía que un espacio para relajarse. Enciendo la ducha, el agua tan caliente que casi quema. Entro y dejo que el agua caiga sobre mí, intentando borrar la sensación de sus dedos en mi cabello, de sus piernas

alrededor de mi cintura. Pero el agua solo parece acentuar las marcas en mi pecho.

Después de la ducha, voy a la cama. La sábana de algodón egipcio está fría y vacía. El otro lado de la cama king-size está intocado, como siempre estuvo en los últimos ocho años. El silencio vuelve, más pesado que antes. Cierro los ojos, pero todo lo que veo es el verde tempestuoso de sus ojos. Mi cuerpo aún pulsa, una traición frustrante de mi mente disciplinada. La pequeña rubia del bar me arruinó para dormir esta noche.

Toma una eternidad, pero eventualmente, el agotamiento vence a la necesidad. Me sumerjo en la oscuridad, a la deriva.

Y es allí donde él me encuentra.

El sueño es siempre el mismo. Estoy en un campo, el pasto alto y verde, el sol caliente en mi rostro. Y lo oigo antes de verlo. El sonido de pies pequeños corriendo, la risa que es una versión en miniatura de la mía.

— ¡Papá!

Me doy vuelta, y allí está él. Una miniatura perfecta de mí, con cabello oscuro y despeinado y ojos que contienen todo el universo. Corre hacia mí, los brazos abiertos, una sonrisa que podría acabar con guerras.

Me arrodillo, listo para tomarlo, para sentir su peso en mis brazos, el olor de su cabello...

Mis ojos se abren con un chasquido.

Estoy sentado en la cama, el pecho jadeante, el corazón latiendo descontroladamente contra mis costillas. El sudor frío corre por mi frente. El cuarto está oscuro, silencioso. Vacío. Solo las luces de la ciudad pintando patrones fríos en las paredes.

Fue solo un sueño.

Siempre es solo un sueño.

La devastación me golpea como una ola, robándome el aire. El agujero en mi pecho, generalmente adormecido bajo capas de trabajo y control, se abre, un abismo de dolor crudo. Coloco mi cabeza entre las manos, mis hombros temblando. Aquí, en la oscuridad, donde nadie puede ver, la fachada del Dr. Brennan Rhys-Donovan se deshace, y solo soy un hombre atormentado por un fantasma que nunca podrá tocar.

Lunes.

El hospital es mi santuario.

Dentro de estas paredes, no soy el hombre que despierta de pesadillas. Soy Dios. Soy el neurocirujano que realiza milagros, el profesor que inspira miedo y respeto. El control que me escapa en la oscuridad de mi cuarto es absoluto aquí. Cada movimiento es preciso, cada decisión es calculada. El caos no tiene lugar en mi sala de cirugía o en mi vida profesional.

Es el primer día del nuevo año académico. El día en que la nueva cosecha de residentes llega, con los ojos brillantes y llenos de una esperanza que la vida aún no ha aplastado. Es mi responsabilidad comenzar ese proceso de aplastamiento. No por crueldad, sino por necesidad. La cirugía no es lugar para la esperanza. Es lugar para habilidad, precisión y la aceptación fría de que, a veces, vas a fallar.

No tengo paciencia para enseñarles. Es una tarea tediosa, parte de mis obligaciones como Jefe del Departamento.

Estoy en mi oficina revisando los exámenes de un paciente cuando hay un golpe en la puerta.

— Entre.

Dra. Cora Evans, la Jefa de los Residentes de este año, entra. Es competente, eficiente, y sabe cómo mantenerse fuera de mi camino.

— Dr. Rhys-Donovan. Los nuevos residentes de cirugía están aquí para la presentación.

Suspiro, un sonido de puro fastidio.

— Tráígalos.

Ella asiente y sale. Momentos después, retorna, seguida por un grupo de seis figuras nerviosas en batas blancas nuevas y almidonadas. Se alinean frente a mi escritorio como soldados esperando inspección. Los observo por encima de mis lentes de lectura, mi rostro una máscara de indiferencia. Rostros jóvenes. Asustados. Ansiosos por impresionar. Ni siquiera me molesto en aprender sus nombres todavía. La mayoría de ellos no durará en mi servicio.

Mi mirada pasa por uno, dos, tres...

Y se detiene.

El aire deja mis pulmones en una bocanada silenciosa.

No.

No puede ser.

Es ella.

La rubia ardiente del bar. El vestido rojo fue reemplazado por una bata blanca que no hace nada para ocultar sus curvas. Su cabello está recogido en un moño apretado, pero algunos mechones rebeldes escapan, enmarcando su rostro. Un rostro que está, en este exacto momento,

completamente desprovisto de color. Está pálida como un fantasma, sus ojos verdes muy abiertos de un asombro tan profundo que creo que puede desmayarse en cualquier momento.

Nuestras miradas se encuentran, y el universo entero se contrae al espacio entre nosotros. El hospital, los otros residentes, todo desaparece. Todo lo que existe es el choque eléctrico del reconocimiento, el recuerdo vívido de su piel bajo mis dedos, de su cuerpo moviéndose contra el mío en la oscuridad de mi auto.

El pánico florece en mi pecho, una sensación extraña y odiosa. Ella está aquí. En mi hospital. En mi departamento. Es una de mis residentes. La variable que no preví. La complicación que no puedo simplemente extirpar.

Peor, delante de todos, tenemos que fingir. Tenemos que ser extraños.

Soy el primero en romper el contacto visual. Me fuerzo a volver a la normalidad, a vestir la coraza despiadada que es mi segunda piel. Me enderezo en la silla, quito los lentes y los coloco en el escritorio. Cruzo las manos, sintiendo la mirada de todos en mí. Especialmente la de ella.

— Bienvenidos al New York-Presbyterian. — Mi voz es fría, cortante, desprovista de cualquier calidez. — Dejemos algo claro. No soy su amigo. No soy su mentor. Soy su jefe. Ustedes no son mis alumnos. Son herramientas. Herramientas que usaré para salvar vidas. Si son útiles, se quedarán. Si se rompen, si se muestran inútiles, serán descartados.

Me levanto y camino alrededor de mi escritorio, deteniéndome frente a ellos. Mi mirada pasa por cada uno de ellos, demorándose en ella por un milisegundo más de lo necesario. Sus labios están entreabiertos, su respiración superficial.

— No me importan sus sentimientos, sus problemas personales o sus noches mal dormidas. Exijo perfección. Nada menos. Cuestionarán mis órdenes, y sus carreras aquí terminarán. Pondrán a un paciente en riesgo, y me aseguraré de que nunca más practiquen medicina. ¿Está claro?

Un coro de "Sí, doctor" y "Sí, jefe" murmura por la sala. Su voz no está entre ellos.

— Despedidos. Dra. Evans, muéstreles el vestuario.

Me doy vuelta de espaldas a ellos, una señal clara de que la audiencia terminó. Camino hasta la ventana, fingiendo mirar la ciudad, pero todo lo que consigo sentir son sus ojos quemando mi espalda. Oigo el sonido de pies arrastrándose fuera de mi oficina, el clic suave de la puerta cerrándose.

El silencio retorna.

Pero esta vez, no es reconfortante. Es amenazante.

Mi destino, que trabajé tanto para sellar y controlar, acaba de cambiar completamente.

Y odio los cambios.

Capítulo TRES

El universo tiene un sentido del humor enfermizo.

Sádico, en realidad. Es la única explicación. De todos los bares en toda la ciudad de Nueva York, de todos los hombres en aquel bar, tuve que elegir a mi futuro jefe. No un supervisor cualquiera. El Jefe. El dios despiadado sobre el cual nuestra Jefa de Residentes, Dra. Cora Evans, nos dio un sermón de veinte minutos sobre cómo no irritar.

Dr. Brennan Rhys-Donovan.

Su nombre resuena en mi cabeza mientras sigo al grupo fuera de su oficina, mis pies moviéndose por puro instinto, porque mi cerebro dejó de funcionar. Brennan. El extraño del bar, el hombre del auto, el maestro del "sin nombres", tiene un nombre. Y es el nombre que firmará mis evaluaciones, que decidirá mi futuro, que puede aplastar mi carrera con la misma facilidad con que desabotonó mi vestido.

Quería encontrarlo de nuevo. Dios, cómo lo quería. Pasé todo el domingo en un estado de letargo febril, mi cuerpo zumbando con el recuerdo de él. Cada vez que cerraba los ojos, sentía sus manos sobre mí, el raspar de su barba, el sabor a whisky y deseo en su boca. La forma en que me invadió, llenando un vacío que ni siquiera sabía que tenía. Fue casi cósmico. Perturbadoramente correcto. Me recordó que, bajo la bata blanca y

las capas de deuda y responsabilidad, todavía era una mujer. Una mujer con necesidades que fueron ignoradas por demasiado tiempo.

Pero no quería encontrarlo así. No aquí. No como la residente insignificante en la base de la cadena alimenticia, mirando al predador en la cima.

La Dra. Cora Evans, una mujer de treinta y tantos años con un moño severo y ojos que no pierden nada, nos guía por los pasillos. Su voz es un zumbido distante, explicando sobre estaciones de enfermería y laboratorios. Intento prestar atención. Lo necesito. Pero mi mente está atrapada en aquella oficina, en el shock que vi en sus ojos reflejando el mío.

— ¿Es siempre así? — una voz masculina susurra a mi lado.

Me doy vuelta y veo a uno de los otros residentes. Es alto, con cabello negro impecable y ojos gentiles detrás de lentes de armazón oscuro. Me da una pequeña sonrisa solidaria.

— Intenso, ¿no? Soy Liam. Y sí, los gays te aman. Es el cabello. — agrega, con un guiño.

Una risa genuina escapa de mí, un pequeño sonido de alivio en medio del pánico.

— Thea. Y gracias, supongo.

— Aquel era el famoso Dr. Muerte. Al menos, es como las enfermeras lo llaman. — continúa Liam, en voz baja. — Brillante, pero con la personalidad de un agujero negro.

Antes de que pueda responder, otra voz, empalagosa y afilada, se entromete.

— Tal vez solo no tenga paciencia para la mediocridad. — La chica que habla es deslumbrante. Cabello rubio platinado, liso y perfecto, labios carnosos y un cuerpo que parece haber sido esculpido. Es Amanda Meyers. Me lanza una mirada de arriba abajo, y no es amigable. — Algunas personas necesitan probar que pertenecen a este lugar. Otras simplemente... pertenecen.

Su antipatía es instantánea y gratuita. Sus ojos vuelven a fijarse en dirección a la oficina de Brennan, con un brillo de admiración hambrienta que me deja con un sabor amargo en la boca. Genial. Una competidora y, aparentemente, una fan de mi caso de una noche. El universo realmente me odia.

— Wow, las garras ya están afuera. — dice el otro chico del grupo, acercándose a mí con una sonrisa amplia. Es el tipo de guapetón clásico: cabello rubio oscuro, ojos azules, mandíbula cuadrada. — Soy Jake. No le hagas caso a Amanda. Nació con un bisturí de plata en la boca.

Sus ojos recorren mi cuerpo de una forma que debería ser halagadora, pero que solo me deja un poco incómoda. Parece inofensivo, un poco engreído, pero nada comparado a la tormenta que acabo de encontrar.

Nuestro pequeño grupo de seis, yo, Liam, Amanda, Jake y dos otras chicas calladas que parecen tan aterrorizadas como yo, continúa el tour. La Dra. Cora es dura, pero justa. Nos muestra los vestuarios, las salas de descanso, la UCI quirúrgica. Y en todos los lugares que vamos, la leyenda del Dr. Rhys-Donovan nos sigue.

Una enfermera mayor nos detiene en el pasillo.

— ¿Novatos? Bienvenidos al infierno. Solo un consejo: nunca, jamás, cuestionen al Dr. Rhys-Donovan frente a un paciente. O de nadie, en

realidad. Hagan lo que él manda, exactamente como él manda.

Un cirujano asistente que encontramos en la cafetería nos da una palmadita en la espalda.

— Buena suerte. Brennan es el mejor neurocirujano de este lado de la Costa Este. Aprenderán más con él en un mes que con cualquier otra persona en un año. Si sobreviven. No acepta deslices. Es despiadado con quien se equivoca.

Despiadado. La palabra se aloja en mi cerebro. Cada elogio a su genialidad es acompañado por una advertencia sobre su crueldad. Y eso intensifica todo. El miedo que aprieta mi estómago. Y, para mi completo horror, la atracción que todavía pulsa en mis venas.

Lo veo a la distancia algunas veces a lo largo del día. Una vez, está en una conversación intensa con otros médicos, gesticulando con aquellas manos grandes y hábiles que conozco tan íntimamente. Usa un uniforme quirúrgico negro que se ajusta perfectamente a sus hombros anchos y lo hace parecer aún más alto, más imponente. Mi cuerpo reacciona antes de que mi mente pueda detenerlo. Una ola de calor, un pinchazo bajo en mi vientre.

Para con eso, Thea.

No puedo tener distracciones. No puedo. Esta plaza no es solo un sueño. Es mi salvavidas. Es el salario generoso que pagará los tratamientos de mi madre, que impedirá que el banco tome nuestra casa. Las deudas se están acumulando como una marea alta, y yo soy la única barrera que impide que mi familia se ahogue. Necesito enfocarme. Necesito ser la mejor. Y lo último que necesito es una pasión prohibida y suicida por el cirujano más temido del hospital.

El día pasa en un borrón de información, ansiedad y el constante intento de evitar la mirada de Brennan. Al final de la tarde, la Dra. Cora nos despacha para organizar nuestros casilleros y prepararnos para el turno de la noche. Me ofrezco para recoger algunos suministros que faltaban en la estación de enfermería, solo para tener un momento a solas, para respirar.

El pasillo de suministros es estrecho, mal iluminado y, felizmente, vacío. Me apoyo en los estantes de metal frío, cerrando los ojos por un segundo. La imagen de él en el auto, sus ojos oscuros y hambrientos, me asalta.

— Dra. O'Connell.

Su voz. Grave, fría, demasiado cerca.

Mis ojos se abren de golpe. Está parado en la entrada del pasillo, bloqueando la única salida. Cerró la distancia entre nosotros sin hacer un solo sonido. Me acorraló.

Mi corazón se dispara, latiendo fuerte contra mis costillas.

— Doctor. — Mi voz sale como un chillido.

Da un paso adelante, y yo instintivamente retrocedo, mi espalda golpeando los estantes. El sonido metálico resuena en el silencio. Se detiene a menos de un metro de mí, lo suficientemente cerca para que vea las pequeñas líneas de cansancio alrededor de sus ojos. Lo suficientemente cerca para que sienta la electricidad crepitando en el aire entre nosotros.

— Necesitamos establecer algunas reglas. — dice, la voz baja y controlada, pero con un filo de acero.

Abro la boca para decir algo: lo sé, fue un error, lo siento, pero él levanta una mano, un gesto corto e imperativo que me silencia

instantáneamente. No va a dejarme hablar.

— Lo que sucedió el sábado fue... un lapso. Un error de juicio de ambas partes. No significó nada. No va a suceder de nuevo.

Cada palabra es un golpe preciso, calculado para cortar. No significó nada. La frase resuena en mi cabeza. Fue lo que pedí, ¿no? Sin nombres, sin promesas. Entonces ¿por qué duele tanto escuchar eso de él? ¿Por qué parece una mentira?

Da otro paso. Ahora está tan cerca que tengo que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarlo. Su olor me envuelve, el mismo olor limpio a whisky y noche fría, y es una tortura.

— Estás aquí para aprender. Yo estoy aquí para enseñar. Es todo lo que existe entre nosotros. No eres especial. Eres una residente, como todas las demás. Y voy a tratarte como tal. Tal vez incluso con más rigor, para garantizar que no haya... malentendidos.

La crueldad en su tono es impactante. Quedo chocada con el tratamiento, con la forma en que me reduce a nada. Una parte de mí se siente humillada, decepcionada. No esperaba que me invitara a salir, aunque una parte sombría y masoquista de mí deseaba exactamente eso. Pero esperaba... una pizca de cordialidad. Una chispa del hombre que me besó con tanta hambre. Pero no hay nada. Solo hielo.

— Tu enfoque será solo el trabajo. Tu vida personal no existe dentro de estas paredes. Y lo que sucedió antes de que te pusieras esa bata nunca, jamás, será mencionado nuevamente. A nadie.

Su intensidad es abrumadora. Sus ojos castaños me atrapan, me diseccionan, me advierten. Me está dando una orden, no haciendo una petición.

Se inclina un poco más, su voz cayendo a un susurro peligroso.

— ¿Entendiste bien lo que quise decir, Dra. O'Connell?

La forma en que dice mi nombre es una mezcla de formalidad e insulto. La humillación arde en mi pecho, pero es rápidamente reemplazada por otra cosa. Orgullo. El viejo y terco orgullo O'Connell que me hizo pasar por todos los infiernos de la vida. No voy a desmoronarme frente a él. No voy a darle esa satisfacción.

Trago la decepción, trago el dolor. Levanto mi cabeza, encontrando su mirada fría con la mía. Construyo una pared dentro de mí, ladrillo por ladrillo, hasta que siento que puedo soportar el peso de su mirada.

— Sí, señor. — Las palabras son claras, firmes. No hay temblor. Solo una aceptación helada de sus términos.

Un músculo salta en su mandíbula. Por un segundo, creo que vi un destello de algo en sus ojos. ¿Sorpresa? ¿Respeto? Pero se apaga tan rápido como apareció.

Me mira por un momento más largo y tenso, como si se estuviera asegurando de que el mensaje fue recibido. Entonces, se aleja, girándose sin otra palabra. Sale del pasillo, dejándome sola en el silencio, mi corazón todavía martillando como un tambor de guerra.

Me apoyo en el estante, mis piernas finalmente cediendo. Las reglas fueron establecidas. Las líneas fueron trazadas. Él no es el extraño del bar. Es el Dr. Rhys-Donovan, mi jefe despiadado. Y yo soy solo la residente.

No significó nada.

Repito las palabras para mí misma, intentando creerlas. Intentando transformarlas en mi armadura.

Porque tengo la terrible sensación de que, para mí, significó todo.

Capítulo CUATRO

Casi la beso.

Puta que me parió, estuvo muy cerca, casi la beso.

Allí, en aquel pasillo de suministros estéril, con el olor a alcohol y sábanas limpias en el aire, todo lo que conseguía sentir era su olor. Vainilla y desafío. El mismo aroma que se aferró al cuero de mi auto, que acosó mi apartamento, que me negó el sueño. Y cuando ese olor me golpeó, el recuerdo de lo que hicimos, la fricción de su piel contra la mía, el calor húmedo de su boca, volvió con la fuerza de un trauma contundente. Me dejó súbitamente aturdido, desorientado.

Y entonces aquellos ojos.

Cuando terminé mi discurso calculado y cruel, esperando ver miedo, tal vez lágrimas, ella me miró fijamente. Sin vacilar. Sus ojos verdes, firmes como acero, me desafiaron en silencio. Nadie me mira así. Mis residentes miran al suelo. Mis colegas desvían la mirada. El mundo aprendió a no encontrar mi mirada. Pero ella no. Lo sostuvo, y en aquel desafío, en aquel orgullo inquebrantable, vi un destello de la mujer del bar. La mujer que rió, que provocó, que se entregó a mí con una pasión que rozaba la violencia.

El impulso fue primitivo. Besarla. Prensarla contra los estantes de metal, enredar mis dedos en su cabello y tomar su boca hasta que aquel desafío se transformara en un gemido. Un impulso de subyugarla, de recordarle que este es mi dominio, que aquí, yo soy la única autoridad.

Pero, en el fondo, en un lugar oscuro y honesto que raramente visito, sé que no era solo eso. No era sobre poder. Era sobre la necesidad desesperada de probar aquella vida nuevamente. De sentir algo que no fuera el vacío frío de mi existencia controlada.

Una mujer no me impactaba tanto desde... Claire.

El nombre surge en mi mente, un fragmento de vidrio. Lo empujo hacia abajo, de vuelta a la caja cerrada donde guardo todas las cosas que pueden hacerme sangrar.

Me alejé. Tuve que alejarme. Porque un segundo más, y habría roto todas mis reglas. Y mis reglas son lo único que me mantiene entero.

En los días que siguen, ella se convierte en un fantasma.

La mujer del bar desapareció. En su lugar está la Dra. Thea O'Connell, una máquina de eficiencia silenciosa. ¿Su risa fácil de aquel sábado? Evaporó. ¿El brillo provocador en sus ojos? Extinto. Ahora es la personificación de la seriedad, la cabeza siempre baja sobre una ficha médica, la pluma moviéndose con una concentración feroz. Responde a mis preguntas durante las rondas con una precisión concisa y nada más. No me mira a menos que sea absolutamente necesario.

Hizo exactamente lo que mandé. Borró el sábado. Y eso me deja furioso.

Extraño su risa. La percepción me golpea como una enfermedad, una debilidad que se extiende por mis venas. Extraño a la mujer que conocí por solo unas horas, y me odio a mí mismo por eso.

Ella se convierte en mi obsesión.

Es una corrosión lenta de mi control. Mis ojos la buscan, un acto involuntario, una traición. En los pasillos llenos, en el comedor, a través del vidrio de la UCI. Es como si ella fuera el único punto focal en un mundo desenfocado. Mis ojos la encuentran, y el resto deja de existir. Y cada vez, una ola de rabia contra mí mismo me inunda. La obsesión es una enfermedad. Una falla en el sistema. Pasé los últimos ocho años erradicando cualquier posibilidad de infección. Y ahora, el patógeno tiene cabello rubio y ojos desafiantes.

Para empeorar, están los otros. Los satélites que orbitan su sol recién descubierto.

La Dra. Meyers, Amanda, con su belleza plástica y ambición transparente, siempre está intentando posicionarse en mi línea de visión. Hace preguntas "inteligentes" durante las rondas, proyectando su voz para que ciertamente la escuche. Usa un perfume que es caro y demasiado obvio. Hoy por la mañana, durante la presentación de un caso, interrumpió a uno de los otros residentes para ofrecer su propio diagnóstico, más complejo.

— ¿Qué está haciendo, Dra. Meyers? — pregunto, mi voz cortando el aire.

Ella parece sorprendida, pero se recupera rápidamente. — Solo ofreciendo una perspectiva alternativa, doctor. Pensé que...

— Usted no está aquí para pensar. — la corto, el hielo en mi tono haciendo que toda la sala quede en silencio. — Está aquí para escuchar. El

turno de su colega de hablar no es una invitación para su monólogo. Aprenda a esperar su turno. O aprenda en otro programa de residencia.

Su rostro se pone rojo. Murmura un "Sí, doctor" y retrocede, la mirada asesina que lanza al otro residente no pasando desapercibida. Esto me irrita. La política mezquina. La sed de atención.

Pero lo que me irrita aún más, lo que enciende una furia irracional y primitiva dentro de mí, es el pavo real.

Jake. El residente guapetón con la sonrisa fácil y la confianza excesiva. Siempre está cerca de Thea. Riendo de algo que ella no dijo. Tocando su brazo levemente. Inclinandose para susurrar en su oído. La come con los ojos, y no hace ningún esfuerzo por ocultarlo. Y ella... ella no lo rechaza. Mantiene su distancia profesional, pero a veces, una pequeña sonrisa fantasma toca sus labios en respuesta a algo que él dice.

Aquella sonrisa. Aquel vestigio de la mujer del sábado, siendo dado a él.

Es insoportable.

Durante las rondas de la tarde, la oportunidad perfecta se presenta. Estamos fuera del cuarto de un paciente con un glioma complejo en el tronco cerebral. Jake está al lado de Thea, más cerca de lo necesario.

— Dr. O'Connell... — comienza, la voz baja e íntima.

Es suficiente.

— Dr. Adams. — Mi tono es afilado, y la sonrisa de Jake muere instantáneamente. — Descríbame la trayectoria del tracto corticoespinal a través del puente y el bulbo, y explique cómo una lesión en el pedúnculo

cerebral medio afectaría la función motora contralateral. Sea específico sobre los núcleos involucrados.

El silencio es absoluto. El rostro de Jake palidece. Abre la boca, luego la cierra. Es una pregunta brutal para un residente del primer año. Una pregunta que sé que no puede responder. Tartamudea, comenzando a hablar sobre la cápsula interna, perdiéndose completamente.

— Yo... uh... el tracto desciende y... cruza...

Siento un placer cruel al verlo retorcerse. Es feo, lo sé. Pero es un reflejo de la fealdad que él despierta en mí.

Entonces, una mano se levanta.

Una mano pequeña y firme.

Es ella. Thea.

Mis ojos se fijan en ella. Está mirando a Jake con una expresión de simpatía, intentando salvarlo. Y eso me enfurece aún más.

Ella no espera a que la llame. Su voz llena el silencio, clara y confiada.

— El tracto corticoespinal desciende a través del pedúnculo cerebral, con las fibras para el brazo y la pierna en posiciones específicas. En el puente, se dispersa por los núcleos pontinos, antes de reagruparse en la pirámide del bulbo, donde cerca del ochenta y cinco por ciento de las fibras decusan para formar el tracto corticoespinal lateral. Una lesión en el pedúnculo cerebral medio...

Continúa, la respuesta perfecta, detallada, impecable. No está solo recitando un libro; entiende.

La rabia en mí hierve, se desborda. Rabia por la interrupción. Rabia porque lo defiende. Rabia porque, incluso ahora, una parte de mí está genuinamente impresionada.

— ¿La pregunta fue hecha para usted, Dra. O'Connell? — la interrumpo, la voz baja y peligrosa.

Ella se detiene, sorprendida. El color desaparece de su rostro nuevamente, dejándola tan pálida como el día en que nos reencontramos. La misma vulnerabilidad asustada está en sus ojos.

— No, doctor, pero...

— Entonces, ¿por qué está hablando? — ataco, sin darle tiempo para recuperarse. — La próxima vez, hable solo cuando se le solicite. Su función aquí no es rescatar a sus colegas incompetentes. Es aprender a no ser uno de ellos.

Las palabras son más duras de lo que pretendía. La veo vacilar, un golpe físico. Por un segundo, un segundo terrible, casi siento pena. Aplasto el sentimiento. La piedad es una debilidad que no puedo permitir.

— Y si va a llorar, — continúo, la crueldad convirtiéndose en una armadura — hágalo en el baño. No frente a mis pacientes.

Espero que se encoja. Que mire al suelo. Que se desmorone.

Ella no hace nada de eso.

La transformación es instantánea y fascinante. La veo recomponerse ante mis ojos. Su mentón se levanta. La columna se endereza. Los hombros se echan hacia atrás. La vulnerabilidad en sus ojos es reemplazada por aquella llama desafiante que tanto odio y deseo. Se vuelve altiva, una reina en una bata blanca barata.

— No soy mujer de llorar, doctor. — Su voz es firme, sin una pizca de temblor.

La respuesta me golpea con más fuerza que un puñetazo.

— Excelente. — digo, la palabra sonando hueca. Me doy vuelta hacia el grupo. — Vamos.

Entramos al cuarto del paciente. La conversación que sigue es surreal. Comienzo a cuestionarlos sobre el plan de tratamiento, sobre las opciones quirúrgicas, sobre la quimioterapia adyuvante. Y la discusión se transforma en un intercambio casi exclusivo entre ella y yo.

— ¿Cuál es el riesgo de resección total, considerando la proximidad con la formación reticular? — pregunto al grupo.

Es ella quien responde. — Alto. Riesgo de coma, pérdida de funciones autonómicas. Un abordaje subtotal seguido de radioterapia sería más prudente.

— ¿Y la histología? ¿Si es un astrocitoma de bajo grado versus un glioblastoma? ¿Cómo cambia eso el pronóstico?

— Drásticamente. Pero la localización en el tronco cerebral hace que cualquier glioma de alto grado sea funcionalmente inoperable, independientemente...

Ella sabe. Realmente sabe. No es solo memoria; es razonamiento clínico. Y contra mi voluntad, una admiración genuina, cálida e irritante, se enciende dentro de mí. La presiono más, con preguntas más difíciles, y responde a todas, la voz siempre firme, los ojos nunca dejando los míos. Es una batalla de intelectos, y me está enfrentando de igual a igual.

Cuando las rondas terminan, los despido con un movimiento de cabeza. Me siento agotado, como si acabara de salir de una cirugía de doce horas.

Más tarde, desde mi oficina, la veo salir. El día terminó. Está caminando por el pasillo, frotándose el cuello, pareciendo cansada. Y entonces, el pavo real, Jake, la alcanza. Dice algo. Y ella sonríe. Una sonrisa pequeña, cansada, pero real. La sonrisa que extraño. La sonrisa que él no merece.

Salen del hospital juntos.

La rabia vuelve, más fuerte que antes. Pero esta vez, no está dirigida a él. Es toda para mí. Por importarme. Por estar tan profunda, irrevocablemente afectado por una mujer que debería ser solo una residente. Solo una noche.

Solo un error.

Un error que está comenzando a parecer lo único real en mi vida.

Capítulo CINCO

La tensión es una cuerda de acero estirada entre el Dr. Rhys-Donovan y yo.

Cada día que pasa, se vuelve más y más tensa, vibrando con una energía peligrosa. Finjo que no la siento. Me concentro en las fichas médicas, en los exámenes, en las largas horas de guardia que transforman mis pies en brasas y mi mente en una pasta de agotamiento. Mantengo el profesionalismo como un escudo. Cabeza baja. Respuestas concisas. Sin contacto visual innecesario. Soy la Dra. O'Connell, la residente invisible.

Pero es mentira.

Siento sus ojos en mí. Es una sensación física, como el calor del sol en mi piel. Una quemadura en mi nuca, un escalofrío en la columna. Lo siento observar cuando estoy conversando con Liam, cuando estoy riendo de una broma mala de Jake, cuando estoy concentrada en suturar una incisión. Es una mirada pesada, intensa, que me traga entera.

Y sé por qué. Finjo no saberlo, pero es una mentira que me cuento a mí misma para sobrevivir al día. Es por la misma razón que mis propios ojos lo devoran cuando él no está mirando. Es por el recuerdo del sábado. Por la forma en que nuestros cuerpos encajaron en la oscuridad, una colisión de soledad y necesidad. Es por la duda que me acosa en las horas

silenciosas de la noche: ¿será que, entre cuatro paredes, sobre una cama de verdad, la química sería la misma? ¿Sería aún más devastadora?

Mis sueños son una traición. Sueños calientes y húmedos, donde sus manos están en mi cuerpo y su boca está en la mía, y no hay reglas, solo la verdad cruda del deseo. Y la realidad solo empeora las cosas. Bajo las luces fluorescentes del hospital, es aún más impresionante que en la penumbra de un bar. El uniforme quirúrgico, la bata blanca, la forma en que se mueve con una confianza absoluta, es una droga. Su personalidad puede ser la de un demonio, pero su mente... su mente es brillante. Un genio. Verlo en acción, diagnosticando lo imposible, planeando cirugías que son como una danza compleja, enciende una admiración en mí que es casi dolorosa. Es todo lo que aspiro ser algún día.

Y eso hace todo mil veces más complicado.

La competitividad en el programa es feroz, y Amanda Meyers me hizo su objetivo principal. Se dio cuenta. La atención extra que Brennan me da, incluso si es en forma de críticas brutales, la enloquece.

— ¿Otra vez atrasada con las fichas, O'Connell? — dice, la voz lo suficientemente alta para que toda la estación de enfermería escuche. — Algunas de nosotras nos tomamos el trabajo en serio.

— Déjala en paz, Amanda. — Liam la corta, sin levantar los ojos de su pantalla. — La batería de tu escoba se está agotando.

Afortunadamente, el resto del grupo se unió contra ella. Liam es mi puerto seguro, con su humor seco y lealtad feroz. Las otras dos chicas, aunque calladas, siempre me ofrecen una sonrisa solidaria. Y Jake... bueno, Jake es Jake. Un pavo real adorable, pero aún así un pavo real. Siempre está intentando ayudarme, ofreciéndome café, elogiando mi trabajo. Es dulce,

pero sus miradas me dejan incómoda, especialmente cuando siento la mirada de Brennan quemando a unos metros de distancia.

Hoy, la cuerda de acero finalmente se rompe.

Estamos en el ala de recuperación posquirúrgica. El día fue un infierno de doce horas, y mi cuello está trabado en un nudo de pura tensión. Estoy intentando descifrar la caligrafía de un médico en una ficha antigua, inclinada sobre el mostrador.

— ¿Problemas, O'Connell? — La voz de Jake suena a mi lado.

— Solo intentando entender si esto es una 'd' o un 'cl'. Parece más un jeroglífico. — murmuro, frotándome la nuca.

— Déjame ver. — Se inclina, su cuerpo caliente cerca del mío. Señala la página, pero entonces sus ojos se fijan en mi gesto. — ¿Nudo de tensión? Soy especialista en eso.

Antes de que pueda protestar, sus dedos están en mi nuca. Son cálidos y fuertes, y por un segundo, el alivio es tan bueno que cierro los ojos.

— Wow, esto está tenso como una roca. Necesitas relajarte.

— Dra. O'Connell.

Su voz. Hielo puro.

Mis ojos se abren de golpe. Brennan está parado a pocos metros de distancia, el rostro una máscara de furia contenida. Sus ojos van de las manos de Jake en mi cuello a mi rostro, y la intensidad en su mirada me hace sentir como si hubiera sido atrapada cometiendo un crimen capital.

Jake quita las manos de mí como si hubiera recibido un choque.

— Doctor, yo solo estaba...

— Mi sala. Ahora. — dice, la orden dirigida solo a mí. No dignifica a Jake con una mirada.

Se da vuelta y se aleja, esperando que lo siga. El pasillo entero parece haber contenido el aliento. Lanzo una mirada de disculpas a Jake y sigo a Brennan, sintiendo el peso de docenas de miradas curiosas en mi espalda.

Entro a su oficina y él cierra la puerta detrás de mí. El clic de la cerradura suena como el de una celda de prisión. Él no se sienta. Se queda de pie, en medio de la sala, los brazos cruzados, la mandíbula apretada.

— ¿Qué parte de 'enfoco total en el trabajo' no entendiste? — comienza, la voz baja y letal.

— No estábamos haciendo nada. El Dr. Adams solo estaba...

— No me importa lo que el Dr. Adams estaba haciendo. — me corta.
— Me importa lo que tú estabas haciendo. Este hospital no es un club de citas. No es lugar para coqueteos y romances de pasillo.

La injusticia de la acusación me golpea. ¿Por qué solo yo? ¿Por qué no habló con Jake, que inició el contacto?

— Con todo respeto, doctor, si hubo un problema, involucró a dos de nosotros. ¿Por qué el Dr. Adams no está aquí recibiendo la misma lección de moral?

Un músculo salta en su mejilla. Da un paso en mi dirección.

— Porque no es con el Dr. Adams con quien me preocupo. Es contigo. Veo las distracciones. Veo lo que está pasando. Y exijo tu atención total. Yo exijo.

La forma en que dice "yo". Posesiva. Intensa. La palabra flota en el aire entre nosotros, cambiando la atmósfera de la sala. Esto ya no es sobre

profesionalismo. Esto es sobre otra cosa. Algo personal.

El silencio se instala, denso y pesado. Estamos demasiado cerca, el espacio entre nosotros vibrando con palabras no dichas. Sus ojos, antes fríos y furiosos, ahora están turbios, oscuros con una emoción que no puedo nombrar.

Levanta la mano, y por un segundo, creo que va a golpearme. Pero sus dedos están temblando.

— ¿Qué estás haciendo con mi mente? — susurra, la pregunta más para sí mismo que para mí.

Su mano toca mi rostro.

Electricidad. Pura, cruda, abrumadora. Sus dedos trazan mi mandíbula, la aspereza de su piel contra la mía. El toque es vacilante, casi reverente. Es lo opuesto a la brutalidad de sus palabras, y la contradicción me deshace.

Cierro los ojos, rindiéndome a la sensación. Todo mi cuerpo se inclina hacia él, una flor buscando el sol. Debería alejarme. Debería gritar. Pero no puedo.

— Doctor... — mi voz es un soplo quebrado. — No debemos...

— ¿Crees que no lo sé? — susurra de vuelta, la voz ronca de dolor.

Sostiene mi mentón, inclinando mi rostro hacia el suyo. Y entonces su boca encuentra la mía.

No es como en el auto. Aquello fue fuego y hambre. Esto es... desesperación. Es un beso ávido, la colisión de dos personas que lucharon contra esto por demasiado tiempo. Sus manos dejan mi rostro para recorrer mi cuerpo, una en mi espalda, presionándome contra él, la otra en mi

cadera, sosteniéndome firme. Son las mismas manos que realizan cirugías imposibles, y ahora me están mapeando, aprendiéndome, como si quisieran memorizar cada curva.

Respondo con la misma intensidad, mis manos en su cabello, jalándolo más cerca. No hay pensamiento, solo sentimiento. La tensión de las últimas semanas, la admiración, el miedo, el deseo, todo explota en este beso. Lo beso de vuelta, mostrándole que no es el único que ha luchado, que no es el único atormentado por el recuerdo de un sábado por la noche.

Cuando finalmente nos alejamos, ambos estamos jadeantes. Nuestras frentes están pegadas, nuestros pechos subiendo y bajando al unísono.

— Esto no puede volver a suceder. — dice, pero sus manos todavía están en mí. Sus palabras son una mentira que ambos necesitamos escuchar.

— Lo sé. — susurro.

— No se repetirá. — afirma, más para convencerse a sí mismo que para convencerme.

Se aleja, poniendo una distancia segura entre nosotros. Pasa la mano por su cabello, el mismo gesto de frustración que lo vi hacer antes. No puede mirarme.

— Sal. — ordena, la voz áspera.

Salgo, cerrando la puerta suavemente detrás de mí. Me apoyo en la pared del pasillo, el corazón latiendo descontroladamente, el sabor de él todavía en mis labios.

¿Qué acabamos de hacer?

El resto del turno es una tortura. Nos evitamos como si fuéramos polos opuestos de un imán. Pero la cuerda de acero ya no está. En su lugar,

hay un cable desnudo, zumbando con la electricidad de lo que sucedió en su oficina.

Cuando mi turno finalmente termina, cerca de la medianoche, el agotamiento que siento es más emocional que físico. La ciudad está quieta, el aire frío del otoño cortando mi uniforme delgado. El metro hacia Queens tarda una eternidad a esta hora, así que me siento en el banco de la parada de autobús, encogida dentro de mí misma.

Es cuando lo oigo. Un rugido bajo, creciendo en volumen. Dobla la esquina y se detiene justo frente a mí, el faro cegándome por un segundo.

Una Harley-Davidson. Negra, cromada, imponente.

Y montado en ella, está él.

No está usando su uniforme impecable. Está vistiendo una chaqueta de cuero negra, jeans oscuros y botas. Sin la bata blanca, sin la fachada del Dr. Rhys-Donovan, parece más peligroso, más crudo. Más como el extraño del bar.

Nos miramos fijamente a través de la calle silenciosa. El motor de la moto ronronea, el único sonido en el mundo. Él no dice nada. Solo me mira, y luego, con un movimiento casi imperceptible, señala con la cabeza el asiento detrás de él.

Una invitación. Una orden.

Mi cerebro grita NO. No hagas esto, Thea. Es suicidio profesional. Es una locura.

Pero mi corazón, mi cuerpo, mi alma cansada... gritan SÍ.

Trago en seco, la razón librando una batalla perdida con el deseo. Doy una rápida mirada alrededor, a la calle vacía. Ningún rostro conocido. Nadie

del hospital.

Me levanto. Cruzo la calle, mis pies moviéndose como si estuvieran en un sueño. Me detengo al lado de la moto. Él me entrega un casco de repuesto que estaba sujeto al costado.

Me lo pongo, el olor a cuero y a él envolviéndome. Subo a la moto, mis manos encontrando sus caderas para equilibrarme. Se pone rígido con mi toque.

— Agárrate. — Su voz es un gruñido sobre el sonido del motor.

Paso mis brazos alrededor de su cintura, presionando mi pecho contra su espalda. Siento la dureza de sus músculos bajo la chaqueta de cuero. Acelera, y la moto salta hacia adelante. Me aferro a él con más fuerza, enterrando mi rostro en su espalda, y partimos a velocidad por la noche de Nueva York, dejando atrás el hospital, las reglas y toda la cordura que pensaba que tenía.

Capítulo SEIS

Debo estar loco.

La pregunta no es retórica. Es un diagnóstico clínico que hago de mí mismo mientras observo a Thea O'Connell caminar por mi apartamento. Yo, que construí mi vida sobre la fundación de la lógica y el control absoluto, secuestre a una de mis residentes de una parada de autobús en una motocicleta y la traje a mi santuario estéril.

¿Por qué traje a esta chica a mi casa?

La respuesta es tan simple como aterradora: porque la alternativa, ir a casa solo, al silencio y al fantasma de mi pasado, era insoportable.

¿Estoy arrepentido? Para nada. Esa es la parte más insana. Desde que la besé en mi oficina, cada palabra que salió de mi boca, no se repetirá, fue un error, era una mentira. Una mentira que necesitaba contarme a mí mismo. Pero la verdad es que, desde aquel momento, mi cuerpo estaba en cuenta regresiva, esperando el próximo beso, la próxima oportunidad de sentir su cuerpo contra el mío, de perderme en la tormenta que lleva en sus ojos.

Ella se detiene en medio de mi sala de estar, girando lentamente, absorbiendo el espacio.

— Wow.

La palabra sale como un soplo, desprovista del asombro que esperaría.

— No pareces verdaderamente impresionada. — afirmo, quitándome mi chaqueta de cuero y arrojándola sobre una silla que probablemente nunca sintió el peso de nada tan indisciplinado.

— No, estoy... es solo que... — gesticula hacia el ambiente. — Este lugar se parece más a una tienda de artículos y muebles de lujo. Todo muy bonito, pero... impersonal.

Su mirada barre las paredes grises, el sofá de cuero blanco, las esculturas de metal.

— No hay una foto, un ítem que parezca personal. Hasta las plantas parecen estratégicamente elegidas para combinar con el resto...

— Thea.

Mi voz la interrumpe. Parpadea, como si saliera de un trance.

— ¿Qué?

— Estás divagando demasiado.

Un rubor sube por su cuello.

— ¿Lo estoy?

— Sabes que sí.

Abraza su propio cuerpo, un gesto de autoprotección que me hace querer cruzar la sala y envolverla en mis brazos. Reprimo el impulso.

— Lo siento, pero yo... estoy nerviosa. — admite, la voz baja. — ¿No deberíamos conversar antes... de cualquier cosa?

Me acerco, cada paso disminuyendo el espacio seguro que intentaba mantener. Me detengo a centímetros de ella, el olor a aire nocturno y a mi propio cuero en ella golpeándome con fuerza.

— Tendremos tiempo para conversar después.

— Doctor...

El título es una barrera. Una que necesito demoler.

— No soy doctor aquí. — susurro, mi mano subiendo para tocar su rostro. Se estremece, pero no se aleja. — Tú no eres doctora aquí. Somos aquella pareja del bar. Hambrientos uno del otro.

Suelta una risa sin humor.

— ¿Necesitas ser tan directo?

— ¿Estoy mintiendo?

Sus ojos encuentran los míos, y en ellos veo la verdad que refleja la mía.

— No. — admite. — Pero aquella noche no imaginaba que estaría... acostándome con mi futuro jefe. Un hombre tóxico, que ha hecho de mi vida un infierno... en varios aspectos.

La palabra "tóxico" me golpea. Es lo que Claire solía decir.

— No soy tóxico. — mi voz sale más dura de lo que pretendía. — Solo muy exigente.

— Muy exigente. — repite, escéptica.

— Muy exigente. — reafirmo, mis dedos trazando la línea de su mandíbula.

— ¿Thea? — pregunta, la voz un hilo.

— ¿Sí?

— Estás divagando de nuevo. — mi pulgar roza su labio inferior. — Y quiero besarte.

— Entonces besa, antes de que comience a parlotear de nu...

La beso antes de que termine la frase. Y el mundo se deshace. La lógica se evapora. El control es una broma. Solo existe ella. El sabor de ella, la sensación de sus labios abriéndose bajo los míos. Es un beso que comienza hambriento y se profundiza en algo más.

Mis manos exploran su espalda, trayéndola más y más cerca de mí, apretándola. Entonces bajo a sus muslos, jalando el borde de la falda de su vestido, hasta que encuentro la piel suave. Pronto estoy apretando su trasero redondo, acariciando, apretando, hasta que está en puntas de pie, mi erección en su vientre. Estoy duro desde que se sentó detrás de mí en la moto. Sus pechos contra mi espalda, sus manos viniendo a posarse en mi pecho. No fue fácil mantener la concentración en el camino y me hizo acelerar aún más, para llegar a este momento, en que mi boca está en la suya y estoy sintiendo su piel.

La levanto en mis brazos, y sus piernas se envuelven en mi cintura como si hubieran nacido para estar ahí. La llevo hasta el sofá, sin nunca romper el beso.

Me siento, trayéndola en mi regazo, como hicimos en el auto, aquella noche. La hago frotarse en mi eje y jadea, la cabeza cayendo hacia atrás.

Aprovecho para explorar su cuello delgado, sintiéndola trabajar en los botones de mi camisa. Entonces sus uñas encuentran mi pecho y recuerdo que le gusta arañarme y nunca me quejaría de eso.

Pronto su vestido es un montón en su cintura y la estoy liberando del sostén. Los senos generosos saltan ante mí, dejándome aún más hambriento. Tomo un pezón en mi boca, mientras su mano ahora está hurgando en mi cinturón. Cuando la mano pequeña y hábil alcanza mi verga, jadeo y muerdo su pezón, haciéndola soltar un pequeño grito.

— Lo siento... — balbuceo, con una sonrisa de lado. — Voy a compensarte por eso... — entonces comienzo a lamer la piel sensible, los ojos fijos en su expresión, que observan cómo mis labios trabajan, los ojos entrecerrados, los dientes mordiendo levemente el labio. Es una tentación. — ¿Mejor así?

— Ajá... — sus manos ahora sostienen mi rostro, para que no pare y me dedico a eso por un tiempo, primero uno y después el otro.

Instantes después, sosteniéndola por la cintura la recuesto en el sofá, hago que levante la cadera y me libero del vestido y de las bragas en un único movimiento. La admiro. ¡Carajo, es hermosa desnuda!

— Carajo, eres muy sexy.

Ella no tiene ningún pudor conmigo. Se queda ahí, con una sonrisa pícaro en los labios, mientras me libero de mis ropas, sin parar de absorber su figura, cada matiz.

Abro sus piernas y me encajo de rodillas entre ellas. Llevo los dedos a la boca, los dejo húmedos con mi saliva y van a explorar su dulce coño, mientras bajo para besarla una vez más, porque lo necesito. Gime bajo mí, retorciéndose cuando encuentro su centro.

— ¡Sí! — murmura contra mi boca.

— ¿Sí? — muerdo su labio y meneo la cabeza para mí.

Mis dedos se sumergen en su feminidad y me enloquezco.

— ¡Putita que me parió, tan mojada!

— ¡Brennan!

Mierda, escucharla gimotear mi nombre hace que mi verga pulse. Necesito follar a esta chica. De esta forma, me apresuro en hacerla correrse, perturbando su clítoris, mis labios en la curva de su cuello y sé que voy a dejarla marcada, pero... quiero que sepan que fue mía. Cuando comienza a temblar bajo mí, sumerjo nuevamente mis dedos en su interior y toco un lugar que sé que la hará alucinar. Y estaba en lo cierto. Grita mi nombre, temblando violentamente y siento sus jugos en mis dedos. Sonrío de satisfacción.

Es solo tiempo de ponerme el condón, acomodo mi miembro entre sus pliegues resbaladizos y entro en ella. Vuelve a gimotear, aún no completamente recuperada del éxtasis que la barrió. Me sumerjo profundo, mi cabeza cayendo hacia atrás, un sonido gutural escapando del fondo de mi garganta y aquella sensación de pertenencia, la misma que me tomó cuando la penetré dentro de aquel auto me toma. Es como si estuviera hecho para estar dentro de ella.

Sus piernas enlazan mi cintura y la forma en que nos movemos juntos es instintiva, un lenguaje que nuestros cuerpos hablan fluidamente, aunque nuestras mentes todavía estén tartamudeando. No es como en el auto, apresurado y frenético. Es lento, deliberado, cada toque una exploración, cada beso un redescubrimiento. Casi me retiro completamente y vuelvo a sumergirme. Estoy sentado y ella recostada frente a mí. Puedo ver cada

reacción de ella, la forma en que sus manos buscan sus pechos y los acarician... Santo Dios, esto es tan erótico. Las luces de la ciudad entran por las ventanas panorámicas, pintando su piel con tonos de plata y oro, y la observo, memorizando la forma en que sus ojos se cierran, cómo sus labios se entreabren en un gemido silencioso.

Entonces sus ojos nublados encuentran los míos y casi me deshago. Hay entrega, lascivia, lágrimas. Necesito besarla, tanto como necesito aire. Me curvo y tomo su rostro entre las manos, los movimientos de mis caderas ahora rápidos y cortos, torturando a ambos, en una carrera por el placer.

Sus manos van a mi trasero, mostrándome cómo me quiere dentro de ella. En cuanto siento que tiembla bajo mí nuevamente, sus músculos internos apretándome, sus brazos abrazándome casi me pierdo, pero este momento es de ella. La follo con cadencia, hasta que su cuerpo se deshaga completamente bajo el mío y solo entonces me permito ir con la ola que me lleva y me deja desorientado.

Más tarde, acostados en el sofá de cuero blanco, con las ropas esparcidas por el suelo como víctimas de una batalla, la realidad comienza a infiltrarse. Su cabeza está en mi pecho, la respiración suave y regular. Y estoy confundido. La intensidad de nuestra química es una droga. La forma en que su cuerpo encaja en el mío, como el silencio entre nosotros no está vacío, sino lleno... todo parece peligrosamente correcto.

Podría volverme adicto a esto. A ella.

Y el pensamiento me aterroriza. Conozco los riesgos. Sé lo que sucede cuando entregas tu corazón a otra persona. Sé cómo es verlo ser aplastado, transformado en polvo. Hace ocho años, aprendí de la manera más brutal que el amor es una condición preexistente con una tasa de mortalidad del cien por ciento. No voy a pasar por eso de nuevo. No puedo.

La primera luz del día se arrastra por la ciudad, gris y fría. Siento el momento exacto en que Thea despierta. Un ligero endurecimiento en su cuerpo, un suspiro silencioso. Se escabulle fuera de mis brazos con la delicadeza de un ladrón, intentando no despertarme. Finjo dormir, observándola a través de los párpados semicerrados. Recoge sus ropas del suelo y desaparece en el baño.

El sonido de la ducha me saca del sofá. Me levanto y voy a la cocina, la desnudez no molestándome en el vacío de mi apartamento. Enciendo la cafetera, el sonido del goteo llenando el silencio. Mi mente corre, catalogando los contras, intentando reafirmar el control.

Primero: mi cargo. Soy Jefe del Departamento. Ella es mi residente. El desequilibrio de poder es un campo minado ético. Si esto sale a la luz, mi carrera puede no sobrevivir. La de ella, ciertamente no.

Segundo: el miedo. El miedo paralizante de volverme dependiente de ella. De necesitar su calor para pasar la noche. De convertirme en el hombre que era antes, un hombre cuya felicidad dependía completamente de otra persona. Un hombre débil. Un hombre que no fue suficiente para mantener a su familia segura. El miedo de lastimarme de nuevo.

Todavía estoy perdido en esa divagación cuando la veo.

Sale del baño, ya vestida con el vestido de ayer, el cabello húmedo recogido en un moño improvisado. Camina en puntas de pie, los zapatos en la mano, yendo hacia su bolso que quedó caído cerca de la puerta.

Una sonrisa irónica toca mis labios. Está huyendo.

Aclaro la garganta. El sonido es alto en el silencio de la mañana.

Da un salto, un pequeño grito escapando de sus labios, y se gira, los ojos muy abiertos.

— Buenos días. — digo, apoyado en el mostrador de la cocina, una taza de café en la mano.

— Yo... no quería despertarte.

— ¿Intentando huir, Dra. O'Connell? — pregunto, un tono de diversión en mi voz. — No serviría de mucho. Nos encontraremos en pocas horas en el hospital.

— Allá sería un territorio neutral. — replica, el color volviendo a su rostro. — No tu casa.

El silencio se extiende entre nosotros, cargado con el peso de la noche pasada y la incertidumbre de lo que viene.

— ¿Ya estás arrepentido? — pregunta, la voz baja, vulnerable.

La miro fijamente, la mujer que desmontó mis defensas con una sola mirada.

— No. — la respuesta es honesta, y eso me asusta. — Y no sirve de nada que digamos que esto no se repetirá. Sería mentira.

Asiente, aceptando el hecho.

— Pero necesitamos dejar todo muy claro. — continúo, mi voz volviéndose más firme, más profesional. Estoy construyendo los muros de vuelta. — No tengo tiempo para romances. Mi carrera es mi única prioridad.

— Lo mismo vale para mí. — dice, el mentón levantado.

— Excelente. Entonces tal vez sea más fácil. — Más fácil. Qué broma. — Para que... lo que sea esto entre nosotros prosiga, necesitamos establecer algunas reglas.

Cruza los brazos, esperando.

— Regla número uno: será solo sexo. Sin involucramiento personal. Regla número dos: nadie puede saber. Nadie del hospital, nadie de afuera. Somos dos extraños que por casualidad trabajan en el mismo lugar. Regla número tres: no salimos. Sin cenas, sin cine, sin nada que se parezca a una cita.

Presento los términos como un cirujano presenta un plan de tratamiento. Clínico, impersonal, seguro.

Procesa todo, su rostro impasible.

— Entonces no seremos exclusivos, ¿cierto?

La pregunta me golpea como un puñetazo en el estómago. Trago en seco, tomado completamente por sorpresa. La imagen de ella riendo con Jake Adams, de él tocando su cuello, destella en mi mente, y un celo feo y primitivo revuelve mis entrañas. No tengo derecho a sentir esto. Acabo de dictar los términos que anulan ese derecho.

Me observa, esperando una respuesta. No puedo exigir exclusividad. Eso implicaría sentimiento. Implicaría algo... más.

— Saldrás con otras mujeres, y yo con otros hombres... ¿Cierto? — presiona, la voz perfectamente calma.

Me fuerzo a responder, la palabra arrastrándose fuera de mi garganta como si estuviera cubierta de vidrio roto.

— Cierto...

La palabra suena vaga, incierta. Una mentira que mi cuerpo se niega a vender.

Una parte de mí debería estar aliviada. Está siendo lógica, haciéndolo todo más fácil, exactamente como pedí. Pero no siento alivio. Siento una punzada de irritación. Su firmeza, la forma en que articula la libertad de ambos sin una pizca de emoción, me molesta profundamente. Es como si le hubiera entregado un cuchillo, esperando que lo usara para luchar, pero en cambio, lo está usando para cortar fríamente los lazos que ni siquiera sabía que quería que existieran. Construí esta jaula de reglas para contenernos, para mantener el caos del lado de afuera, pero ella la explora con una calma que sugiere que nunca se sintió atrapada. Por el contrario, parece que acabo de entregarle la llave de su propio patio de recreo, y el pensamiento de verla jugar con otros me deja con un sabor a cenizas en la boca.

— Entonces... ok. Tenemos un acuerdo. — dice.

Y sonrío. Una sonrisa pequeña, casi satisfecha, que no alcanza sus ojos. Pero es suficiente para desequilibrarme. ¿Por qué parece satisfecha con esto? ¿La idea de estar con otros hombres le agrada?

Toma su bolso del suelo y camina hasta la puerta. Se detiene con la mano en la manija y se gira hacia mí.

— Nos vemos en el hospital dentro de poco... doctor.

La sonrisa en sus labios se ensancha un poco más. Gira sobre su eje y parte, cerrando la puerta suavemente detrás de sí.

Me quedo parado en mi cocina, su olor todavía en el aire, el calor de su cuerpo todavía un recuerdo fantasma en mi piel. Se fue. Así, simple. Sin un beso de despedida, sin un toque vacilante, sin una última mirada por encima del hombro. Y la culpa me corroe, porque fui yo. Yo establecí los

términos. Solo sexo. Sin involucramiento. Y ella, con su fuerza exasperante, está solo siguiendo las reglas que impuse.

La ironía es brutal. En el instante en que volvió a la sala, vestida y lista para irse, con el cabello húmedo y la piel brillando, lo único que mi mente gritaba era: bésala. Bésala hasta que olvide las reglas estúpidas, hasta que olvide el nombre de cualquier otro hombre. Pero me quedé parado, una estatua de orgullo y miedo, y la observé irse.

Carajo, maldigo al silencio del apartamento, el sonido resonando en las paredes vacías.

Tengo la sensación abrumadora de que acabo de construir una jaula para protegerme, y sin querer, le entregué la llave a ella, observándola irse con una sonrisa mientras me encierro por dentro.

Me doy vuelta y voy a la ducha, la necesidad de lavar su olor de mi piel compitiendo con el deseo desesperado de mantenerlo para siempre.

Capítulo SIETE

La puerta del apartamento de Brennan se cierra detrás de mí con un clic suave, y la fachada que construí con tanto cuidado se deshace en polvo. La sonrisa confiada, la postura relajada, todo desaparece en el aire frío de la mañana. Mis ojos ruedan con tanta fuerza que duele.

— Idiota. — El susurro es un veneno en mi lengua.

¿Quién diablos se cree que es?

Después de todo, ¿quién se cree que es para dictar aquel montón de reglas, como si estuviera prescribiendo un tratamiento para un paciente terminal? Solo sexo. Sin involucramiento. Sin citas. Su arrogancia es impactante. No mentí cuando dije que mi enfoque es mi carrera. Es la verdad más sólida de mi vida. Pero después de la noche que tuvimos, del incendio que consumió aquel sofá, algo cambió.

Durante el baño, en las horas oscuras de la madrugada, cuando me encontró en la ducha y me prensó contra los azulejos fríos, había algo más en su toque. Y después, cuando me cubrió con una manta de cachemira y me envolvió en sus brazos, durmiéndose con el rostro enterrado en mi cabello, vi ternura. O pensé que vi. Interpreté aquello como preocupación, como un destello del hombre detrás de la máscara de hielo.

¿Y a cambio de esa vulnerabilidad, me vomita aquel contrato verbal ridículo? ¿Solo sexo? ¿Ni siquiera quiere llevarme a la mierda de un cine? Pasé los últimos años de mi vida en una burbuja de reclusión, atrapada entre libros de anatomía y guardias interminables. Finalmente puedo respirar un poco, ¿y el único hombre que hizo que mi cuerpo despertara de un largo coma no puede ni siquiera considerar la idea de una maldita cena?

Pues bien. Que así sea.

Si con él será solo sexo, entonces no voy a privarme de otras cosas. No voy a cerrarme a la posibilidad de una cita de verdad, de una conversación que no termine con ropas en el suelo. Aunque la verdad fea y dolorosa sea que no quiero eso con nadie más. Para mi completa infelicidad, para mi estupidez monumental, quería todo aquello con él.

Entonces, que se vaya al infierno. Y que no piense, ni por un segundo, que estaré a su disposición en el momento en que chasquee los dedos. El juego cambió. ¿Quería reglas? Ahora las tendrá. Las mías.

Reencontrarlo en el hospital horas después es como caminar sobre vidrio roto. Cada paso es calculado, cada respiración es superficial. Estoy segura de que mi rostro es una llama viva de vergüenza, un faro rojo que grita DORMÍ CON EL JEFE. Rezo para que todos interpreten mi rubor como miedo. Es una excusa plausible. Después de todo, para ellos, él es solo el verdugo, el Dr. Muerte, el dios de la neurocirugía con el alma de un iceberg. Nadie sospecharía que, bajo aquel exterior glacial, existe un hombre que besa como si su vida dependiera de ello.

Apenas me mira durante las rondas de la mañana. Es la personificación del profesionalismo, la voz fría y cortante, las preguntas afiladas. Pero cuando sus ojos encuentran los míos, es una colisión. Es solo por un segundo, una milésima de segundo, pero es suficiente. Veo el

mensaje allí, en la oscuridad de sus pupilas. Una promesa silenciosa de lo que me hará la próxima vez que estemos solos. Un destello de la noche pasada, del calor de su piel, del sabor de su boca. Y todo mi cuerpo se enciende, una traición completa a mi mente furiosa.

La tarde se arrastra, una tortura lenta. Durante una pausa, noto que necesitamos más kits de sutura en la pequeña sala de procedimientos.

— Yo voy por ellos. — digo, antes de que cualquier otra persona pueda ofrecerse.

Necesito un momento. Un momento lejos de sus ojos, lejos del recuerdo de sus manos.

La sala de suministros es mi refugio temporal. Estrecha, silenciosa, llena del olor familiar a antiséptico. El mismo lugar donde me acorraló días atrás y me dio mi primer sermón. La ironía no se me escapa. Comienzo a tomar las cajas, mis movimientos mecánicos.

Por eso no lo oigo acercarse.

Una sombra bloquea la luz del pasillo, y una mano cierra la puerta con un clic suave. Mi corazón salta a mi garganta.

Me doy vuelta, y él está ahí. No dice nada. Solo se mueve en mi dirección, empujándome hacia el fondo de la sala, lejos de la pequeña ventana de vidrio de la puerta.

— ¿Quieres matarme del corazón, hombre? — la pregunta sale jadeante, una mezcla de susto y adrenalina.

Una esquina de su boca se curva, una sonrisa fantasma que es devastadoramente sexy.

— No. Además porque entiendo de cerebros, no de corazón.

Parpadeo, sorprendida. Una broma. El Dr. Brennan Rhys-Donovan acaba de hacer una broma. El mundo debe estar acabándose.

— ¿Me estás espiando, doctor? — replico, intentando recuperar el equilibrio.

— Lógicamente que no. — dice, y entonces está encima de mí, prenándome contra un estante de metal frío. Su cuerpo es una pared de calor, su olor envolviéndome, sofocándome, despertándome.

— Entonces, ¿cómo sabías que yo...?

Antes de que termine la frase, su boca está en la mía.

Es un beso que roba el aire, que roba los pensamientos. No es tierno como el de anoche. Es hambriento, posesivo. Es la manifestación física de aquella mirada que me dio durante todo el día. Sus manos encuentran mi trasero, apretando con fuerza, jalándome contra la dureza de su erección. Y me deshago. Mi cerebro se apaga. La rabia, las reglas, la resolución... todo se transforma en humo. Solo existe él, su sabor, la forma en que su cuerpo se moldea al mío.

Es cuando oímos. El sonido inconfundible de la manija de la puerta girando.

El pánico me golpea como un rayo. Un grito agudo sube por mi garganta, pero antes de que pueda escapar, la mano de Brennan cubre mi boca, firme y sofocante.

Con una sangre fría que me vuelve loca, me jala hacia la esquina más oscura de la sala, detrás de un estante alto lleno de cajas de suero fisiológico. Me presiona contra la pared, su cuerpo un escudo, su mano todavía sobre mis labios. La puerta se abre.

Mi corazón está martillando tan fuerte que estoy segura de que quien sea que haya entrado puede oírlo. Contengo la respiración, mis ojos muy abiertos de terror sobre los dedos de Brennan. Es una de las enfermeras. Tararea bajito mientras toma algunas gasas de un estante del otro lado de la sala.

Y entonces, para mi horror absoluto, siento los labios de Brennan en mi cuello.

Caliente. Húmedo. Besa la piel sensible justo debajo de mi oreja, y un temblor violento recorre mi cuerpo. Intento alejarme, pero estoy atrapada entre él y la pared. La enfermera todavía está ahí, a pocos metros de distancia. Esto es una locura. Es suicida.

Y entonces su otra mano se mueve.

Se desliza por mi cintura, sus dedos encontrando la cintura del pantalón de mi uniforme. Y, sin dudar, invade.

Sus dedos se deslizan bajo el elástico de mis bragas, encontrando mi humedad instantánea. Un gemido de shock y placer muere contra la palma de su mano. Mis rodillas flaquean. Me está tocando. Aquí. Ahora. Con una enfermera a menos de tres metros de nosotros.

La enfermera cierra la puerta del armario con un clic. Ni siquiera lo noto. Mi universo entero se redujo al movimiento de sus dedos dentro de mí, a la succión de su boca en mi cuello. Él me conoce. Sabe exactamente dónde tocar, la presión exacta a aplicar. Es una tortura exquisita, una sobrecarga sensorial. El miedo de ser atrapada se mezcla con una ola de excitación tan poderosa que me mareo.

Apenas registro la puerta cerrándose, la enfermera yéndose. Solo me doy cuenta de que estamos solos de nuevo cuando quita la mano de mi

boca, reemplazándola con sus labios.

— Silencio. — susurra contra mi boca, antes de besarme nuevamente, un beso profundo, mientras sus dedos continúan su trabajo devastador.

Soy un desastre de contradicciones. Mi cerebro grita para que lo empuje, para que lo detenga, para que corra. Mi plaza. Mi carrera. Mi dignidad. Todo en riesgo. Pero mi cuerpo... mi cuerpo lo traiciona. Se arquea hacia su toque, mis caderas moviéndose en un ritmo silencioso contra su mano.

La tensión se construye dentro de mí, una espiral apretada y caliente. Estoy cerca. Demasiado cerca.

Debe sentirlo, porque acelera el ritmo, sus dedos moviéndose con una habilidad que es a la vez clínica e increíblemente íntima. Entonces encuentra mi clítoris, y el mundo explota en luz blanca y silenciosa. Mi cuerpo se contrae violentamente, un orgasmo mudo y arrollador que me roba la fuerza, la voluntad, todo. Muerdo el interior de mi mejilla para no gritar.

Cuando los temblores disminuyen, caigo contra su cuerpo rígido y grande, las piernas como gelatina. Brennan me sostiene, el cuerpo todavía presionado contra el mío. Aparta mi cabello sudoroso del rostro, su respiración caliente en mi oreja.

— En mi apartamento. — ordena, la voz un gruñido bajo y ronco. — En cuanto salgas de aquí.

Y luego se aleja, dejándome.

Simplemente se da vuelta y sale, como si nada hubiera pasado, la tranquilidad en persona, dejándome apoyada en la pared, débil, jadeante y

completamente destruida.

Me quedo ahí por un tiempo que no puedo medir, intentando hacer que mis pulmones funcionen de nuevo, intentando hacer que mi cerebro se reconecte. Me martirizo. ¿Qué mierda fue esa? Debería haberlo detenido. Debería haber luchado. Mi plaza en este programa, el sueño de mi vida, podría convertirse en humo si alguien siquiera sospecha lo que está pasando entre mi jefe y yo.

Pero la verdad fea y humillante es que no puedo. Me quedo con la mente en blanco cuando me toca. Toda mi fuerza, todo mi orgullo, toda mi convicción sobre que una mujer nunca debe someterse a un hombre... todo se disuelve en el calor de su toque.

Y eso es muy, muy malo.

Eso es lo más peligroso que me ha pasado.

Después de recomponerme, salgo de la sala de suministros con las piernas todavía temblorosas. El resto de la tarde es una niebla. Me muevo en piloto automático, realizando mis tareas, pero mi mente está en otro lugar. Está en su toque, en su orden.

Cerca del fin de mi turno, mi celular vibra en el bolsillo de mi bata. Es ella. Mi madre. Mi estómago se contrae. Camino hasta una esquina tranquila cerca de las escaleras de emergencia y contesto.

— Hola, mamá.

— Thea. Pensé que te habías olvidado de que tienes madre. — Su voz es fina y llena de una acusación familiar.

— Estoy en medio de mi turno, mamá. Es muy ajetreado aquí. — Intento mantener la paciencia.

— Ajetreado. Siempre ajetreado. — resopla. — ¿Ya sabes cuándo recibirás tu primer pago? El Sr. Henderson del banco llamó de nuevo. La hipoteca no se va a pagar sola, sabes.

Ninguna pregunta sobre cómo estoy. Si me está gustando la residencia. Si hice amigos. Solo dinero. Como siempre.

— Lo sé, mamá. Recibiré en algunas semanas. Te enviaré el dinero tan pronto como pueda. Lo prometo.

— Más te vale. No sé cuánto tiempo más puedo aguantar esta presión. — suspira, un sonido dramático que perfeccionó a lo largo de los años. — Esta enfermedad... te quita todo. Tu salud, tu dignidad, tu casa...

Cierro los ojos, sintiendo el peso del mundo en mis hombros. A veces me pregunto cómo la enfermedad degenerativa tuvo la mala suerte de elegir a una persona que ya era tan amarga incluso antes de enfermarse. La enfermedad solo le dio una excusa para su crueldad.

— Tengo que irme, mamá. Necesito volver al trabajo.

— Claro. El trabajo. — dice, y cuelga.

Me quedo parada, el teléfono en mi mano, sintiendo un vacío frío extenderse por mi pecho. No es sorpresa. Nunca lo es. Pero todavía duele.

— Hey. ¿Está todo bien?

La voz de Jake me asusta. Guardo el teléfono rápidamente, forzando una sonrisa.

— Sí, claro. Solo... cosas de casa.

Me mira con una preocupación genuina que es a la vez dulce e incómoda.

— Te ves molesta. Si necesitas conversar...

— Estoy bien, Jake. Gracias. — digo, un poco más firme de lo que pretendía.

Nos giramos para volver a la estación de enfermería, y es cuando lo veo. Brennan. Está parado al final del pasillo, observándonos. Su rostro está impasible, pero sus ojos son como fragmentos de hielo. Un escalofrío recorre mi columna.

Por un instante, mi primer impulso es dar una excusa. Explicar que no es nada, que Jake es solo un amigo.

Pero entonces recuerdo.

Recuerdo la conversación en su apartamento. Saldrás con otras mujeres, y yo con otros hombres. Recuerdo mi propia rabia, mi resolución.

Que se joda.

El cambio dentro de mí es instantáneo. Levanto mi cabeza. Mi sonrisa, que antes era falsa para Jake, ahora se convierte en un arma dirigida a Brennan. Me giro hacia mi colega.

— En realidad, me encantaría un café. Estoy agotada.

El rostro de Jake se ilumina.

— ¡Claro! Lo traigo para ti.

Mientras caminamos por el pasillo, pasando directamente por Brennan, no desvío la mirada. Lo encaro, manteniendo la sonrisa en el rostro, y digo, con la voz clara y firme:

— Buenas tardes, doctor.

No me detengo. No dudo. Sigo caminando al lado de Jake, sintiendo la mirada helada de Brennan quemar un agujero en mi espalda.

No estábamos haciendo nada malo. Y si él puede dictar reglas, yo también puedo. El juego puede ser peligroso, pero al menos ahora, ambos estamos jugando.

Capítulo OCHO

Debo estar loco.

El pensamiento no es nuevo, pero esta noche tiene una nitidez incómoda. El reloj digital en la pared de mi cocina marca 23:47. Thea dejó su turno hace casi una hora. Dejé bien claro. En mi apartamento, en cuanto salgas de aquí. Una orden. No una invitación. Entonces, ¿dónde diablos está?

Camino de un lado a otro en mi sala de estar, el suelo de concreto pulido frío bajo mis pies descalzos. Me siento patético. Patético por la irritación que burbujea en mi estómago. Patético por esperar como un adolescente ansioso. Y, principalmente, patético por saber la verdadera raíz de mi agitación: la sospecha de que me está desafiando. De que las reglas que escupí esta mañana, en mi intento desesperado de meter al genio de vuelta en la botella, fueron recibidas por ella no con sumisión, sino con un desprecio silencioso.

Una inquietud febril se apodera de mí. Una urgencia de verla que me deja ansioso, que aprieta mi pecho de una forma que ningún caso quirúrgico jamás logró. Y mi mente, mi mente analítica y entrenada, me traiciona, conjurando el peor escenario posible.

El café. Su conversación con Adams. La sonrisa que le dio a él.

La imagen de ellos, extendiendo el café del hospital a un bar cualquiera, riendo, su mano tal vez rozando la de ella sobre la mesa... No. Ella no haría eso. ¿O sí? ¿Sabiendo que la esperaba? La incertidumbre es un ácido, corroyendo mi lógica.

Mi celular está sobre el mostrador de la cocina, un rectángulo negro y silencioso. Tomo el aparato, el metal frío contra mi palma caliente. Mi pulgar se cierne sobre su contacto. ¿Qué diría? ¿Dónde estás? Sonaría posesivo, necesitado. Ridículo. Arrojé el celular en el sofá de cuero con una frustración que roza la violencia.

¿Por qué me siento así? Soy Brennan Rhys-Donovan. No espero por nadie. No necesito a nadie. Mi vida es una fortaleza construida con años de disciplina y dolor, diseñada para mantener exactamente este tipo de caos del lado de afuera. Y, sin embargo, aquí estoy, rehén de la llegada de una residente rubia con ojos que ven demasiado.

La siguiente media hora es una tortura. Intento leer un artículo científico, pero las palabras se mezclan. Sirvo un whisky, pero el alcohol no calma la tormenta dentro de mí.

Entonces, un sonido agudo corta el silencio. El intercomunicador.

Mi corazón da un vuelco, una arritmia peligrosa que me deja momentáneamente sin aire. Camino hasta el panel en la pared, mi mano temblando ligeramente cuando presiono el botón para hablar.

— ¿Sí?

— Soy yo.

Su voz. Un poco amortiguada por el aparato, pero inconfundible. El alivio que me inunda es tan arrollador, tan vergonzosamente potente, que

me marea. Libero la entrada, mi corazón martillando contra mis costillas en un ritmo que no entiendo, que odio, que deseo.

Cuando abro la puerta del apartamento y mis ojos encuentran los suyos, toda la irritación, toda la ansiedad, toda la furia patética se disuelve como humo. Está ahí, el cabello húmedo de la noche, el rostro cansado, pero con aquella misma llama desafiante en sus ojos. Una necesidad incómoda y arrolladora de abrazarla, de enterrar mi rostro en su cuello e inhalar su olor, de confirmar que es real y está aquí, me golpea con la fuerza de un puñetazo.

En cambio, cruzo los brazos.

— Te demoraste. — Mi voz sale más áspera de lo que pretendía. Mi mirada recae sobre la mochila desgastada que lleva en el hombro.

Thea levanta una ceja.

— ¿Qué crees? Pasé por mi apartamento para tomar una ducha y cambiarme de ropa. ¿Crees que vendría aquí con olor a hospital y doce horas de agotamiento?

La respuesta simple y lógica me golpea. No estaba con Adams. Solo estaba... preparándose. Para mí. El alivio es tan profundo, tan preocupantemente intenso, que mi control se hace añicos.

Todo lo que puedo hacer es sujetarla por la muñeca, jalarla dentro del apartamento y cerrar la puerta con el pie. Su cuerpo choca con el mío, y mi boca encuentra la suya.

Es tomada por sorpresa, un pequeño sonido de asombro muriendo en su garganta. Pero es solo por un segundo. Entonces, la mochila cae al suelo con un golpe sordo, y sus brazos rodean mi cuello. Acepta el beso,

correspondiendo con un hambre que refleja la mía, su lengua encontrando la mía en una danza familiar y salvaje que me deja instantáneamente duro.

Mis manos se desliza a su trasero, y la levanto, presionándola contra la puerta. Gime en mi boca, y el sonido me incendia. Sin romper el beso, la llevo por la sala, mis pasos urgentes, y la recuesto en el sofá, cubriendo su cuerpo con el mío, encajándome entre sus piernas.

Se aleja, jadeante, una sonrisa maliciosa jugando en sus labios.

— ¿Algún día voy a conocer tu habitación?

Sonrío de vuelta, un espasmo raro en mis músculos faciales. Me inclino y muerdo suavemente la piel sensible de su cuello.

— Tal vez un día en que no esté tan loco por comerte en el momento en que pasas por la puerta.

Thea ríe, un sonido cristalino que resuena en mi sala silenciosa. Pero la risa muere cuando mis labios reclaman los suyos nuevamente, los besos volviéndose más profundos, más intensos. Las palabras se vuelven innecesarias.

Ella está sobre mí ahora, el peso delicioso de su cuerpo presionándome contra los cojines, sus manos hábiles desabotonando mi camisa. Cierro los ojos, entregándome a la sensación de sus dedos en mi piel, cuando un sonido alto y completamente inesperado rompe el hechizo.

GRRRRRR.

El sonido viene de su estómago. Es tan alto, tan innegablemente un rugido de hambre, que se congela. Un rubor violento sube por su cuello hasta su rostro. Esconde el rostro en la curva de mi cuello, la personificación de la vergüenza.

— Solo almorcé hoy. — murmura contra mi piel, la voz amortiguada.

Y río. Una risa genuina, profunda, que viene de un lugar que no visitaba hace años. La situación es tan ridícula, tan humana, tan... real.

— Bájate de encima de mí, hambrienta. — digo, la voz llena de una diversión que me sorprende.

Se levanta, todavía sonrojada, mientras me siento.

— Voy a preparar algo para que comas.

La cocina está abierta a la sala, dividida solo por un largo mostrador de cuarzo. Mientras saco pan, queso y algunos fiambres de la nevera, conversamos. Me cuenta sobre un paciente difícil, sobre un procedimiento que la Dra. Cora la dejó realizar. Hablo sobre un caso complejo que me ocupó la mayor parte del día. Es fácil. Aterrorizantemente fácil. Es una normalidad que no sabía que deseaba.

Preparo un sándwich generoso y sirvo un vaso de jugo. Cuando me doy vuelta hacia el mostrador, noto que quedó callada.

— ¿Thea?

Silencio.

Con el ceño fruncido, rodeo el mostrador. Y la encuentro en la misma posición en que la dejé en el sofá. La cabeza inclinada hacia un lado, anidada entre los cojines, los labios entreabiertos.

Dormida.

El agotamiento finalmente la venció. Me siento en la mesa de centro de vidrio, el plato con el sándwich en una mano, el jugo en la otra, y la observo. La luz suave de la ciudad entra por las ventanas, trazando los

contornos de su rostro. Es hermosa. Una belleza que no es pulida o perfecta, sino real, llena de vida. Es inteligente, increíblemente inteligente. Y es la residente más esforzada, más hambrienta de conocimiento que he visto.

Pero hay algo más. Algo más allá de la belleza y la dedicación que me atrae hacia ella como un planeta es atraído hacia su sol. Es una fuerza, una resiliencia silenciosa. Una luz que ni siquiera la brutalidad de nuestro trabajo logra apagar. Es algo que no entiendo.

O tal vez prefiera no entender.

Mi pasado se proyecta como una sombra sobre este momento de paz. La memoria del dolor, de la pérdida, del fallo monumental que redefinió mi existencia. Un miedo frío y familiar me invade. El miedo de sentir esto de nuevo. De importarme tanto así.

Me levanto demasiado rápido, el plato balanceándose en mi mano. La necesidad de distancia es un instinto de supervivencia. Tomo la manta de cachemira del respaldo de una silla y la cubro con cuidado. Guardo el sándwich intocado en la nevera y voy a mi habitación, cerrando la puerta detrás de mí. Necesito alejamiento. Necesito mi fortaleza.

Despierto en la oscuridad. No por una pesadilla, sino por un toque. Un peso suave escalando mi cuerpo. Abro los ojos y la veo, una silueta desnuda contra el brillo distante de la ciudad. Está sobre mí, el cabello suelto cayendo en cascada sobre sus hombros.

— Por fin conocí tu habitación. — susurra, una sonrisa pícaro en su voz.

Mi verga, que ya estaba semi erecta por el sueño que estaba teniendo con ella, sube inmediatamente, dura como piedra.

La jalo hacia un beso, y el mundo se reduce a nosotros dos. Ya no hay reglas, ya no hay miedo. Solo la verdad de nuestros cuerpos. Hacemos el amor por el resto de la madrugada, una exploración lenta y profunda que es completamente diferente de todo lo que tuvimos antes. No es solo sexo. Es una comunicación silenciosa, una rendición mutua. Es peligroso. Es adictivo.

Y, por primera vez en ocho años, no duermo solo en mi cama. Y el pensamiento que me aterrorizaba horas atrás ahora parece lo único correcto en el universo.

Capítulo NUEVE

Oscuridad. Silencio. Y su olor.

Despierto en una maraña de sábanas que huelen a Brennan y a nuestro sexo. Por un segundo, no sé dónde estoy. La habitación es vasta, minimalista, bañada por la luz gris y fantasmagórica que precede al amanecer en Nueva York. Y entonces el recuerdo de la madrugada me golpea, la forma en que me arrastré a su cama, el beso hambriento, la manera en que nuestros cuerpos se movieron juntos, una danza lenta y profunda hasta que el sol comenzó a amenazar el horizonte.

Un pánico helado me agarra.

Dormí demasiado.

La certeza me arroja fuera de la cama como un resorte. Perdí la hora. Estoy atrasada. Brennan va a matarme. Voy a ser expulsada del programa. Mi madre va a perder la casa. El dominó del desastre comienza a caer en mi cabeza.

— ¡Mierda, mierda, mierda! — refunfuño, corriendo desnuda por la habitación fría, buscando mis ropas, que están esparcidas como restos de un naufragio. — ¿Dónde está mi pantalón? Dios mío, no puedo creer que dormí. Nunca duermo demasiado. ¿Qué hora es?

— Thea.

La voz de Brennan es un murmullo somnoliento viniendo de la cama. Lo ignoro, encontrando mi sostén debajo de una silla de diseño absurdamente cara.

— Necesito irme. ¿Puedes despedirme por esto? ¿Retraso en el primer mes? Probablemente puedes. Está en tu derecho. Firmaría cualquier cosa. Probablemente firmé mi propia sentencia de muerte...

— Thea.

Continúo mi búsqueda frenética. Mis bragas. ¿Dónde diablos están mis bragas? Las veo cerca de la puerta. Me lanzo para tomarlas.

— THEA.

La autoridad en su voz me detiene a mitad de camino. Es el tono del Dr. Rhys-Donovan, el Jefe del Departamento, no el amante de anoche. Me doy vuelta, jadeante, el cabello cayendo sobre mi rostro, cegándome, el corazón martillando contra mis costillas.

Brennan está sentado en la cama, frotándose los ojos, la sábana baja en su cintura. La visión de su pecho desnudo, de la forma en que la luz gris esculpe sus músculos, es una distracción peligrosa.

— Vuelve a la cama. — dice, la voz más suave ahora. — Todavía es temprano.

Solo entonces miro alrededor. La habitación todavía está oscura. Las luces de la ciudad todavía brillan del lado de afuera de las ventanas inmensas. Mi mirada encuentra el reloj digital en su mesa de noche.

5:17 AM.

El alivio me golpea con tanta fuerza que mis piernas flaquean. Suspiro, dejando que las ropas que recolecté caigan al suelo en un montón desordenado.

— Oh. — es todo lo que puedo decir.

Abre los brazos, una invitación silenciosa. Y voy. Gateo de vuelta a la cama, al calor de él, deslizándome en su abrazo. Me jala cerca, su cuerpo caliente y somnoliento contra el mío.

— Lo siento. — murmuro contra su pecho. — Hábito. Por años, despertaba a las cuatro de la mañana para estudiar. Mi cerebro todavía está programado para el pánico. A veces olvido que mi realidad ahora es otra.

Comienzo a hablar, las palabras brotando en la intimidad silenciosa de la habitación. Le cuento sobre los exámenes finales, sobre vivir de café y miedo, sobre cómo cada nota parecía una cuestión de vida o muerte.

Y entonces me doy cuenta. Está callado. Rígido.

Me detengo a mitad de la frase. Me alejo un poco para mirarlo. La mandíbula de Brennan está apretada, la mirada distante. Hablé demasiado. Crucé una línea.

— Lo siento. — digo rápidamente, sintiendo el calor de la vergüenza subir por mi rostro. — Estoy parloteando. Ni siquiera debes querer saber sobre mi pasado. Regla número uno, ¿cierto? Sin involucramiento personal.

Sus ojos se enfocan en los míos, y veo una batalla sucediendo ahí. Suspira, el sonido áspero en el silencio.

— No hay nada en nuestro... acuerdo... que nos impida ser amigos. — dice, y la palabra "amigos" suena extraña y foránea en su boca. — Además de amantes.

La declaración me sorprende. Es una concesión. Una pequeña fisura en su armadura. Y, animada, me arriesgo.

— Entonces... cuéntame algo sobre tu pasado. Cualquier cosa.

El cambio en él es instantáneo. El calor se retrae. Su cuerpo se pone tenso bajo el mío. La mandíbula se aprieta aún más. La puerta se cerró. Con fuerza.

Me arrepiento al instante. Tonta. Tonta, tonta, tonta.

— No, olvídalos. Lo siento, no debería...

— Thea. — me interrumpe, la voz baja y peligrosa.

Y entonces se mueve. En un movimiento fluido y poderoso, gira nuestros cuerpos hasta que estoy de espaldas en la cama y él está sobre mí, subyugándome con su peso, inmovilizándome con sus caderas. Sus ojos están oscuros, tempestuosos.

— Me despertaste. — gruñe, la voz un barítono ronco que vibra a través de mí. — Ahora, vas a tener que mantenerme entretenido.

Un escalofrío de excitación, no de miedo, recorre mi columna. El cambio súbito de tierno y vulnerable a depredador primitivo me deja sin aliento. Sonríe, una sonrisa lenta y sensual que ni siquiera sabía que era capaz de dar.

— Creo que tengo una idea de cómo hacer eso.

Giro nuestros cuerpos nuevamente, sorprendiéndolo con mi fuerza. Ahora estoy encima, montada en sus caderas, en control. Su verga, ya dura, presiona contra mi vientre. Me inclino hacia adelante, besándolo lentamente, provocadoramente. Entonces, comienzo a descender por su cuerpo, mi boca dejando un rastro de besos en su pecho, en su abdomen.

Brennan entiende lo que estoy haciendo. Tira la cabeza hacia atrás en la almohada, un sonido gutural escapando de su garganta.

— ¡Sí!

Río. Parece un niño que acaba de ganar un premio. Tan pronto tengo su verga, que apenas cabe en mi mano, por su longitud y circunferencia, lo manipuleo en un sube y baja que lo hace pulsar.

— ¿Ya te dijeron que tienes una verga hermosa, doctor?

Hincha el pecho y cruza los brazos detrás de la cabeza.

— Ya me dijeron muchas cosas, doctora. Que es hermosa inclusive.

— la sonrisa de lado en su boca es de orgullo.

Ruedo los ojos. Los hombres y sus juguetes.

— ¿Dijeron también que es muy sabrosa?

— ¿Estás sugiriendo que la pruebe?

— ¡Me lo prometiste! — replica, pareciendo indignado.

— ¿Prometí? ¿Cuándo?

— Cuando bajaste por mi cuerpo, marcándome con esa boca deliciosa tuya.

— Pero no dije que iba a meter tu verga en mi boca.

Brennan suspira y tira la cabeza hacia atrás, frustrado.

— Eso no se hace, chica.

Sigo masajeándolo, mi boca flotando muy cerca de él.

— Creaste expectativas solo.

— ¿Y qué podría hacer para que me chupes?

— ¿Pedir por favor?

— Dra. O'Connell, ¿será que la señorita podría, por favor, meter mi verga en su boca y chuparme, como en el sueño que se formó en mi cabeza?

— Pidiendo de esa forma...

... Mi boca lo encuentra, y su sabor, salado y puramente masculino, llena mis sentidos. Su cabeza cae hacia atrás y suelta una palabrota. No hay vacilación en mí. Solo una necesidad arrolladora de darle placer, de adorarlo, de reclamarlo de una forma que va más allá del sexo. Sus manos se entierran en mi cabello, no para guiarme, sino para aferrarse, como un hombre ahogándose se aferra a una tabla de salvación. Sus gemidos son la única música en la habitación, y me pierdo en ellos, en el poder que siento, en la entrega que me ofrece.

Cuando siento que está muy cerca, soy tomada por sorpresa cuando Brennan me jala, me besa duramente y luego me tira en la cama.

Después se curva hacia la mesita de noche y alcanza un condón del cajón. Mientras lo observo ponérselo, me ordena.

— Sé una buena chica y acuéstate boca abajo, Thea.

Mordiéndome el labio, obedezco, mirándolo por encima del hombro.

— Ahora levanta ese trasero hermoso para mí.

Lo hago y lo siento acomodarse detrás de mí. Cuando entra, profundo, en un movimiento duro, jadeo. ¡Es tan bueno!

— Puta que me parió, Thea. Eres tan apretada alrededor de mi verga, que me vuelves loco. — Se hunde nuevamente y mi rostro está en la

almohada. Muerdo el labio y dejo que un largo gemido resuene por la habitación.

No espera. No necesita. Cada movimiento suyo es una afirmación, una conquista de mi cuerpo que le ofrecí en bandeja. Sus manos agarran mis caderas con una fuerza que ciertamente dejará marcas, y ansío por ellas, por esos recuerdos físicos de que esto fue real.

Establece un ritmo implacable, cada embestida una palabra en un vocabulario de placer que solo nosotros dos entendemos. Mi mundo se reduce a la sensación de él dentro de mí, llenándome, a la visión de sus músculos tensos sobre mi espalda, al sonido amortiguado de su respiración jadeante y de mis propios gemidos amortiguados por la almohada.

— Eso es... así mismo, Thea. Toda mía — su voz es un gruñido gutural, cargado de un dominio que me hace estremecer por dentro.

Me hundo en aquella almohada, permitiéndome ser llevada por la marea que él controla. Mi mente, antes tan enfocada en complacerlo, ahora es una pantalla en blanco donde solo él pinta con colores de fuego y éxtasis. El poder que sentí antes se transforma en una sumisión gloriosa, un entendimiento de que el mayor poder que poseo es rendirme a él.

Cambia el ángulo ligeramente, y una ola de placer tan intensa me golpea que grito, mis uñas cavando en la sábana.

— ¡Brennan!

— Lo sé, cariño. Lo siento — susurra, y una de sus manos se desliza por mi columna, posesiva, antes de perderse en mi cabello y jalar mi cabeza hacia atrás, arqueando mi cuerpo aún más contra el suyo. — Estás casi ahí. Ven para mí. Ven conmigo.

Es una orden, una petición, una promesa. Y no puedo negar. Soy incapaz de negar cualquier cosa que quiera. La presión dentro de mí crece, un torbellino incontrolable, hasta que ya no puedo distinguir dónde termina mi cuerpo y comienza el suyo. Entierra el rostro en mi cuello, y su propio gemido amortiguado es la chispa final.

El orgasmo me consume como un incendio, violento y total. Un grito sordo escapa de mis labios mientras mis miembros tiemblan incontrolablemente, y me despedazo en mil fragmentos de puro éxtasis bajo su comando. Lo siento seguirme un instante después, su cuerpo se endurece sobre el mío en un último y profundo impulso, y un rugido grave y satisfecho resuena en su pecho, contra mi espalda.

Se desploma sobre mí, su peso una cobertura caliente y sudorosa y maravillosamente real. Sus labios buscan mi hombro en un beso suave, casi reverente, un contraste gritante con la furia de momentos antes. La única música ahora es el sonido jadeante de nuestros corazones intentando encontrar un ritmo normal.

Me quedo ahí, debajo de él, fascinada. Fascinada por el poder absoluto que ejerció, por el control que tuvo no solo sobre mi cuerpo, sino sobre mi propia cordura, llevándome a un lugar donde nada más existía sino él y el placer que nos consumió. Y en el silencio jadeante que sigue, sé, con una certeza que va más allá de la razón, que entregarme a Brennan es la libertad más embriagadora que he conocido.

Más tarde, en el hospital, el día es un caos. Una emergencia de múltiples autos inunda la sala de emergencias, y todos somos arrojados a la confusión. El día es agitado, una sinfonía de pitidos, gritos y el olor metálico a sangre. Brennan y yo trabajamos como extraños, intercambiando

información clínica con una eficiencia fría que desmiente la intimidad de nuestra mañana.

Después del almuerzo, cuando el polvo comienza a asentarse, una nueva energía recorre el piso. Un murmullo. Las enfermeras se callan cuando ella pasa. Los residentes enderezan la postura. Un clima de miedo se intensifica.

Y entonces la veo.

Es la definición de una belleza fría e impecable. Cabellos rubios, largos y sedosos, que caen perfectamente sobre los hombros de su bata cortada a medida. Un cuerpo escultural que ni siquiera el uniforme consigue ocultar. Ojos azules que parecen capaces de congelar el infierno.

Lo que me molesta no es su belleza. Es la intimidad.

Se acerca a Brennan, que está inclinado sobre una ficha médica en la estación de enfermería, y coloca la mano en su hombro. Un toque casual, familiar.

— ¿Me extrañaste? — pregunta, la voz un ronroneo divertido.

Brennan se gira, y algo sucede en su rostro que nunca vi antes. Se suaviza. La tensión en sus hombros disminuye. Casi... sonrío.

— El hospital quedó demasiado silencioso sin ti, Miranda. — responde, y hay una calidez en su voz que nunca usó conmigo.

Ella ríe, y el sonido es como el tintineo de vidrio.

— No te preocupes. La tormenta está de vuelta.

Lo toca nuevamente, una mano en su brazo, riendo de algo que dice. Y un celo feo, verde y venenoso, se enrosca en mi estómago.

— ¿Quién es ella? — le pregunto a Cora, que está a mi lado, fingiendo organizar algunos formularios.

Cora resopla. — Esa es la Dra. Miranda Bailey. Cirujana cardiorrácica. Si crees que el Dr. Rhys-Donovan es intimidante, más te vale rezar para no entrar en el radar de esa. Puede destrozarte con una simple mirada.

— Parece... popular.

— Es una cirujana genial. — admite Cora, a regañadientes. — Pero una perra como persona. Y nunca escuchaste eso de mi boca.

Observo a los dos, la manera fácil en que conversan, la proximidad cómoda.

— Ella y... el doctor parecen muy cercanos. — digo, intentando sonar indiferente.

Cora me lanza una mirada rápida y perspicaz.

— Tal vez porque tienen prácticamente el mismo genio. Y... — baja la voz — ...rumores de que frecuentan la misma cama desde el divorcio del doctor.

El suelo se abre bajo mis pies. El shock es doble, un golpe de derecha y uno de izquierda que me dejan tambaleando. ¿Brennan y Miranda... amantes? ¿Y... divorcio?

— Espera... — mi voz es un susurro. — ¿El doctor ya estuvo casado?

Los ojos de Cora se abren ligeramente. Se da cuenta de que habló de más. Me mira de arriba abajo, su expresión volviéndose cerrada, profesional.

— El pasado del doctor Rhys-Donovan es un lugar que no debe ser visitado. Y ya hablé demasiado. — Se aleja, dejándome parada en medio del pasillo, el corazón en pedazos, la mente en un torbellino.

Casado. Estuvo casado. Y ahora está con ella. O estuvo con ella. O todavía está. Nuestro acuerdo de no exclusividad de repente parece un instrumento de tortura que yo misma ayudé a crear.

Aquella noche, espero. Miro mi celular cada cinco minutos, esperando un mensaje, una llamada. Una invitación para otra noche caliente, para perderme en sus brazos y olvidar a la rubia escultural y el pasado misterioso.

Pero el teléfono permanece oscuro. Silencioso.

Y sé, con una certeza que me aplasta, dónde está. Está con Miranda. La tormenta. La cirujana genial con quien comparte un genio y, aparentemente, una cama.

Me tiro en mi propia cama, la rabia quemando en mis venas. Rabia de él, por no llamarme. Rabia de ella, por existir. Pero, principalmente, rabia de mí misma. Por importarme. Por sentir este celo que me consume, que contradice cada regla, cada pedazo de lógica.

Nuestro acuerdo dice que podemos salir con otras personas. Pero no quiero que salga. Y, la verdad más dolorosa de todas, es que no quiero salir con nadie más.

Quisiera no importarme tanto.

Pero me importa. Y eso va a destruirme.

Capítulo DIEZ

La noche de París todavía flota sobre Miranda como un perfume caro. Gesticula con las manos, describiendo una galería de arte en el Marais, y el anillo de diamante en su dedo captura la luz suave del restaurante. Estamos sentados en un bistró francés en el West Village, un lugar que ella adora, con manteles blancos y camareros que se mueven como fantasmas. Es nuestro lugar. O lo era.

Está hermosa. Rubia, esculpida, confiada. La conversación es fácil, familiar. Compartimos el mismo humor cínico, la misma ambición implacable. Somos dos tiburones nadando en el mismo océano, y siempre hubo un consuelo en eso. Una ausencia de complicaciones.

— ...y entonces le dije que si quería mi opinión, debería dejar de usar tanto gel en el cabello. — concluye la historia, y sonrío. Una sonrisa pequeña, ensayada.

— Eres terrible, Miranda.

— Soy honesta. — replica, tomando un sorbo de su vino. Sus ojos azules me evalúan por encima de la copa. — Estás callado esta noche, Vince. Más de lo normal. ¿El trabajo te está matando?

— El trabajo es lo único que me mantiene vivo. — la respuesta es automática, una línea que repetí por años. Pero esta noche, suena como una mentira.

Más tarde, en la puerta del edificio lujoso en el Upper East Side, se inclina y me besa. El beso es técnicamente perfecto. Suave, con la cantidad correcta de presión. Pero no hay fuego. No hay caos. No hay la sensación de caer de un precipicio.

— ¿Vienes? — susurra contra mis labios, su mano deslizándose a mi pecho. Es una invitación que acepté docenas de veces. Un arreglo simple, sin emociones, que sirvió a su propósito.

Pero esta noche, el cuerpo que deseo no es el suyo. La piel que quiero sentir bajo mis dedos no es la suya, lisa y perfecta. Quiero la piel que se eriza con mi toque, que lleva las marcas de mis manos. Quiero a la residente testaruda, de espíritu libre, con una boca que es tan buena desafiándome como gimiendo mi nombre.

— No esta noche. — digo, alejándome gentilmente.

La sorpresa en los ojos de Miranda es evidente. Nunca rechacé antes.

— Está bien. — dice, la voz un poco más fría. — Llámame cuando vuelvas a ser tú mismo.

Regreso a mi apartamento, el sonido del motor de mi Harley un rugido solitario en la noche. Ya en casa, lo primero que hago es tomar mi celular. Mi pulgar se cierne sobre su nombre. Thea. Llamarla. Traerla aquí. Borrar el recuerdo insípido del beso de Miranda con su llama.

Pero no lo hago.

Arrojo el teléfono en el sofá. La dependencia es una enfermedad. Y estoy comenzando a presentar los síntomas. Me estoy volviendo dependiente de ella demasiado rápido, de la sensación de estar vivo que me proporciona. Necesito probarme a mí mismo que puedo pasar una noche sin ella. Que todavía tengo el control.

Es la decisión más estúpida de mi vida.

Al día siguiente, el hospital es un campo minado. Thea está distante. No es la distancia profesional que mantuvo antes. Es algo más frío. Más profundo. Apenas me mira durante las rondas. Evita cualquier pasillo en el que esté. El día es un borrón de cirugías y consultas, una excusa bienvenida para no pensar. Pero en cada momento de silencio, mi mente vuelve a ella.

En un momento de distracción, entre una consulta y otra, me encuentro observándola desde el otro lado de la estación de enfermería. Thea está riendo de algo que Liam dijo, la cabeza echada hacia atrás, la luz capturando los hilos de oro en su cabello. El sonido de su risa me golpea desde el otro lado de la sala, un puñetazo en el estómago.

— Es encantadora, ¿no?

La voz de Miranda a mi lado me asusta. No la oí acercarse. Está siguiendo mi mirada, una sonrisa conocedora en sus labios. Desvió la mirada rápidamente, forzando una sonrisa neutral para Miranda.

— La nueva cosecha de residentes. Llenos de energía.

— Sí. Energía. — dice, y la forma en que habla la palabra la vuelve sucia. — Ten cuidado, Vince. Los cachorros pueden morder.

Siento que estoy perdiendo el control. La fachada está agrietándose, y todos pueden ver.

Al final del día, la espero en el estacionamiento. Es un acto patético de un hombre desesperado. Me digo a mí mismo que es para asegurarme de que llegue a casa segura. Es una mentira. Solo necesito verla. Necesito arreglar lo que sea que rompí anoche.

Y entonces la veo. Sale por las puertas automáticas, no sola, sino con Adams. Están riendo. Él abre la puerta de su auto para ella. Un sedán práctico y aburrido. Ella entra. Y se van. Juntos.

Los celos son un veneno caliente y espeso en mis venas. Una furia tan intensa que me deja ciego por un momento. No recuerdo haber sentido nada parecido antes. Ni siquiera con Claire. Es feo. Es primitivo. Es posesivo.

Sin pensar, enciendo la moto y los sigo.

Me siento el más patético de los hombres, siguiendo a mi residente y a su pavo real a una distancia segura, como un detective de película B. Se detienen frente a un pequeño pub en Brooklyn. Los veo entrar, las luces cálidas del bar tragándolos.

Detengo la moto del otro lado de la calle, en la oscuridad. Tomo mi celular. La llamo. La llamada va directo al buzón de voz. Apagó el teléfono. O lo ignoró. La imagen de ella, riendo con él, apagando mi llamada para no ser interrumpida, me incendia.

Furioso, arranco con la moto, el neumático trasero cantando en el asfalto.

Llego a casa y arrojo mi casco contra la pared. El impacto es tan fuerte que uno de los cuadros abstractos y sin alma tiembla. No tengo derecho. La frase resuena en mi cabeza, una burla cruel. Fui el imbécil que dijo que podríamos salir con otras personas. Abrí la puerta de la jaula y la

animé a volar. Entonces ¿por qué la visión de ella con otro hombre me hace querer quemar el mundo?

Paso los dedos nerviosamente por el cabello, caminando de un lado a otro. Me siento. Me levanto. La tormenta de sentimientos dentro de mí es un huracán de categoría cinco, y no tengo dónde refugiarme.

Tomo el teléfono nuevamente.

¿Dónde estás?

Borro.

¿Estás con Adams?

Borro.

Por favor, llámame.

Patético. Borro.

Envío uno, dos, diez mensajes. Ninguna respuesta. Las horas se arrastran, cada tic del reloj un martillo en mi cordura. La certeza de que está haciendo con él lo que hizo conmigo anoche me atormenta. La imagen de ella, gimiendo su nombre, arañando su espalda...

Es casi medianoche. No aguanto más.

Me veo en mi moto nuevamente, cortando la ciudad fría sin un destino consciente. Y entonces estoy ahí. Parado del otro lado de la calle de su edificio en Queens. Un edificio simple de ladrillos, tan diferente de mi loft de vidrio y acero. Tan diferente de ella.

Minutos después, un auto de aplicación se detiene. Y ella sale. Sola.

Algo dentro de mí, un nudo de pánico y furia, se calma. Está sola. Pero eso no significa nada. Puede estar viniendo del apartamento de él.

Tal vez sienta mis ojos quemando su espalda. Se detiene en la acera, la mano en la manija de la puerta del frente, y se gira lentamente. Su mirada barre la calle oscura y me encuentra.

Con un suspiro que parece arrancar un pedazo de mi alma, bajo de la moto y cruzo la calle.

— ¿Qué estás haciendo aquí? — Su tono es seco, desprovisto de cualquier calidez.

— ¿Dónde estabas? — La pregunta sale dura, una acusación.

— No tengo que responderte eso. — Thea se gira para entrar, pero mi instinto es más rápido. La sujeto por el brazo.

— Estabas con Adams, ¿no?

Jala el brazo con fuerza, liberándose.

— No te debo explicaciones. ¿Y por qué me estás vigilando?

— No estaba vigilando, estaba preocupado. No respondiste mis mensajes.

— Ah, ¿ahora te preocupas? — rebate, la voz llena de un sarcasmo cortante. — Anoche, no recordaste enviarme un solo mensaje. ¿Por qué?

Es mi turno de quedarme en silencio.

— No necesito responder eso.

Thea suspira, el sonido cansado y triste.

— Entonces estamos a mano.

Se gira para partir nuevamente. Y nuevamente la sujeto. Se libera con un tirón violento.

— ¿Qué están mirando? — grita hacia una ventana donde una cortina se movió. Se gira hacia mí, la voz baja y furiosa. — ¿Quieres terminar esta conversación en mi apartamento? ¿O prefieres dar un show para mis vecinos?

En su apartamento, pequeño y acogedor, lo opuesto al mío, la batalla recomienza.

— ¿Por qué simplemente no admites que estabas con Adams?

— ¿Y tú? ¿Estabas con Bailey ayer? ¿Por eso no me llamaste?

— ¿Por qué estás trayendo a Miranda a esta conversación?

— ¡Porque sé que son amantes!

— ¿Y quién te dijo esa tontería?

— ¡Eso no importa! Es verdad, ¿no? Son amantes.

— Somos amigos...

— ¡Y amantes! ¿No es así?

No respondo. El silencio es una confesión. Thea resopla, un sonido de disgusto, y se aleja, los brazos cruzados sobre el pecho. Respiro profundo, intentando encontrar el control que perdí en algún lugar de la calle entre el pub y su apartamento. Me detengo detrás del cuerpo rígido y enojado de Thea.

— ¿Te acostaste con él? — La pregunta es un susurro, despojado de toda mi armadura.

— ¿Por qué tendría que responderte eso, Brennan? Tenemos un acuerdo, ¿recuerdas?

— ¡Al infierno con nuestro maldito acuerdo! — La sujeto por los brazos, girándola para encararme. — Solo dime, Thea. ¿Estás teniendo un romance con ese... sujeto?

— ¿Por qué debería responderte? ¿Por qué quieres saber?

— Porque... — Las palabras se atascan en mi garganta, la verdad tan aterradora que apenas puedo articularla. — ¡Porque no soporto la idea de que te toque!

— Pero dijiste... dijiste que podríamos salir con otras personas...

— ¡Pues cambié de opinión! — exploto, la voz alta y cruda. — ¿Ok? Cambié de opinión porque me vuelvo loco solo de pensar en ti con él, o con cualquier otro hombre. ¿Me estás entendiendo?

Sostengo su rostro entre mis manos, forzándola a mirarme.

— No quiero que salgas con nadie más que conmigo. ¿Entiendes eso?

Sus ojos, muy abiertos y sorprendidos, buscan los míos.

— ¿Eso vale para ti también? ¿No vas a acostarte más con Miranda ni con ninguna otra...?

Antes de que termine, mi boca está en la suya. Es un beso posesivo, desesperado, un intento de marcar mi territorio, de borrar la imagen de Adams, de Bailey, de todo.

— No quiero a otra, Thea. — digo, la frente pegada a la suya. — Solo puedo pensar en ti. En tenerte. En follarte. Por favor, dime que no te acostaste con él. Dímelo, o voy a enloquecer.

— No me acosté con él, Brennan. — susurra, y el alivio me golpea con tanta fuerza que casi me doblo. — Salimos. Todo el grupo. Fuimos a un

bar. Fue solo eso. Y yo tampoco quiero a otro. Solo a ti.

La jalo a mis brazos, un abrazo apretado, casi aplastante. La beso nuevamente, esta vez con devoción, con desesperación, con gratitud.

— Me estás haciendo un desastre, Thea. — admito, la voz ronca contra su cabello. — No me siento como yo mismo desde que apareciste en mi vida.

Se aleja lo suficiente para mirarme.

— ¿Y eso es tan malo?

— Sí. — la palabra es un soplo de dolor. — Sí, porque... estoy todo jodido, Thea. Roto. Y tal vez debería dejarte ir antes de romperte también.

— ¿Quieres que me vaya? — pregunta, la voz firme, los ojos buscando la verdad en los míos.

La miro fijamente, el abismo de mi pasado abriéndose ante mí. La memoria de la pérdida, de la culpa. Dejarla ir es lo correcto. Lo seguro. Lo lógico.

Pero no puedo. Estar sin ella, ahora, parece una sentencia de muerte.

Me siento vulnerable, roto y completamente aterrorizado.

— No. — trago en seco, la confesión rasgando lo que queda de mi orgullo. — No quiero que te vayas.

Y entonces la beso, un beso que no es sobre sexo o posesividad, sino sobre una necesidad aterradora. Una necesidad que tiene su nombre.

Capítulo ONCE

Mi cabeza está apoyada en el pecho desnudo de Brennan, subiendo y bajando suavemente con el ritmo constante de su respiración. El sonido de su corazón bajo mi oído es un tambor lento y constante, un contrapunto a la carrera caótica que ha sido mi vida desde que lo conocí. Estamos desnudos, enredados en las sábanas de mi cama, el sudor de nuestro último encuentro secándose en nuestra piel. Miro al techo gris, a las sombras que las luces de la ciudad proyectan, y un pensamiento pesado se instala en mí.

— Todo esto está yendo demasiado rápido.

Siento el suspiro profundo de Brennan, la vibración en su pecho.

— ¿Crees que no lo sé? — su voz es un murmullo ronco. — No planeé involucrarme con mi residente. Una mocosa testaruda que no tiene pelos en la lengua.

— Yo tampoco imaginé que estaría acostándome con mi jefe. — replico, sin levantar la cabeza. — Y no soy una mocosa.

— Las complicaciones que esto puede traernos...

— No quiero ni pensar en eso. — hago una mueca, la realidad del hospital, de Cora, de Miranda, Myers, de las reglas, intentando invadir

nuestra burbuja. Entonces, una risa escapa de mí, un sonido burbujeante e inesperado.

Brennan se mueve bajo mí.

— ¿Qué es tan gracioso?

Me acomodo, apoyando las manos en su pecho para mirarlo. La luz tenue esculpe su rostro, suavizando las líneas duras, haciéndolo peligrosamente hermoso.

— Es que fue gracioso el modo en que hablaste... mocosa. — imito su voz grave, fallando miserablemente. — Hasta parece que eres un anciano.

Una risa genuina sacude sus hombros, y mi corazón da un salto. Amo el sonido de su risa.

— Soy doce años mayor que tú, chica.

— Gran cosa. Sigues teniendo treinta y ocho años, y eso no está ni cerca de ser viejo.

Suspira nuevamente, el humor disipándose, reemplazado por una sombra familiar en sus ojos.

— A veces me siento mucho mayor que mi edad real... — suelta Brennan, la voz vaga, mirando a un punto más allá de mí.

La puerta se abrió. Solo una rendija. No debería intentar abrirla más, pero no puedo evitarlo.

— ¿Eso tiene que ver con el trabajo? ¿O... con tu pasado?

Sus ojos castaños se fijan en los míos, el ceño fruncido. Me está analizando, intentando leer mis intenciones.

— Escuché... en el hospital... que ya estuviste casado.

El cambio es inmediato. La rigidez vuelve, una armadura de hielo cerrándose sobre él. Brennan se sienta en el borde de la cama, de espaldas a mí, la tensión irradiando de sus hombros anchos. Pasa la mano por su nuca, un gesto que ya reconozco como su señal de angustia. Los codos apoyados en las rodillas, mira al suelo como si las respuestas estuvieran ahí.

— Todavía no estoy listo para hablar de eso.

La finalidad en su voz es una pared de acero. Me arrepiento instantáneamente de haber preguntado, de haber invadido un lugar donde claramente no soy bienvenida.

Me deslizo por la cama y lo abrazo por detrás, envolviendo mis brazos en su torso, presionando mi mejilla contra su espalda musculosa.

— Está bien. — susurro. — No necesitas. Será en tu tiempo.

Siento un músculo en su espalda relajarse, solo un poco. Entonces, para romper la tensión, una sonrisa divertida toca mis labios.

— Ahora acuéstate ahí, abuelito. — digo, la voz ligera. — Voy a hacerte un masaje en esa espalda. Si eres tan viejo, debe estar adolorida después del... ejercicio que acabamos de hacer.

Siento sus hombros sacudirse cuando una risa baja y ronca escapa de él. El alivio me inunda. Está de vuelta.

— Ah, chica... — murmura Brennan, la voz peligrosa, girando la cabeza para mirarme por encima del hombro, los ojos brillando con malicia. — Te voy a mostrar quién es viejo aquí.

En un movimiento rápido y fluido, se gira, agarrándome y jalándome debajo de él. Estoy atrapada en el colchón, bajo su cuerpo pesado y

caliente, sus manos sosteniendo las mías por encima de mi cabeza con una firmeza que no admite escape.

— Y no voy a parar hasta que pidas misericordia. — gruñe, los labios rozando los míos.

El desafío brilla en mis ojos.

— ¡Nunca!

— ¡Veremos!

El desafío apenas deja mis labios y ya me arrepiento. Una sonrisa lenta y peligrosa cruza el rostro de Brennan, y sus ojos se oscurecen con una determinación que hace que mi estómago se revuelva de anticipación.

— ¿Veremos? — repite, y la voz es un gruñido bajo y sedoso que me recorre toda, un escalofrío delicioso subiendo por mi columna.

Antes de que pueda defenderme, su boca captura la mía en un beso que no es de posesión, sino de promesa. La promesa de que esta noche está lejos de terminar. Sus manos liberan las mías e inician un viaje lento y deliberado por mi cuerpo, revisitando cada curva, cada punto de placer que ya descubrió.

Desciende. Sus labios trazan una línea de fuego por mi mentón, por mi cuello, donde siento mis pulsaciones aceleradas latiendo contra su boca. Continúa, despacio, besando mi clavícula, el valle entre mis senos. Mordisquea cada pezón, haciendo que la piel arda y un gemido salga de mí. Entonces está en la curva suave de mi cintura. Cada beso es una palabra no dicha, cada toque es una sentencia de placer. Arqueo la espalda, un gemido atrapado en la garganta, cuando sus manos firmes separan mis muslos. Mis

ojos, antes desafiantes, ahora se cierran, intentando aferrarme a un último fragmento de racionalidad que escapa como arena entre los dedos.

Brennan no me da tregua. Se posiciona entre mis piernas, y su mirada ardiente recorre mi cuerpo antes de fijarse en mi centro. El aire huye de mis pulmones en un suspiro tembloroso.

— Brennan... — susurro, y mi tono ya no es de desafío, sino de súplica.

— Calma, chica — murmura, y su respiración caliente contra mi piel más sensible me hace estremecer violentamente. — Vamos despacio. Hasta donde aguantes.

Y entonces, me prueba.

No es apresurado. Es una exploración meticulosa y lenta, como si estuviera determinado a memorizar cada secreto mío con la lengua. Besa, lame y succiona con una devoción que me deja sin aliento. Sus manos sostienen mis muslos, firmes, impidiéndome cerrarme, pero también anclándome en este torbellino de sensaciones.

Gimo, mis dedos se entierran en sus cabellos, no para empujarlo, sino para mantenerlo ahí, mi única ancla en un mar de puro éxtasis. Mis caderas comienzan a moverse en pequeños círculos, involuntarios, siguiendo el ritmo que su boca dicta.

— Eso... así... — gruñe contra mí, y la vibración de su voz envía ondas de choque eléctrico por todo mi cuerpo.

Encuentra el punto más sensible y enfoca toda su atención ahí, alternando entre presión firme y movimientos laterales rápidos y ligeros y besos... Mi mundo se estrecha a esta cama, a esta sensación, a este hombre.

Toda mi audacia inicial se disuelve, reemplazada por una necesidad cruda y primordial.

— Por favor... — gimo, y mi voz suena extraña y quebrada para mis propios oídos.

— ¿Por favor, qué? — pregunta, deteniéndose por un instante cruel, solo para susurrar contra mi piel.

Jadeo, frustrada, sintiendo su ausencia como una tortura.

— No pares... por favor, no pares.

Obedece, retomando su trabajo con redobrada intensidad, agregando los dedos, llenándome mientras su lengua no cesa. La presión dentro de mí crece, implacable, ineludible. Estoy cerca, tan cerca del abismo.

— Brennan, voy a... — grito, mi cuerpo enrigiéndose.

Pero disminuye el ritmo nuevamente, retrocediendo, dejándome al borde del orgasmo, temblorosa y despierta.

— Todavía no — ordena, su voz áspera de deseo. — Todavía no pediste lo que realmente quieres.

Estoy más allá de la vergüenza, más allá del orgullo. Mi cuerpo es un instrumento que solo Brennan sabe tocar, y estoy completamente a su merced.

— Por favor... — imploro, y siento lágrimas de pura frustración sensorial humedeciendo mis ojos.

— Dilo, Thea. — su voz es una orden suave, pero inflexible.

Me entrego. Totalmente.

— Por favor, poséeme. Te necesito. Dentro de mí. Ahora.

Es lo que esperaba. Pero todavía no ha terminado conmigo.

— Solo después de que te corras en mi boca... — Y su lengua vuelve a torturarme.

Estoy temblorosa, retorciéndome bajo su comando, una mano alcanzando mi seno, jalando el pezón duro, hasta que siento dolor. Necesito la liberación y viene en olas que me dejan mareada, agotada, pero quiero más.

Con un gruñido de triunfo y deseo liberado, Brennan se posiciona sobre mí. Nuestros ojos se encuentran, los suyos, victoria y fuego ardiente; los míos, rendición y anhelo puro.

Me penetra de una vez, profundo, llenándome completamente. Un grito amortiguado escapa de los dos. Se detiene por un segundo, permitiéndome acostumbrarme a la sensación abrumadora, antes de comenzar a moverse.

Es una posesión intensa, profunda, reivindicadora. Cada embestida es una afirmación de esta conexión prohibida e innegable. Lo envuelvo con las piernas, jalándolo más cerca, respondiendo a cada uno de sus movimientos con uno de los míos.

Entierra el rostro en mi cuello, sus gemidos bajos y roncoss un contrapunto perfecto para mis gritos sofocados. El ritmo se acelera, se vuelve más urgente, más desesperado. Estoy otra vez al borde, pero esta vez él está ahí conmigo.

— Ahora... — ordena en mi oído, y su voz es la vibración que detona todo dentro de mí.

Caigo. Mi cuerpo convulsiona en un orgasmo intenso y prolongado que arranca un grito largo e ininterrumpido de mis labios. Brennan me sigue momentos después, rugiendo mi nombre mientras me posee completamente, su propio cuerpo temblando con la fuerza de la liberación.

Por largos minutos, lo único que oigo es nuestra respiración jadeante, mezclada con los latidos cardíacos acelerados que resuenan en el silencio del cuarto. Brennan colapsa sobre mí, pero rueda rápidamente al lado, trayéndome consigo, manteniéndome atrapada contra su cuerpo sudoroso y caliente.

Quedo incapaz de hablar, de pensar. Solo me acurruco contra su pecho, sintiendo su corazón latir fuerte contra mi mejilla. Me envuelve en un abrazo apretado, presionando los labios contra mis cabellos.

No hay más desafíos, ni bromas sobre la edad. Solo la verdad cruda y dulce que existe entre nosotros, sellada con un suspiro y el silencio cómplice de la noche. Supliqué, y me poseyó. Y, al final, ambos nos perdimos y nos encontramos exactamente donde necesitábamos estar.

En el hospital, la burbuja de intimidad de anoche estalla con la brutalidad de una aguja. El caos es la norma, pero hoy hay un nuevo tipo de energía, una corriente de miedo crepitante que sigue a la Dra. Miranda Bailey como la cola de un cometa. Y, para mi completa mala suerte, fui asignada a su servicio por una semana.

El incidente sucede cerca del mediodía. Estamos en la UCI Cardiororácica. El paciente es un hombre de cincuenta años que acaba de pasar por una cirugía de revascularización del miocardio. Su cuadro es inestable. Bailey está revisando los monitores, la frente fruncida en concentración.

— Necesito los resultados del último examen de gases en sangre. Ahora. — ordena, sin mirar a nadie en particular.

— Ya lo solicité, doctora. — dice Amanda Meyers, la voz excesivamente ansiosa por agradar. — Pedí urgencia.

— Urgencia no significa nada para el laboratorio en horarios pico. — replica Bailey, sin quitar los ojos de la pantalla. — Uno de ustedes, inútiles, vaya hasta allá y traiga los resultados impresos. O'Connell. Ve.

Asiento, mi corazón latiendo un poco más rápido bajo su escrutinio, y salgo corriendo. El laboratorio es un pandemonio, pero uso una combinación de súplica y firmeza para conseguir el papel. Regreso corriendo, el pecho jadeante, y entrego la hoja a la Dra. Bailey.

La arranca de mi mano. Sus ojos azules recorren los números. Y entonces, se congela.

— ¿Qué es esto? — su voz es peligrosamente baja.

Miro la hoja. Miro el nombre del paciente en la parte superior. Y mi sangre se hiela. No es nuestro paciente. Es de otro hombre, con un apellido parecido.

— Este... este es el paciente equivocado. — susurro, el pánico envolviéndome.

La cabeza de Bailey se gira hacia mí lentamente. La mirada que me lanza no es de rabia. Es de puro y frío desprecio.

— ¿Estás bromeando conmigo, Dra. O'Connell? — dice, la voz lo suficientemente alta para que toda la estación de enfermería deje de hacer lo que está haciendo para mirar. — Pido un examen de un paciente crítico, ¿y me traes el resultado de un hombre con una uña encarnada en otro piso?

— Yo... lo siento, pedí por el Sr. Peterson...

— ¿Crees que "lo siento" impide un paro cardíaco? ¿Crees que tu incompetencia viene con una disculpa que podemos administrar por vía intravenosa?

La humillación es una ola caliente que sube por mi cuello. Miro a Amanda, esperando que diga algo. Fue ella quien hizo la solicitud original en el sistema. Debe haber digitado el número de historia clínica equivocado. Pero Amanda está mirando la punta de sus zapatos, el rostro una máscara de inocencia. Cobarde.

— No tienes lugar en este programa. — continúa Bailey, la voz como el chasquido de un látigo. — Yo misma me aseguraré de que seas expulsada. Eres un riesgo. Una responsabilidad.

Las lágrimas queman mis ojos. Las contengo con fuerza. No soy mujer de llorar.

— Con todo respeto, Dra. Bailey, fue un error...

— ¿Respeto? ¿Quieres hablar de respeto? ¡Respeto es no poner en peligro la vida de mi paciente porque eres demasiado estúpida para leer un nombre en un pedazo de papel! Sal de mi vista.

El shock y la injusticia de la situación son demasiado. Murmuro otra disculpa y salgo corriendo, pasando por los rostros curiosos de mis colegas, de los enfermeros. No voy a darle la satisfacción de verme llorar.

Es cuando él intercede.

— Miranda.

La voz de Brennan. Calmada, pero con un hilo de acero que corta el murmullo.

Me detengo al final del pasillo, escondida detrás de un pilar, y miro hacia atrás. Todos están en shock. Nadie confronta a Miranda Bailey.

— ¿Qué pasó, Vince? ¿Viniste a ver el circo? — replica, los brazos cruzados.

— Vi lo que pasó. — dice, acercándose a ella. — Y conozco a la Dra. O'Connell. Es metódica. No comete errores estúpidos como ese.

El mundo entero parece contener el aliento. Brennan Rhys-Donovan. Defendiéndome. Públicamente.

— Ah, ¿la conoces? — dice Miranda, una sonrisa cínica en sus labios. — Qué interesante. ¿Es tu nueva protegida?

— Es mi residente. Y no permito que mis residentes sean humillados por errores que no cometieron. — su mirada se desliza a Amanda Meyers, que palidece visiblemente. — Verifica la solicitud original en el sistema, Miranda. Ve quién cometió el error. Y luego, discúlpate con la Dra. O'Connell.

No levanta la voz. No necesita. Su autoridad llena el espacio. Se gira y se aleja, dejando a Miranda parada, furiosa y sin palabras, en medio de una audiencia silenciosa.

Mi corazón está latiendo descontroladamente. Huyo antes de que alguien me vea, subiendo por las escaleras de emergencia hasta la azotea, el único lugar donde realmente puedo respirar. El viento frío de Nueva York azota mi rostro, secando las lágrimas que finalmente escapan.

Pocos minutos después, la puerta de la azotea se abre. Es él.

Brennan se acerca lentamente, deteniéndose a una distancia segura.

— No llores. — dice, la voz suave. — Eres más fuerte que eso.

— No estoy llorando. — miento, secándome el rostro con el dorso de la mano.

— Vi lo que pasó. — repite. — Sé que no fuiste tú. Fue Meyers, ¿no?

Asiento, sin poder hablar.

— Es una cobarde. — dice, el desprecio en su voz evidente. — No puedes proteger a alguien que te tiró a los leones para salvar su propio pellejo, Thea.

— Lo sé. — mi voz finalmente sale, ronca. — Voy a resolver esto. Sola.

Me mira por un largo momento, una emoción indescifrable en sus ojos.

— Deberías irte. — digo, la realidad volviendo. — Si alguien nos ve aquí arriba...

Asiente, la mandíbula apretada. Se gira para salir, pero se detiene en la puerta.

— Hiciste lo correcto. — dice, y entonces se va.

Al final del día, la adrenalina y la rabia reemplazaron la humillación. Espero en el vestuario femenino. Mis colegas, Liam, Jake y las otras, entran, ofreciendo palabras de apoyo. Nadie cree que fui yo. Nadie soporta a Amanda.

Y entonces, ella entra.

Amanda Meyers entra como si nada hubiera pasado, la cabeza levantada. Va hasta su casillero, ignorando las miradas hostiles. Me coloco frente a ella, bloqueando su camino.

— Con permiso. — dice, la voz esnob.

— Eres una cobarde. — digo, la voz baja y controlada.

Todo el vestuario queda en silencio.

— No sé de qué hablas.

— Sabes exactamente de qué hablo. — doy un paso adelante, y retrocede instintivamente. — Cometiste un error y me dejaste llevar la culpa. Te quedaste parada mientras era humillada frente a todo el piso.

El miedo parpadea en sus ojos, pero es rápidamente reemplazado por una presunción fea.

— No es mi culpa si no puedes lidiar con la presión. Y, de todas formas, ¿por qué te importa? Tienes al Dr. Rhys-Donovan para protegerte.

La acusación me golpea como una bofetada. No sabe. No puede saber. Solo está siendo malvada.

— Todo el mundo ve. — continúa, la voz convirtiéndose en un susurro venenoso. — La forma en que te mira. La forma en que te defiende. Debes ser muy buena de rodillas para conseguir ese tipo de protección.

La rabia me ciega. En un movimiento rápido, la empujo contra los casilleros. Golpeo con la mano el casillero al lado de su cabeza, con un estruendo que resuena por el vestuario, haciéndola estremecerse.

— Escucha bien, Meyers. — siseo, el rostro a centímetros del suyo. — No soy la protegida de nadie. Estoy aquí por mérito. Y si alguna vez usas mi nombre y el del Dr. Rhys-Donovan en la misma frase nuevamente, o si siquiera piensas en sabotearme de nuevo, no vas a vértelas con la Dra. Bailey. Vas a vértelas conmigo.

La encaro, dejando que la amenaza flote en el aire. El miedo en sus ojos ahora es real, palpable.

— Estás advertida.

Me alejo, tomo mi bolso y salgo del vestuario, dejándola temblando contra los casilleros, bajo la mirada chocada y silenciosamente satisfecha de nuestros colegas.

La guerra fue declarada. Y no soy mujer de huir de una pelea.

Capítulo DOCE

El whisky baja quemando, un castigo familiar. El vaso pesado está frío en mi mano, un contraste con el calor que todavía arde en mi pecho. El silencio de mi apartamento, mi santuario, esta noche es opresivo. No me calma; amplifica el eco de las palabras de Miranda.

Ten cuidado, Vince. Estás siendo demasiado obvio.

La conversación sucedió hace pocas horas, justo después de que salí de la azotea, después de haber dejado a Thea allí, con el rostro manchado de lágrimas que se negaba a derramar. Miranda me encontró en mi oficina, cerrando la puerta detrás de sí con un clic suave, pero definitivo.

— Necesitamos hablar. — no fue una petición.

— Estoy ocupado. — repliqué, sin quitar los ojos de los exámenes en mi pantalla. Una mentira. No podía concentrarme en nada.

— ¿Qué fue eso allá afuera? — su voz era un bisturí de hielo. — ¿Tú, defendiendo a una residente novata contra mí? ¿Frente a todo el piso? La gente está comentando, Vince. Estás siendo demasiado obvio.

La palabra me golpeó. Obvio. No soy obvio. Soy una fortaleza. Soy controlado, preciso, impenetrable.

— Ella no cometió el error. — afirmé, la voz plana. — Y no tolero injusticias en mi departamento.

Miranda soltó una risa sin humor.

— Ah, por favor. Eres el maldito emperador de la injusticia cuando te conviene. Destruyes residentes por mucho menos. Resulta que esta... O'Connell... es diferente. Entonces, dime, ¿al menos verificaste quién fue el verdadero culpable antes de hacerte el caballero de armadura brillante?

— ¿Verificaste tú? — devolví el desafío.

Nos miramos fijamente, un impasse silencioso. La dinámica entre Miranda y yo siempre se basó en una comprensión mutua de nuestras naturalezas predatorias. Me conocía. Demasiado bien.

Finalmente, suspiró, rompiendo el contacto visual.

— Sí, verifiqué. — admitió, a regañadientes. — Fue Meyers. La Barbie Cirujana. Ya hablé con ella. Va a pasar la próxima semana limpiando orinales. ¿Estás feliz?

— Extasiado.

— No seas idiota. — Miranda se acercó, la fragancia cara de su perfume llenando el aire. — No me importa lo que hagas en tu vida personal. Pero cuando eso comienza a salpicar en mi servicio y a hacerte parecer un tonto enamorado, me importa. Contrólate.

Salió, dejando la palabra "enamorado" flotando en el aire como un gas venenoso.

Ahora, solo, la palabra todavía me acosa. Obvio. Significa que la grieta en mi armadura ya no es una fisura fina. Es un agujero visible. Un agujero con la forma de Thea O'Connell.

Y lo que siento por Thea... es más que el deseo primitivo que me consume siempre que estoy cerca de ella. Es más que el sexo increíble, que es como una droga que mi cuerpo ansía desesperadamente. Me hace bien de otras maneras. De maneras más peligrosas.

Me gusta conversar con Thea.

La admisión es tan simple y tan devastadora. Podemos conversar sobre absolutamente todo. Sobre un nuevo artículo en el New England Journal of Medicine. Sobre el sabor horrible del café de la cafetería del hospital. Sobre la forma en que la luz golpea los edificios de Manhattan al atardecer. Su mente es tan afilada como la mía, y su lengua no tiene miedo de usarla. Me desafía, me hace reír. En aquellos breves momentos, la oscuridad que vive dentro de mí retrocede.

Y el pensamiento me aterroriza.

Porque comenzó así con Claire también.

El nombre surge sin ser invitado, un fantasma en mi santuario. Al principio, con Claire, era así. Conversaciones que duraban toda la noche. Risas que parecían llenar cada rincón vacío de mi alma. Era una fuerza de la naturaleza, una violonchelista cuya música podía hacer llorar a un hombre. Pintó mi mundo blanco y negro con colores que ni siquiera sabía que existían. Y por algunos años, todo fue perfecto. Un paraíso construido sobre notas musicales y promesas susurradas.

Pero Claire no era mi residente. No estaba bajo mi mando, su carrera no estaba en mis manos. Era una artista. Un alma libre, un talento fenomenal.

Un talento que destruí.

La culpa es un ancla fría en mi pecho, jalándome al fondo. No la rompí con mis manos. La rompí con mi ambición, con mi egoísmo, con mi incapacidad de ser el hombre que ella necesitaba que fuera. La abandoné cuando más me necesitó. Arruiné sus sueños, apagué su música. Y la culpa por eso es una sentencia perpetua de la cual nunca podré escapar.

Con Thea, todo es infinitamente más complicado. No es solo una mujer que revuelve mi cabeza; es la Dra. O'Connell, mi residente. Hay un desequilibrio de poder inherente que hace que todo lo que hacemos sea peligroso, éticamente cuestionable. Tengo el poder de construir su carrera, o de destruirla con la misma facilidad con que descarté la de Meyers.

Y no quiero ser el culpable de destruir a Thea también.

Es tan joven, tan llena de un fuego crudo y de sueños que brillan en sus ojos. Quiere ser la mejor, y tiene la capacidad para ello. Y yo... soy una tormenta. Un huracán que destruye todo a su paso. Claire fue mi primera víctima. Noah, fue la víctima principal, al final... No puedo permitir que Thea sea la siguiente.

El pensamiento lógico, la parte de mí que todavía funciona como un cirujano, me dice la única respuesta cuerda: dejarla ir.

Debería terminar esto. Ahora. Debería crear una distancia impenetrable. Ser el jefe frío y cruel que todos esperan que sea. Es lo mejor para ella. Es la única manera de protegerla. De mí.

Pero entonces, la lógica se deshace.

Basta un destello de su sonrisa en el pasillo, una sonrisa que no es para mí, pero que robo de todas formas. Basta su olor, una mezcla de jabón antiséptico y algo dulce y únicamente suyo, que permanece en el aire después de que pasa. Basta el recuerdo de su cuerpo bajo el mío, de sus ojos

cerrándose en éxtasis. Y todas mis convicciones, todas mis resoluciones lógicas, me abandonan.

La necesidad de tenerla en mis brazos, de hacer el amor con ella hasta que el mundo exterior deje de existir, anula todo lo demás. El deseo de ahogarme en ella es más fuerte que el instinto de autopreservación. Es más fuerte que mi culpa.

Mi dilema me tortura. Quedarme con Thea es un riesgo inaceptable. Dejarla ir es una imposibilidad física. Estoy atrapado en un limbo, torturado por el recuerdo de lo que destruí y aterrorizado por lo que puedo destruir a continuación.

No sé adónde nos llevará todo esto. Miro el horizonte de Manhattan, las luces que prometen todo y nada. Y por primera vez en mucho tiempo, el futuro no es un camino claro y calculado. Es una niebla densa. Y tengo la sensación abrumadora de que no hay un puerto seguro para los dos. Solo la inevitable colisión.

Capítulo TRECE

Nunca tuve asco. Es casi un punto de orgullo. En un mundo donde futuros cirujanos se desmayan al ver su primer hueso expuesto, siempre fui la roca. Ya metí las manos en abdómenes abiertos, respiré el olor dulce y enfermizo de tejido necrosado, limpié vómito y sangre sin pestañear. Nada me afecta.

O no afectaba.

En las últimas dos semanas, mi cuerpo se convirtió en un traidor. El olor del café aguado de la cafetería, que antes era el combustible de mi existencia, ahora revuelve mi estómago. Un perfume floral fuerte en el elevador me hizo correr al baño más cercano. Es una virosis, me digo a mí misma. Agotamiento. Estrés. Casi dos meses de residencia, durmiendo cuatro horas por noche y viviendo de comida de máquina. Es normal que mi cuerpo proteste.

Es lo que repito para mí misma. Una mentira en loop.

Hasta el día en que el suelo desaparece.

Estoy en la sala de cirugía, auxiliando en una craneotomía. El olor a hueso quemado del cauterio llena el aire, un olor que nunca me molestó. La voz de Brennan, calmada y al mando, narra el procedimiento para nosotros,

los residentes. Estoy concentrada, entregando los instrumentos, aspirando la sangre. Todo está normal.

Y entonces, las luces brillantes sobre la mesa de operaciones comienzan a pulsar. El sonido constante del monitor cardíaco se convierte en un zumbido distante en mis oídos. Un túnel oscuro se forma en los bordes de mi visión.

"Pinza," dice la voz de Brennan, viniendo de muy, muy lejos.

Extiendo la mano hacia la bandeja de instrumentos, pero mis dedos no obedecen. Siento un sudor frío brotar en mi frente.

"¿Dra. O'Connell?"

Intento responder, pero mi lengua parece demasiado pesada. El mundo se inclina en su eje, y lo último que veo es el rostro fruncido de Brennan, sus ojos castaños abriéndose en alarma, antes de que todo se vuelva negro.

La conciencia retorna en fragmentos. Un pitido constante. Voces amortiguadas. El olor a alcohol.

Abro los ojos. Estoy acostada en una camilla en una sala de recuperación, todavía con mi uniforme quirúrgico. Varios rostros están flotando sobre mí. Cora. Liam. Jake. Y, al fondo, apoyado en la pared con los brazos cruzados, Brennan. Su rostro está lívido, una máscara de piedra que no puedo descifrar.

— ¿Qué... qué pasó? — mi voz es un rasguño.

— Te desmayaste. En medio de la cirugía. — la voz de Amanda Meyers es afilada, llena de un placer mal disimulado. — Suerte la tuya que el Dr. Rhys-Donovan te sostuvo antes de que contaminaras el campo estéril.

La vergüenza me inunda. Desmayarme. Yo. En la sala de cirugía. Es el pecado capital de un residente.

— Debe ser una virosis. No me he sentido bien. — murmuro, intentando sentarme.

Amanda suelta una risita.

— ¿Virosis? Has estado con náuseas por semanas, pálida, y ahora te desmayas. No hace falta ser un genio para sumar dos más dos. ¿Estás embarazada?

La pregunta no es una pregunta. Es una bomba.

Explota en el silencio de la sala, haciendo añicos el aire. Cada par de ojos se gira hacia mí. El tiempo se detiene. La palabra embarazada resuena en mi cabeza, rebotando en las paredes de mi cráneo. Es imposible. Es ridículo.

Es lo único que tiene sentido.

Mi mirada vuela a Brennan. No se ha movido. Pero el color desapareció completamente de su rostro. Está más pálido que yo. Sus ojos están fijos en mí, una mezcla de shock, horror y algo más oscuro, algo que se parece a pánico puro.

Amanda se acerca con una jeringa y un tubo de recolección en la mano, una sonrisa predatoria en sus labios.

— Vamos a descubrirlo. Voy a tomar tu sangre para un test de HCG.

— ¡No! — La palabra rasga mi garganta. Me alejo de ella, empujando su mano. — ¡No estoy embarazada! Estoy enferma. Yo... voy a hacerme algunos exámenes.

La duda está ahí, una semilla venenosa plantada en suelo fértil.

— O'Connell, tómame el resto del día libre. — la voz de Cora es gentil, pero firme. — Ve a casa. Descansa.

Acepto de inmediato, desesperada por huir. Por huir de las miradas, de las preguntas no dichas, del rostro de piedra de Brennan.

Mi celular permanece mudo durante todo el camino a casa en el metro. Ningún mensaje. Ninguna llamada. Ni siquiera un "¿Estás bien?". Su silencio es más ensordecedor que cualquier grito.

En casa, en mi pequeño apartamento, hago lo obvio. Lo que debería haber hecho semanas atrás, si no estuviera tan aterrorizada con la respuesta. Un test de embarazo de farmacia. No lo hice en el hospital porque no podía soportar la idea de que el resultado se esparciera como fuego.

Minutos después, estoy sentada en el suelo frío del baño, el pequeño bastón de plástico colgando de mi mano. Dos líneas. Rosadas y definitivas.

La verdad es que ya lo sabía. En el fondo, lo sabía. Pero me estaba engañando. Uso anticonceptivos. Pero, como médica, sé que ningún método es cien por ciento eficaz. Y yo, Thea O'Connell, la chica que nunca gana en la lotería, tenía que entrar en las estadísticas.

Aquella noche, lo espero en su apartamento. La llave que me dio parece pesada e ilícita en mi mano. Cuando Brennan llega del hospital, no son necesarias palabras. Me ve sentada en el sofá, el rostro manchado de lágrimas secas, y lo sabe.

— No juegues conmigo, Thea. — dice, la voz baja, peligrosa.

Permanezco en silencio, mirando mis propios pies. No puedo mirarlo.

Y entonces, Brennan explota.

— ¡No! — el grito me asusta, me hace encoger. — ¡No puede ser!

Está completamente fuera de sí, caminando de un lado a otro como un animal enjaulado.

— ¡No puedo tener hijos! ¡No quiero tener hijos! ¡Me dijiste que era seguro! ¡Deberías haber tomado todas las providencias!

— ¡Las tomé! — finalmente encuentro mi voz. — ¡Uso anticonceptivos, Brennan! ¡Deberías saber, mejor que nadie, que existen riesgos!

— ¡Los riesgos son mínimos! ¡Menos del uno por ciento!

— ¡Pero existen! — grito de vuelta, levantándome. — ¡Y entré en las estadísticas!

Un largo silencio se instala, pesado con nuestro dolor y nuestro pánico. Y entonces, Brennan dice las palabras más duras, más crueles que he escuchado.

— Este bebé no puede nacer.

El shock me roba el aire. Lo miro fijamente, incrédula. No. No dijo eso. No puede haber dicho eso.

— ¿Qué? — susurro, acercándome a él. — Repite. Por favor, dime que no dijiste eso.

Sus ojos, oscuros y llenos de una angustia que no entiendo, encuentran los míos.

— Dije que este bebé no puede nacer. — repite, cada palabra una puñalada. — Conozco un lugar. Una clínica. Discreta. Te llevo mañana.

Lo observo, y es como mirar a un extraño. El hombre con quien hice el amor, el hombre que me defendió, desapareció. En su lugar está este monstruo frío y calculador. Me sujeta por los brazos, y su agarre es desesperado.

El miedo me abandona, reemplazado por una necesidad urgente de alcanzarlo, de rescatar al Brennan que conozco, al amante cálido cuyos brazos fueron mi único refugio. Me acerco, mis manos subiendo para sostener su rostro, forzándolo a mirarme. Mis pulgares trazan las líneas de tensión alrededor de su boca, intentando borrar la crueldad de sus palabras.

— Brennan, por favor. — mi voz es un susurro quebrado, una súplica. — Mírame. Piénsalo mejor. Las cosas pueden salir bien. Nosotros... podemos arreglarlo. Muchas parejas tienen hijos en momentos inadecuados, esto... esto puede fortalecernos.

Lo estoy perdiendo. Al hombre que descubrí, en algún lugar entre las noches robadas y las miradas secretas, que amo. Y el pánico de perderlo es una garra fría apretando mi corazón.

Pero no hay reconocimiento en sus ojos. Solo una angustia sombría y profunda. Sostiene mis muñecas, apartando mis manos de su rostro como si mi toque lo quemara.

— ¿No entiendes? — implora, el rostro contorsionado. — ¡No puedo ser padre! ¡No de nuevo!

Las palabras me golpean.

— ¿No... de nuevo? ¿Cómo así? ¿Ya fuiste padre?

Su rostro se cierra. La puerta se tranca.

— Eso no importa. Lo que importa es que vamos a encargarnos de esto.

Me alejo de él, su toque quemando mi piel. El shock se transforma en una furia protectora.

— No. — digo, la voz firme. Mi mano va instintivamente a mi vientre todavía plano. — No. Esta criatura puede estar viniendo en el peor momento posible, en medio del mayor caos de mi vida, pero es mía. Y no voy a renunciar a ella.

— Thea, por favor, sé racional...

— ¿Racional? ¿Quieres que sea racional sobre matar a nuestro hijo?

— ¡Todavía no es un hijo, es un problema que podemos resolver! — dice, como si fuera la cosa más simple del mundo, aunque esté muy exasperado.

— ¡Es un problema para ti! ¡Para mí, es un bebé! — mi voz se quiebra. — Seré madre soltera si es necesario. Me las arreglaré. Siempre lo hago.

Brennan me mira fijamente, y veo la derrota en sus ojos. La resignación.

— Si haces esto... — su voz es un susurro hueco. — Será nuestro fin.

Sus palabras no son una amenaza. Son un hecho. Una sentencia. Y me rompen. Cada sílaba es un fragmento de vidrio alojándose en mi corazón. Nuestro fin. Apenas tuvimos un comienzo. Ahora, en el exacto momento en que más deberíamos estar unidos, está trazando la línea final en la arena.

Retrocedo un paso, el dolor robándome el aire. Miro al hombre frente a mí, al rostro que besé con tanta devoción, y no lo reconozco. El abismo

que se abrió entre nosotros es vasto, oscuro e intransitable. Mi mentón tiembla, una traición de mi cuerpo que lucho por controlar. Pero no voy a llorar. No frente a él. No voy a darle mis lágrimas.

Con una calma que no siento, me agacho y tomo mi bolso del suelo. Cada movimiento es lento, deliberado. Enderezo mi cuerpo, el peso de nuestro fin aplastando mis hombros, y doy otro paso atrás, poniendo más distancia, más silencio, más finalidad entre nosotros.

— Entonces que así sea. — mi voz no es más que un susurro. El susurro del fin, aunque quiera gritar y hacerle ver lo que nos está haciendo... A nosotros. A nuestro hijo.

Mis manos tiemblan. Esperaba todo de él. Rabia, miedo, confusión. Pero no esto. No este rechazo categórico, esta sentencia de muerte para algo que es parte de los dos.

Salgo de su apartamento y, por primera vez desde que llegué a Nueva York, me derrumbo. Allí mismo, en el pasillo estéril de su edificio de lujo, lloro. Lloro copiosamente, el cuerpo sacudido por sollozos violentos que rasgan mi garganta. La desesperación me toma, una ola oscura y fría. Estoy sola. Completa y totalmente sola. Y estoy embarazada de un hombre que no quiere a nuestro hijo. Un hombre que, aparentemente, ya fue padre antes.

Capítulo CATORCE

Tres días. Es el tiempo que pasé encerrada en mi apartamento, un capullo de paredes finas en Queens que se convirtió en mi prisión personal. El mundo afuera continuó girando, con sus sirenas y bocinas, pero el mío se detuvo. Mi mundo se redujo al trayecto entre la cama y el baño, cada viaje marcado por una ola de náusea que me dejaba de rodillas frente al inodoro, el cuerpo temblando.

No soy así. No me enfermo. Mi cuerpo siempre fue una máquina confiable, movida por cafeína y determinación. Pero ahora, se convirtió en un extraño. Un traidor. Estoy constantemente somnolienta, un agotamiento que se instala en mis huesos, tan profundo que ni siquiera el miedo logra disiparlo completamente. Estoy desanimada, la llama que me impulsaba reducida a una brasa débil.

La primera noche, lo vi. Brennan. Desde la ventana de mi sala, que da a la calle mal iluminada. Estaba ahí, una silueta oscura al lado de su moto, el brillo de un poste de luz capturando el movimiento desesperado de su cuerpo. Gritó mi nombre. El sonido, amortiguado por el vidrio, fue como el aullido de un animal herido. Lo observé, con el corazón en la mano, mientras se deshacía, irreconocible. No era el Dr. Rhys-Donovan, el dios arrogante de la cirugía. Ni siquiera el amante hambriento que me reclamó

en su cama. Era un hombre roto. Y, incluso después de su crueldad, la visión de él me partió el corazón. No bajé. No podía. Necesitaba esta distancia, esta muralla que construí a mi alrededor.

La segunda mañana, finalmente enfrenté la verdad. No en un test de embarazo. En mí misma.

Salgo de la ducha, el vapor empañando el pequeño espejo. Paso la mano por el vidrio, limpiando un círculo para poder verme. Y me observo. De verdad. Por primera vez.

Mis senos están más llenos, adoloridos al tacto. Hay una sombra oscura alrededor de mis pezones. Mi cintura, que siempre fue delgada, parece... más suave. Y mi vientre, aunque plano para el mundo exterior, para mí, ya no es el mismo. Hay una firmeza ahí, una presencia sutil que antes no existía.

Embarazada.

La palabra ya no es una acusación de Amanda Meyers. Es un hecho. Un hecho biológico que está reescribiendo mi cuerpo, mi vida, mi futuro.

Mi mano, temblando, se posa sobre mi bajo vientre. Y es entonces que sucede. En medio del pánico, de la náusea, del dolor del rechazo de Brennan, una nueva emoción, poderosa y abrumadora, florece en mi pecho.

Amor.

Un amor tan feroz, tan incondicional, que me roba el aliento. Por este pequeño ser. Este montón de células que es parte de mí, parte de él. Esta pequeña vida que me eligió a mí, en medio del mayor caos imaginable, para ser su hogar.

Una sonrisa, la primera en días, toca mis labios. Lágrimas corren por mi rostro, pero no son de tristeza. Son de una emoción que no puedo nombrar.

— Hola. — susurro a mi reflejo, a la vida dentro de mí. — Estoy aquí. Voy a amarte, y voy a protegerte. No importa qué.

La promesa se solidifica dentro de mí, un ancla en mi mar de incertidumbres. Pero la realidad vuelve con la fuerza de una ola. El recuerdo de las palabras de Brennan: Este bebé no puede nacer.

La sonrisa muere. El frío vuelve. Me abrazo con fuerza, un intento patético de protegerme a mí y a mi hijo del hombre que debería ser nuestro protector. Y entonces, otra ola de pánico me golpea. Mi madre. ¿Cómo voy a contarle? Una hija soltera, embarazada, al inicio de la residencia más exigente del país. Para ella, no será una bendición. Será un fracaso. Otra cuenta por pagar.

Al tercer día, la rabia reemplaza al pánico. La rabia hacia Brennan, por su crueldad. La rabia hacia mi madre, por su egoísmo. La rabia hacia el universo, por su timing de mierda. Y es esa furia la que me impulsa fuera de mi apartamento y de vuelta al hospital.

El aire del hospital nunca fue tan pesado.

Cada paso que doy por los pasillos pulidos del New York-Presbyterian es una pequeña tortura. Pero hoy, no es solo el recuerdo del rechazo lo que me alimenta. Es la fuerza de una nueva promesa.

— O'Connell. Bienvenida de vuelta.

La voz de Amanda Meyers es como un rasguño en mi armadura recién forjada.

— Espero que tu "virosis" haya mejorado. — dice, la palabra "virosis" cargada de una ironía venenosa.

— Estoy perfecta, gracias, Meyers. — mi voz sale más firme de lo que esperaba.

Se despega de la pared, la sonrisa ensanchándose. — Qué bueno. Porque vas a necesitar toda tu fuerza para el cambio.

Mi corazón se detiene por un latido completo.

— ¿Cambio?

— Por lo que supe, fuiste transferida. — hay un placer mortal en su tono. — Cirugía General. En el Mount Sinai.

¿Transferida? ¿Lejos de la neurocirugía? ¿Lejos de mi sueño? La crueldad del acto me golpea como un puñetazo. No solo me rechazó; me está exiliando.

— ¿Quién te dijo eso? — mi voz es un susurro.

— Todo el mundo lo sabe. — Amanda hace un gesto amplio, y solo entonces me doy cuenta. Las miradas. Las enfermeras susurrando. Es real.

La furia explota. No pienso. Solo reacciono.

Paso junto a Amanda como un huracán. Mis pies me llevan, golpeando con fuerza el suelo, en dirección a la suite de oficinas de la jefatura. Martha, la secretaria, ni siquiera intenta detenerme esta vez. Solo me mira con pena.

Abro la puerta de su oficina con fuerza. Está de pie, cerca de la ventana, pero se gira al sonido de mi entrada. La confusión en su rostro es

genuina. Por un segundo, parece no entender. Pero no le doy el beneficio de la duda.

— ¿Cómo te atreves? — las palabras salen rasgando de mi garganta.

— Thea... — comienza, la voz baja.

— ¡No! — lo corto, avanzando. — No tienes derecho a decir mi nombre. No después de lo que hiciste. ¿Transferida? ¿Realmente pensaste que podías simplemente descartarme? ¿Que me iría calladita?

La confusión en el rostro de Brennan se profundiza.

— ¿Transferida? ¿De qué hablas?

— ¡No te hagas el idiota! — acuso, el dolor cegándome a su reacción. — ¿Me sacas del programa de neurocirugía, el único lugar donde siempre quise estar, sin siquiera una conversación? Después de todo lo que pasó, ¿así es como resuelves el problema?

Me doy vuelta, la visión borrosa por las lágrimas de rabia que me niego a derramar, ignorando su llamado con su voz autoritaria que, en otros tiempos, me habría hecho detenerme en el lugar inmediatamente y girar en mi eje para enfrentarlo. Pero hoy no. No más. Ya no tiene poder sobre mí. Camino hacia la puerta, a pasos duros, y las palabras finales, la verdad más dolorosa, explotan de mí.

— Eres un cobarde, Brennan. Un cobarde patético. Solo estás haciendo esto para que nadie se entere, ¿no? ¡Para que no sepan que estoy esperando un hijo tuyo!

Me doy vuelta para salir, la mano ya en la manija. Y me topo con ellas.

Dos mujeres. Elegantes, impecables y terriblemente familiares. Su madre, Hannah, y su abuela, Emma. Las reconozco de fotos que vi en algún periódico. Son famosas por sus donaciones al hospital y sus acciones filantrópicas.

Están paradas en la puerta, los ojos muy abiertos de shock, claramente habiendo escuchado cada palabra.

Mi sangre se hiela.

El silencio que sigue es denso, mortal. Sus ojos van de mí, al rostro confuso y ahora devastado de Brennan, y luego, instintivamente, a mi vientre todavía plano.

Entonces, algo extraordinario sucede. La abuela, Emma, se suelta del brazo de su hija. Sus ojos brillan con lágrimas de alegría.

— ¡Brennan, mi nieto! — su voz es sorprendentemente fuerte. Corre en su dirección, los brazos abiertos. — ¡Por fin! ¡Por fin tendremos otro bebé en la familia!

Brennan parece congelado, tomado completamente por sorpresa por mi acusación y por su reacción.

— ¡Oh, mi querido! — Emma lo abraza, llorando en su pecho. — ¡Tu abuelo estaría tan orgulloso! Temí tanto que la dinastía Rhys-Donovan terminara contigo... después de... después de Noah...

Se interrumpe, como si hubiera dicho algo prohibido. La madre de Brennan, Hannah, baja la cabeza, el rostro súbitamente ensombrecido por una tristeza profunda. Noah. El nombre flota en el aire, lleno de un peso que no puedo comprender.

— Ahora podré descansar en paz. — concluye Emma, todavía abrazada al nieto, un tanto dramática.

Rendido, Brennan solo la abraza de vuelta, la mano acariciando su espalda. Lanza una mirada por encima de su hombro hacia mí. No es una mirada de pánico. Es una mirada de pura y absoluta devastación. Trago en seco, consciente de que cometí un gran error.

Mientras la abuela lo celebra, la mirada de Hannah está fija en mí. Es una mirada evaluadora, curiosa, pero ahora teñida con la misma tristeza que vi segundos atrás. Se acerca.

— Debes ser Thea. — su voz es como terciopelo, pero frágil en los bordes. Extiende las manos y toma las mías. Son frías, pero no de forma hostil. — Es una noticia maravillosa. Una sorpresa, sí, pero maravillosa. Necesitamos celebrar. Te esperamos para la cena esta noche.

No es una invitación. Es una orden suave.

— Vamos, mamá. — dice Hannah a Emma. — Dejemos a los dos a solas.

Salen. La puerta se cierra. El silencio que se instala es ensordecedor.

Brennan finalmente se aleja, pasando la mano por su nuca. Parece agotado.

— No ordené tu transferencia, Thea. — dice por fin, su voz dura.

La certeza en su voz me golpea. Miro la confusión genuina en su rostro y me doy cuenta, con una ola de vergüenza, que está diciendo la verdad. Si no fue él... ¿entonces quién? ¿Cora? ¿Miranda?

— Entonces ¿por qué...?

— No lo sé. — me corta. — Pero lo averiguaré. Y lo arreglaré. No serás transferida.

Un alivio momentáneo me inunda, pero es rápidamente engullido por la realidad del circo que acabo de crear.

— Mi abuela... — comienza, la voz ronca. — Tiene un problema cardíaco. La alegría de un bisnieto... viste su rostro. Una decepción, un escándalo... podría matarla. Y mi madre... nunca nos perdonaría. El nombre. La familia. Un hijo fuera del matrimonio es impensable.

Camina lentamente en mi dirección. Sus ojos, oscuros y tempestuosos, me atrapan. Parece un hombre acorralado, un hombre tomando una decisión que odia, pero que ve como la única salida.

— Y ahora... — traga en seco, la palabra saliendo como si estuviera cubierta de vidrio roto. — Ahora tendrás que casarte conmigo.

Las palabras caen en el aire entre nosotros. No como una propuesta.

Como una sentencia.

La sangre huye de mi rostro. La sala, con sus ventanas inmensas y muebles caros, comienza a girar. La adrenalina que me mantuvo de pie hasta ahora se disipa, dejando atrás un vacío vertiginoso. Mi presión se desploma, el sonido en mis oídos transformándose en un zumbido alto. Puntos negros bailan en mi visión.

No aquí. Lo único que mi cerebro logra formar. No te desmayes frente a él. No le des esa satisfacción.

Es una batalla perdida. Siento mis rodillas ceder.

Antes de que me dé cuenta, Brennan está a mi lado, los brazos fuertes envolviéndome, impidiendo mi caída. Me sostiene contra su pecho, y la

preocupación en su rostro es tan verdadera que me confunde, me enfurece.

— Thea, respira. — su voz es un murmullo urgente cerca de mi oído.

El contacto con su cuerpo, su olor, la fuerza de sus brazos, todo sirve para anclarme de vuelta a la realidad. El mareo retrocede lentamente. Me afirmo en mis propias piernas, que todavía parecen hechas de gelatina.

Y entonces, lo empujo.

No con mucha fuerza, pero lo suficiente para liberarme de su toque. Me esquivo de sus manos como si fueran fuego.

— No finjas que te importa. — mi voz es seca, cortante. — Recuerdo muy bien cada palabra que dijiste. Cada una de ellas.

Tomo algunas respiraciones profundas, forzando el aire a mis pulmones, forzando la fuerza de vuelta a mis miembros. Camino hasta la puerta, usando el marco como apoyo. La última humillación fue haber sido débil frente a él. No cometeré el mismo error dos veces.

Apoyada ahí, me doy vuelta y lo encaro una última vez. La expresión en su rostro es una mezcla de dolor, frustración y algo que se parece peligrosamente a arrepentimiento.

— Y estás loco si crees, aunque sea por un segundo, que me casaré contigo. — cada palabra es un fragmento de hielo. — No después de todo lo que dijiste. No después de que sentenciaste a nuestro propio hijo a muerte.

Y con eso, me doy vuelta y salgo. Cada paso por el pasillo es una agonía, mi cuerpo todavía temblando, la mano apoyándose en la pared fría para mantenerme de pie, temiendo que en cualquier momento la oscuridad vuelva para tragarme.

Capítulo QUINCE

La puerta de mi oficina se cierra, y el eco del rechazo de Thea Está loco si crees que me casaré contigo flota en el aire como el olor a ozono después de un rayo. Se fue, dejando atrás un silencio que es más pesado que cualquier grito. Un silencio que me acusa.

Me quedo parado en medio de la sala, el caos de la última hora asentándose en mis hombros como un manto de plomo. Embarazada. Matrimonio. Noah. Las palabras giran en mi mente, una tormenta de fantasmas y responsabilidades no deseadas. Estoy en un callejón sin salida. Un laberinto construido por mi propia estupidez, por mi propio deseo. La imagen de su rostro, pálido y mareado antes de que me empujara lejos, está grabada en mis párpados. No finjas que te importa. Pero me importa. Y ese es el maldito problema. Me importa tanto que me aterroriza.

Mi propuesta de matrimonio. Qué chiste. Una solución clínica para un problema de relaciones públicas, dictada por mi madre en el calor del momento. Un intento patético de control de daños. Sabía que Thea nunca aceptaría. La mujer que conocí, la mujer por quien estoy peligrosamente obsesionado, es demasiado orgullosa, demasiado fuerte. Y, en el fondo, en un lugar feo y cobarde, tal vez estaba contando con su rechazo. Contando con ella para liberarme de la trampa que mi familia armó con su alegría

prematura. Pero el alivio que debería sentir no viene. Solo queda el peso aplastante de nuestro fin, de la forma en que el horror tomó su rostro cuando sugerí el matrimonio. Me ve como un monstruo ahora. Y la peor parte es que tiene razón.

Mi celular vibra en la mesa, el sonido agudo arrancándome de mi espiral de autodepreciación. Es un mensaje de mi madre. Leer su nombre en la pantalla ya me causa un cansancio que se instala en mis hombros. Abro el mensaje, ya sabiendo que no será bueno.

"Tu abuela está exultante, Brennan. Tuve que darle un calmante, tanta fue la excitación. No para de hablar sobre la cuna antigua de la familia que estaba en el ático. Está ansiosa por conocer mejor a tu Thea esta noche. No llegues tarde."

Cada palabra es un eslabón en una cadena, atándome más y más a esta farsa. El corazón frágil de mi abuela. Su alegría recién descubierta, colgando de un hilo que yo mismo puse en sus manos con mi incapacidad de controlar la situación. El chantaje no es intencional por parte de Emma, pero por parte de mi madre, es una jugada maestra. El chantaje del corazón. El más eficaz de todos.

Cierro los ojos, sintiendo el peso de la trampa cerrándose. No puedo decepcionarla. No puedo ser la causa de otra tragedia en esta familia. La mención del nombre de Noah por mi abuela, la sombra que cruzó el rostro de mi madre... no puedo poner más peso en sus hombros ya sobrecargados. Ya cargaron el peso de mi fallo por ocho años.

Tomo mi celular, mis dedos cerniéndose sobre el nombre de Thea. ¿Qué puedo decir? ¿Suplicar? ¿Exigir? Ambas opciones son patéticas e indignas de ella. Y de mí. Pero la necesidad supera al orgullo.

"Necesitamos hablar. Urgente."

Envío el mensaje, la formalidad fría una contradicción con el pánico que agita mi sangre. La espera por la respuesta es una tortura. Cada segundo se arrastra, una pequeña muerte. Camino por la sala, la imagen del rostro pálido y desafiante de Thea acosándome. Tiene todo el derecho de mandarme al infierno. Y lo merecería. Imagino su respuesta: un Vete a la mierda sucinto. O, peor, el silencio. Un bloqueo. El fin digital para nuestro fin real.

Finalmente, después de lo que parece una vida entera, el celular vibra.

En la azotea. En media hora.

El viento en la azotea es frío, azotando mi piel. La puerta de metal cruje cuando la cierro detrás de mí. Thea ya está ahí, de espaldas a mí, los brazos cruzados sobre el pecho, una pequeña figura contra el vasto e implacable horizonte de Manhattan. No se gira cuando me acerco. La rigidez en sus hombros es una barrera, una pared de dolor y orgullo.

— No puedo hacer esto. — dice, la voz casi perdida en el viento. — La cena. El matrimonio. Nada de eso.

— Lo sé. — digo, deteniéndome a algunos metros de ella, dándole el espacio que claramente necesita. — Y no voy a forzarte.

Se gira, sorprendida, los ojos verdes desconfiados, entrecerrados contra el viento que juega con los mechones sueltos de su cabello.

— Entonces ¿por qué estoy aquí, Brennan? ¿Para otra ronda de humillación?

La forma en que dice mi nombre, desprovisto de cualquier calidez, es una puñalada.

Respiro profundo, el aire frío quemando mis pulmones, odiando la vulnerabilidad que estoy a punto de exponer, odiando tener que usar la salud de mi abuela como un arma.

— Mi abuela. Su salud es... frágil. Tiene una condición cardíaca que... no lidia bien con shocks. La noticia de un bebé... viste cómo reaccionó. Fue como si la vida volviera a sus ojos. Si le cuento ahora que todo fue un malentendido, que no hay matrimonio, que no hay bebé...

— Que no quieres al bebé. — me corrige, la voz cortante, cada palabra un cuchillo afilado y preciso.

Sus palabras me golpean. Las absorbo, mereciendo cada gota de su desprecio. Las ignoro, forzándome a continuar.

— El shock puede ser demasiado para ella. Thea, te estoy pidiendo... solo la cena. Una noche. Para suavizar el golpe. Para darnos tiempo de encontrar una manera de contarle con cuidado, sin... romperla.

Me mira fijamente, la guerra en sus ojos evidente. La compasión luchando contra el dolor. Veo la decencia en ella, la empatía que la hace una buena médica, una buena persona. Y estoy explotando eso. Estoy usando la mejor parte de ella contra ella misma. Y me siento basura por eso.

— No lo hagas por mí. — susurro, dando un paso adelante, rompiendo la distancia segura. — Hazlo por una anciana que, por primera vez en años, encontró un nuevo motivo para vivir.

Veo la exacta vacilación. La fisura en su armadura. Sus hombros caen ligeramente. Su bondad, la misma que la hizo defender a Adams, ahora está siendo usada contra ella. Por mí.

Suspira, un sonido de derrota que me llena de una mezcla enfermiza de alivio y culpa.

— Está bien. — cede, la voz resignada. — Solo la cena. Pero con una condición.

— Lo que sea.

— No tocas el tema del matrimonio. Ni tú, ni tu familia. Es una noche. Solo una. Y después, cada uno sigue su camino.

— Ok. — acepto, aunque la frase cada uno sigue su camino parece una sentencia de muerte, un futuro tan vacío como los últimos ocho años de mi vida.

Más tarde, cuando paso a buscarla a su edificio en Queens, la visión de ella en la acera me roba el aire. Está usando un vestido simple, color esmeralda, que combina perfectamente con sus ojos. La tela abraza sus curvas de una forma que me hace dolorosamente consciente de cada centímetro de su cuerpo.

Siendo un conocedor íntimo de ese cuerpo, noto las diferencias sutiles que nadie más vería. Los senos, más llenos bajo la tela. La cintura, con una curva un poco más suave. Su vientre todavía está plano, sin ningún signo visible de la vida que crece ahí.

La vida.

El pensamiento me golpea como un puñetazo. Un hijo. Nuestro hijo. El pánico vuelve, helado y familiar, dejándome a un paso de la desesperación. El miedo de que todo suceda de nuevo, de que la historia se repita en su forma más cruel, me perturba. Si Thea supiera... Si supiera lo que está en juego, lo que arriesgué y perdí, tal vez entendería mi terror. Pero

no tengo valor. No estoy listo para revivir el pasado, para desenterrar el cuerpo de Noah, para hablar de Claire, para confesar mi fallo monumental. Es más fácil ser el monstruo.

En el auto, el silencio es una tercera persona sentada entre nosotros, tensa e incómoda. Enciendo la radio, una estación de jazz clásico, solo para llenar el vacío. Thea mira por la ventana, observando las luces de Queens transformarse en la opulencia arbolada de Scarsdale.

La casa de mis padres es una fortaleza de piedra y tradición, un lugar lleno de fantasmas que evito a toda costa. Mi padre nos recibe en la puerta. Sus ojos, una versión más vieja y cansada de los míos, se iluminan al verme. Me abraza calurosamente, antes de girarse hacia Thea.

— Y usted debe ser la adorable Thea. — dice, tomando sus manos entre las suyas. — Es un placer inmenso conocerla, querida. Trajo una alegría a esta casa que no veíamos hace mucho tiempo.

Thea se siente incómoda, un rubor subiendo por su cuello. Intervengo, colocando una mano protectora en la base de su espalda.

— Papá, esta es Thea O'Connell. Thea, mi padre, Richard.

La cena transcurre en una niebla surreal. Mi madre, Hannah, y mi abuela, Emma, hacen a Thea preguntas gentiles sobre la residencia, sobre su ciudad natal. Thea responde con una sonrisa educada, pero veo la tensión en sus hombros, la forma en que apenas toca la comida. Está actuando. Y está haciendo un trabajo brillante. Es fuerte. Fuerte de una manera que me asusta y me atrae en igual medida.

Y entonces, llega el plato principal. Salmón a la parrilla con salsa de eneldo. El olor delicado a pescado y limón llena el aire.

Veo el cambio en ella instantáneamente. El color desaparece de su rostro. Un tono verdoso toma su lugar. Lleva una mano a su boca, los ojos muy abiertos de pánico. Náusea.

Me muevo por instinto. Mi mano encuentra su espalda, un toque que quema a través de la tela de su vestido.

— ¿Necesitas ir al baño? — susurro, mi voz solo para ella.

Asiente frenéticamente, incapaz de hablar.

— Con permiso. — digo a mi familia atónita, y la guío fuera del comedor, la mano firme en su espalda, sintiendo los temblores que recorren su cuerpo.

Me quedo afuera de la puerta del baño, escuchando los sonidos amortiguados y violentos de ella vomitando todo. Y la culpa me consume. Cada sonido es una acusación. Está pasando por esto por mi culpa. Por nuestra culpa. Y no puedo hacer nada para ayudar. Me siento inútil, impotente. El gran Dr. Rhys-Donovan, incapaz de aliviar la náusea de su... de la madre de su hijo.

Cuando Thea sale, está más pálida que nunca, agarrada al marco para equilibrarse. Gotas de sudor brillan en su frente.

— ¿Estás tomando algo para la náusea? — la pregunta sale de mí, el médico tomando el control, porque el hombre está perdido.

— Tengo una consulta pasado mañana. — responde, la voz débil, negándose a encontrar mi mirada.

Y, sorprendiéndome a mí mismo, las palabras salen antes de que pueda detenerlas.

— Me gustaría ir contigo.

Me mira fijamente, la sorpresa en sus ojos tan grande como la mía. Antes de que Thea pueda responder, mi madre aparece en la puerta, el rostro contorsionado en culpa.

— ¡Oh, querida! ¡Lo siento! Debería haber pensado. El pescado... con su estado...

— No se preocupe, Hannah. No tenía cómo saber. — dice Thea, forzando una sonrisa débil.

Está claramente inestable. La sostengo, colocando un brazo alrededor de su cintura para apoyarla. Se tensa con mi toque, pero no se aleja. Probablemente por la presencia de mi madre.

— La llevaré a casa. — anuncio, la decisión tomada. — Necesita descansar.

El camino de vuelta a Queens se hace en un silencio pesado. Thea mantiene los ojos cerrados todo el tiempo, la cabeza apoyada en el vidrio de la ventana. Tal vez por miedo de vomitar nuevamente, o tal vez solo para no tener que mirarme. La observo por el rabillo del ojo. Las largas pestañas oscuras en su mejilla pálida. La vulnerabilidad en su postura. Y lo único que quiero hacer es detener el auto, jalarla a mis brazos y decir que lo siento. Siento todo. Por mi crueldad, por mi miedo, por la trampa en la que nos encontramos.

Pero las palabras no vienen. Están atrapadas detrás de la muralla de miedo y culpa que construí alrededor de mi corazón.

Tan pronto me detengo frente a su edificio, antes de que pueda apagar el motor o decir una palabra, baja del auto. Cierra la puerta de un golpe y desaparece en el interior del edificio sin una sola mirada atrás.

Me quedo parado en el auto, el motor ronroneando en el silencio de la calle. Y la sensación de impotencia me aplasta. La quiero. La deseo. Pero la realidad de lo que está creciendo dentro de ella, la realidad de mi pasado, es un abismo entre nosotros. Y no tengo la menor idea de cómo construir un puente para atravesarlo.

Capítulo DIECISEIS

Mi padre me dejó con dos cosas: una predisposición genética para ojos verdes y la lección dolorosa de que el amor puede simplemente irse. No hizo las maletas con rabia, no hubo una pelea explosiva. Simplemente... desapareció. Una mañana, estaba ahí, oliendo a café y aserrín; a la mañana siguiente, su lado de la cama estaba frío, el armario vacío, y un silencio ensordecedor tomó el lugar de su risa. Tenía seis años. El agujero que dejó en mi vida nunca cicatrizó de verdad. Solo formó una costra dura de autosuficiencia y desconfianza.

Es esa costra la que se está agrietando ahora.

El pensamiento me ha acosado desde que salí de la oficina de Brennan, con su propuesta absurda de matrimonio flotando en el aire. La idea de atar mi vida a la de un hombre que sentenció a mi hijo a muerte era repulsiva. Pero la otra idea, la de criar a un hijo que un día preguntaría por qué su padre no lo quiso, era una herida familiar que no estaba segura de poder soportar.

Estoy enamorada de Brennan. Es una verdad fea, inconveniente e innegable. Y esta pasión me hace pensar en cosas estúpidas. Me hace tener esperanza. Una esperanza peligrosa de que, tal vez, si estamos compartiendo el mismo techo, si ve mi vientre crecer, si siente las primeras

patadas, el hombre que me sostuvo con ternura pueda vencer al monstruo que me rechazó. Una esperanza de que pueda amar a esta criatura. Porque merece el amor de un padre. Un amor que nunca tuve.

Es por eso que Chloe y Louis están en mi puerta, con dos cajas de pizza equilibradas en una mano y una botella de vino en la otra. Necesito a mis amigos. Necesito un consejo de guerra. Necesito que me digan que no estoy loca.

Sin embargo, en el momento en que abro la puerta, el olor a queso derretido y pepperoni me golpea, mi estómago se rebela.

Una mano vuela a mi boca. Paso junto a ellos, un borrón de pánico, y apenas logro llegar al baño a tiempo. El sonido de mi cuerpo expeliendo violentamente lo poco que comí hoy resuena por el pequeño apartamento. Es humillante, es miserable, y es mi nueva realidad.

Cuando finalmente salgo, débil y enjuagándome la boca, encuentro a los dos parados en la sala, las cajas de pizza abandonadas en la mesita de centro. Las miradas en sus rostros no son de asco. Son de pura y tierna comprensión.

Una risa débil y acuosa escapa de mí. Abro los brazos.

— Sorpresa. — mi voz es ronca. — Serán tíos.

No dudan. En un segundo, estoy envuelta en un abrazo apretado, el olor reconfortante del perfume de Chloe y de la loción para después de afeitar de Louis envolviéndome. Y por primera vez en semanas, me permito desmoronarme un poco, apoyando mi peso en ellos, sintiendo el alivio de no estar más completamente sola con mi secreto.

Momentos después, las pizzas fueron donadas a un portero muy agradecido, y los tres estamos sentados en mi sofá, un pote de helado de menta con chispas de chocolate, una de las únicas cosas que mi estómago tolera, pasando entre nosotros.

Cuento todo. La noche en el bar, el descubrimiento en el hospital, la crueldad de Brennan, la propuesta de matrimonio, la llegada de su familia, el nombre Noah susurrado como un fantasma. Las palabras salen de mí, un diluvio de dolor, confusión y amor no correspondido.

— Voy a matarlo. — dice Chloe, la cuchara de helado detenida a mitad de camino de su boca, los ojos centelleando de furia. — Un hombre que le dice a una mujer que se deshaga de su hijo no merece respirar. ¿Y luego tiene la audacia de pedirte matrimonio por su familia? Es basura.

— Chloe... — Louis la reprende gentilmente, antes de girarse hacia mí, los ojos llenos de una tristeza que refleja la mía. — Lo amas.

No es una pregunta. Es una constatación. Y oír eso en voz alta me rompe un poco. Solo asiento, las lágrimas amenazando volver.

— Oh, Thea. — suspira Louis, tomando mi mano. — Lo siento. Primero tu padre... y ahora él. Ningún hijo debería comenzar la vida siendo rechazado.

— ¡Y ningún hijo debería ser usado como un peón en un acuerdo de matrimonio! — insiste Chloe. — No puedes aceptar, Thea. Eres más fuerte que eso.

— ¿Pero qué tal si es la única forma? — susurro, la pregunta que me ha torturado. — ¿Qué tal si es la única oportunidad de... de que conozca al bebé? ¿De que lo ame? Louis, eres un romántico incurable. Dime que hay una oportunidad.

Louis aprieta mi mano.

— Creo que el amor puede cambiar a las personas. Si se permite sentir, si está lo suficientemente cerca para ver lo que está perdiendo... tal vez. Es un riesgo enorme, Thea. Un riesgo para tu corazón.

— Un riesgo que vale la pena correr si significa que mi hijo tendrá un padre. — digo, la resolución solidificándose en mi voz.

Chloe me mira fijamente, la furia en sus ojos suavizándose hacia una preocupación profunda.

— Te apoyaremos, no importa lo que decidas. — dice, finalmente cediendo. — Pero si ese idiota te lastima de nuevo, juro que aprenderé neurocirugía solo para poder hacerle una lobotomía con una cuchara oxidada.

La imagen es tan horrible que río. Una risa genuina. Y por un momento, el peso en mi pecho disminuye.

Al día siguiente, estoy sentada en la sala de espera del consultorio del Dr. Morris, un obstetra altamente recomendado. La sala está pintada en tonos suaves de azul y llena de mujeres con vientres en varios estadios de prominencia. Me siento una impostora.

Le envié a Brennan un mensaje corto con el horario y la dirección. Ninguna respuesta. Y cada minuto que pasa, el miedo de que no venga, de que haya cambiado de opinión, crece.

La puerta se abre, y entra.

Está usando un traje oscuro, sin corbata, el cabello un poco desordenado. Parece cansado, pero sus ojos me encuentran desde el otro

lado de la sala, y el mundo entero se aquieta. Camina hasta mí y se sienta en la silla a mi lado, sin decir una palabra. Pero su presencia es un ancla.

Durante la consulta, es... sorprendente. Hace preguntas al Dr. Morris. Preguntas inteligentes, técnicas, sobre los exámenes, sobre los riesgos. No es el amante, ni el enemigo. Es el médico. Es la única forma que sabe cómo lidiar con esto.

Y entonces, el ápice.

Estoy acostada en la camilla, el vientre expuesto, cubierto por un gel frío. El Dr. Morris pasa el transductor sobre mi piel. Una imagen granulada en blanco y negro aparece en la pantalla.

— Bien, ahí está. — dice el médico, sonriendo. — Un latido fuerte y saludable.

Miro la pequeña mancha pulsante en la pantalla, y mi corazón se expande. Lágrimas llenan mis ojos.

— Esperen un segundo... — el Dr. Morris frunce el ceño, moviendo el transductor. — ¿Qué tenemos aquí?

Ajusta el foco. Y la imagen cambia. No hay una mancha. Hay dos.

— Bueno, bueno. Felicidades, chicos. — anuncia el médico, radiante. — Parece que no tenemos solo un bebé aquí. Están esperando gemelos.

Gemelos.

La palabra me golpea como una ola. Miro la pantalla, las dos pequeñas formas de vida, cada una con su propio corazón pulsante. Gemelos. Una parte de mí se llena de un pánico abrumador. ¿Cómo voy a poder? La otra parte se llena de una alegría tan intensa que duele.

Es el sonido a mi lado lo que me saca del trance.

Un sonido jadeante.

Me giro. Brennan está blanco como una sábana, los ojos fijos en la pantalla. Su respiración está rápida, superficial. Está teniendo una crisis de pánico.

— ¿Dr. Rhys-Donovan? ¿Está bien? — pregunta el Dr. Morris, la preocupación en su voz.

Brennan no responde. Se levanta abruptamente, tirando una pila de revistas.

— Dis... disculpen. — tartamudea, la voz irreconocible. — Necesito... aire.

Y sale, prácticamente corriendo fuera de la sala, dejándome acostada en la camilla, con el gel frío en mi vientre y el sonido de dos corazones latiendo en el silencio que dejó atrás.

A la mañana siguiente, es su día libre. Y el mío. La coincidencia parece una señal del universo.

Me detengo frente a la puerta imponente de su apartamento, el corazón martillando contra mis costillas. No sé qué voy a decir, pero sé que necesito verlo. Necesito una respuesta.

Abre la puerta. Está usando solo un pantalón de sudadera gris, el pecho desnudo. Sus ojos están rojos, y sé que no durmió.

— Son gemelos, Brennan. — digo, sin preámbulos. No hay espacio para gentilezas.

Solo asiente, retrocediendo para dejarme entrar.

Camino hasta el medio de su sala de estar impecable y me doy vuelta para enfrentarlo.

— Pasé toda la noche haciendo cuentas. — comienzo, la voz firme, aunque por dentro me esté deshaciendo. — El costo de cuidar a dos recién nacidos en Nueva York. El tiempo necesario. Las horas de sueño que no tendré. El impacto devastador en mi residencia. Soy fuerte. Soy inteligente. Pero no soy una superhéroe. La matemática simplemente no cierra.

Me mira fijamente, el rostro una máscara de dolor.

— Me hiciste una propuesta. Un matrimonio de conveniencia, para proteger a tu familia. La rechacé. Y mantengo ese rechazo, si es solo por ellos. Pero la situación cambió. — lo encaro, los ojos firmes. — Entonces, aquí están mis términos.

Espera, en silencio.

— Me casaré contigo. Pero no es por tu abuela, y ciertamente no es por amor. Es por ellos. Por nuestros hijos. Será una sociedad. Un contrato. Proporcionarás la estabilidad financiera y el nombre. Yo cuidaré el resto. Sin expectativas emocionales. Sin romance. Solo un acuerdo de negocios para garantizar que estos dos bebés tengan el mejor comienzo de vida posible. Y yo... — mi voz falla por un segundo — ...intentaré, un día, olvidar todo lo que dijiste sobre él... sobre ellos.

La pregunta final queda suspendida en el aire, pesada y frágil.

— ¿Aceptas?

Brennan me mira fijamente por un largo momento, una guerra sucediendo en sus ojos. Entonces, asiente, un movimiento lento y resignado.

— Está bien, Thea. — su voz es un susurro ronco, el sonido de una rendición. — Acepto tus términos.

Capítulo DIECISIETE

Acepto tus términos.

Las palabras dejan mi boca, pero parecen venir de otra persona. Son un sonido hueco en el silencio de mi apartamento, el sonido de mi rendición. Thea está parada en medio de mi sala, una reina en una sudadera gris, dictando los términos de su victoria, y todo lo que puedo hacer es aceptar.

Me desmontó. Pieza por pieza. Con su fuerza, su vulnerabilidad y, finalmente, con la lógica irrefutable de su propuesta. No es sobre amor. Es sobre matemática. Y su matemática está correcta.

Estoy intentando conciliar a la mujer decidida frente a mí con la imagen de su rostro pálido y chocado en el consultorio del Dr. Morris ayer. Gemelos. La palabra todavía resuena en mi cabeza. Cuando el médico la dijo, el aire en mis pulmones se solidificó. El sonido de dos corazones latiendo no fue un milagro; fue un eco, un presagio. Sentí el suelo desaparecer, las paredes cerrándose, la misma sensación de caída libre que sentí hace ocho años. Huí. Corrí como un cobarde.

El resto de la noche fue un infierno particular. Un borrón de whisky y vergüenza. Desperté esta mañana con el sabor a cenizas en la boca y un

agujero en el pecho. Y entonces, apareció en mi puerta. No para gritar o llorar, sino con un plan. Un contrato.

Se sienta en el sofá de cuero blanco, en el mismo lugar donde tantas veces hicimos el amor. El gesto es casual, pero parece una reivindicación. Me siento a su lado, una distancia segura entre nosotros.

— Gemelos. — susurra, más para sí misma que para mí, la cabeza sacudiéndose en incredulidad. — Todavía no puedo creerlo.

— Tuve una crisis de pánico. — la confesión escapa, un murmullo de vergüenza. — En el consultorio. Después de años, tuve una maldita crisis de pánico.

Espero que use mi debilidad contra mí. En cambio, su expresión se suaviza.

— No puedo darme el lujo de tener una crisis de pánico. — dice Thea, la voz quieta, pero firme. Su mano va instintivamente a su vientre. — No ahora. Tengo que ser fuerte. Por ellos.

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el pecho. La forma en que ya se refiere a los bebés, la determinación maternal en su voz, la fuerza que irradia de ella incluso en medio del caos. Es devastadoramente hermosa. Y me sorprende mirándola, realmente mirándola, por primera vez desde que entró.

El cabello rubio está suelto, cayendo en ondas suaves sobre los hombros. Sin maquillaje, puedo ver las pequeñas pecas que puntean su piel, las líneas finas de cansancio alrededor de los ojos verdes. Está usando una sudadera gris simple, pero hay algo en su postura, en la determinación que emana de cada poro, que la hace absolutamente magnética.

Nuestros ojos se encuentran, y el mundo se detiene.

Hay algo en su mirada, una vulnerabilidad enmascarada por fuerza, que despierta algo primitivo en mí. El impulso de protegerla, de besarla, de recordarle que no está sola en esto, es casi incontrolable. Mi mirada baja involuntariamente a sus labios, y veo cuando se da cuenta, cuando su respiración se vuelve un poco más rápida.

El aire entre nosotros se vuelve denso, cargado de una electricidad familiar. Memorias de las noches que pasamos en este mismo sofá invaden mi mente. Su sabor, el sonido de sus gemidos, la forma en que su cuerpo encajaba perfectamente en el mío.

Me inclino ligeramente en su dirección, atraído por una fuerza gravitacional que no puedo resistir. Sus ojos se abren un poco más, pero no se aleja. Por un momento, somos solo un hombre y una mujer atrapados en una red de deseo e historia compartida.

— Brennan... — mi nombre sale de sus labios como un susurro, una advertencia o una invitación, no puedo distinguir.

El sonido de mi nombre en su boca casi rompe mi autocontrol. Estoy a centímetros de distancia ahora, puedo sentir el calor irradiando de su piel, el olor dulce que es únicamente suyo.

Pero entonces parpadea, como si despertara de un trance, y se aleja bruscamente.

— No. — dice, la voz firme, construyendo una pared invisible entre nosotros. — Eso no es parte del acuerdo.

El rechazo es como un balde de agua fría. Me alejo también, pasando la mano por mi nuca, intentando recuperar algo de control sobre mí mismo.

— Tienes razón. — murmuro, la voz más ronca de lo que quisiera. — Lo siento.

Un silencio incómodo se instala entre nosotros. El momento se fue, pero la tensión todavía flota en el aire como humo.

Me alejo ligeramente, poniendo más espacio entre nosotros. El miedo es una sombra constante sobre mí, susurrando todas las formas en que esto puede salir mal. Todas las formas en que puedo fallar de nuevo.

— Necesitamos agilizar el matrimonio. — digo, la voz dura, volviendo al único terreno que conozco: la logística. — Mi madre y mi abuela ya deben estar haciendo planes. Cuanto antes resolvamos esto, mejor. Pero primero...

— Primero, ¿qué?

— Primero, necesitamos hablar con la Dra. Ramsey. Contarle sobre el matrimonio, sobre el embarazo. Necesitamos controlar la narrativa antes de que nos controle.

Veo el miedo en sus ojos.

— Brennan, esto puede afectar mi carrera. Pueden transferirme, expulsarme...

— Eso no va a pasar. — la corto, la certeza en mi voz sorprendiéndome. — No voy a permitirlo.

Caminar por los pasillos del hospital al lado de Thea es una experiencia surreal. No nos estamos tocando, manteniendo una distancia profesional, pero siento la energía que crepita entre nosotros como un cable pelado. La gente nos mira. Siempre me miran. Pero hoy, nos miran a nosotros. La residente y el Jefe, marchando con la misma determinación

sombría hacia el piso de administración. Somos dos soldados marchando hacia nuestra propia corte marcial.

Con cada paso, siento el peso de mi decisión. Estoy a punto de entrelazar mi vida profesional con la suya de una forma que puede destruirla. Pero la imagen de ella, con la mano en el vientre, diciendo Tengo que ser fuerte por ellos, se repite en mi mente. Y por primera vez, no se trata de mí. No se trata de mi miedo o de mi dolor. Se trata de ella. De ellos.

La oficina de la Dra. Isabelle Ramsey, la Directora General del hospital, no huele a antiséptico. Huele a cera de limón, cuero antiguo y poder. Es un espacio silencioso y elegante, con paredes forradas de libros y una vista deslumbrante de Central Park. La Dra. Ramsey es una mujer de sesenta y tantos años, con cabellos plateados recogidos en un moño impecable y ojos azules penetrantes que ya vieron de todo. No se impresiona fácilmente.

Nos observa por encima de sus gafas de aros finos mientras nos sentamos en las sillas de cuero frente a su escritorio de caoba.

— Dr. Rhys-Donovan. Dra. O'Connell. — su voz es calmada, pero carga un peso innegable. — Esta es una dupla inesperada. Presumo que no están aquí para discutir los horarios de rotación.

Tomo la iniciativa, la precisión quirúrgica tomando el control.

— Dra. Ramsey, vinimos a informarle de una situación personal que tendrá implicaciones profesionales. La Dra. O'Connell y yo vamos a casarnos.

Thea se tensa a mi lado, pero no dice nada. El rostro de Ramsey permanece impasible.

— Además, — continúo, forzando las palabras a salir — está esperando hijos míos. Gemelos.

Ahí sí. Una pequeña grieta en su armadura. Una ceja plateada se arquea. Se recuesta en la silla, juntando las puntas de los dedos.

— Entiendo. — dice, después de un largo silencio. — Ustedes dos están conscientes, por supuesto, de las políticas del hospital sobre relaciones entre supervisores y subordinados. El conflicto de intereses es... significativo.

— Totalmente consciente. — digo.

— En este caso, la política es clara. Para evitar cualquier apariencia de favoritismo o coerción, la parte en posición de menor poder, en este caso, la Dra. O'Connell, estaría obligada a transferirse a otro programa. Para protegerla tanto a ella como la integridad del hospital.

Veo a Thea palidecer a mi lado. Abre la boca para hablar, para sacrificarse. La detengo, colocando mi mano sobre la suya en su muslo, un gesto que es a la vez una advertencia y un consuelo.

— Lo sé. — la interrumpo, la voz calmada y final. — Es por eso que estoy aquí para informarle que renuncio a mi cargo como Director del Programa de Residencia, con efecto inmediato.

El shock en la sala es palpable. Thea se gira hacia mí, los ojos verdes muy abiertos, la boca entreabierta.

— ¡Brennan, no! — susurra, su mano agarrando mi brazo. — No puedes. Yo... me transfiero. Iré al Mount Sinai. Es lo correcto.

Cubro su mano con la mía, apretando suavemente. Miro a la Dra. Ramsey.

— La Dra. O'Connell no va a ningún lado. — digo, la voz llena de una autoridad que no viene de mi cargo, sino de una convicción más profunda. — Su sueño siempre fue estar en este programa. Luchó para estar aquí, y es una de las mejores residentes que he visto. Yo ya hago lo que amo, que son mis cirugías. El cargo es administrativo. Un cargo que puede ser llenado. Su talento, no.

Me inclino hacia adelante, jugando mi carta más alta.

— Y si eso no es suficiente, si su presencia en el departamento de neurocirugía todavía es un problema, entonces me ofrezco para ser transferido.

— Fuera de cuestión. — la respuesta de Ramsey es instantánea y afilada. Me mira fijamente, los ojos azules entrecerrándose. — Perder al mejor Jefe de Programa que este hospital ha tenido es un golpe. Perder al mejor neurocirujano de la Costa Este sería suicidio institucional. Su transferencia está fuera de cuestión.

Suspira, mirando de mí a Thea. Su rabia ahora se enfoca en su presa más fácil.

— Dra. O'Connell, ¿entiende la posición delicada en que puso a este hospital? ¿Y a usted misma? Involucrarse con su superior...

— La culpa no fue solo de ella. — la corto, la protección surgiendo como un reflejo. — De hecho, fue enteramente mía. Nos conocimos fuera del hospital. Ninguno de los dos sabía la posición del otro. Yo la perseguí. Si hay alguien para ser reprendido aquí, soy yo.

Ramsey me mira fijamente por un largo momento, luego su mirada se vuelve a Thea, que ya no está encogida. Está sentada erguida, el mentón levantado. La reina en sudadera gris está de vuelta.

— Dra. Ramsey, — la voz de Thea es firme, llena de una nueva fuerza — entiendo perfectamente las complicaciones. Pero con todo respeto, mi situación personal no afectará mi desempeño profesional. Mis prioridades, en este momento, son dos: convertirme en la mejor cirujana que pueda ser... y mis hijos.

La forma en que dice mis hijos. La posesión, la certeza. Un orgullo feroz me inunda, así como el miedo aterrador del futuro.

La Dra. Ramsey suspira, pareciendo súbitamente cansada.

— Está bien. Acepto su renuncia del programa de residencia, Dr. Rhys-Donovan. Nombre un sustituto para el final de la semana. Y ustedes dos... — nos mira fijamente, una advertencia clara en sus ojos — ...prepárense. Van a enfrentar miradas y chismes por los pasillos. La vida de ustedes bajo este techo acaba de convertirse en un infierno.

Me levanto, jalando a Thea conmigo.

— No nos importa en lo más mínimo.

Thea, a mi lado, añade, la voz altiva y clara:

— Eso no me afectará. Sé cuáles son mis prioridades.

Salimos de la oficina, dejando a una directora de hospital atónita atrás. En el pasillo silencioso, nos detenemos. El aire entre nosotros cambió. La batalla no terminó. De hecho, probablemente apenas comenzó. Pero esta vez, no estamos en lados opuestos. Somos un frente unido.

Me giro hacia Thea, y la gratitud y el asombro en sus ojos eran más de lo que merecía. Hice un sacrificio, sí. Pero la verdad es que no pareció un sacrificio. Pareció la primera decisión correcta que tomé en mucho, mucho tiempo.

— ¿Por qué hiciste eso? — pregunta, la voz baja, vulnerable. — ¿Por qué renunciaste a algo tan importante?

La miro fijamente, buscando las palabras correctas. La verdad es demasiado compleja, demasiado cargada para este pasillo.

— Porque... — comienzo, luego me detengo. ¿Cómo explico que, por primera vez en ocho años, algo se volvió más importante que mi carrera? ¿Cómo digo que la visión de ella siendo forzada a renunciar a sus sueños por mi culpa era insoportable? — Porque mereces estar aquí. — digo finalmente, las palabras saliendo más suaves de lo que pretendía. — Y nuestros hijos merecen una madre que realizó sus sueños.

Nuestros hijos. Es la primera vez que digo esas palabras. Y no suenan como una sentencia de muerte. Suenan como... posibilidad.

La sonrisa que me da es pequeña, pero verdadera. Es la primera sonrisa real que veo en su rostro desde el consultorio del Dr. Morris.

— Gracias. — susurra.

Solo asiento, sin confiar en mi voz. Hay mucho más que necesita ser dicho, mucho más que necesita ser enfrentado. Mi pasado. Mis miedos. Los fantasmas que todavía me acosan. Pero por ahora, somos solo dos futuros padres intentando navegar en aguas desconocidas.

Pero sé que la amenaza está al acecho. Y es tan fuerte que me hace sentir débil, impotente y desesperado. Puedo arruinar a Thea. Puedo arruinar las vidas de estos dos inocentes que no pidieron venir a este mundo.

Capítulo DIECIOCHO

El hospital nunca fue tan ruidoso.

No físicamente. El murmullo de los pasillos continúa igual, pitidos de monitores, conversaciones amortiguadas, el arrastrar de zapatos en el linóleo. Pero hoy, cada susurro parece alto como un trueno. Cada mirada furtiva quema mi piel como un hierro al rojo vivo.

La secretaria de la Dra. Ramsey. Debería haberlo imaginado. Molly Paulsen, la mujer que sabe de todo y todos en este hospital antes incluso de que las cosas sucedan. El teléfono sin cable más eficiente de Manhattan. En menos de veinticuatro horas, nuestra vida privada se convirtió en entretenimiento público.

La residente y el jefe. Embarazada de gemelos. Matrimonio relámpago.

Las palabras me siguen por los pasillos como una banda sonora siniestra. Intento mantener la cabeza levantada, el paso firme, pero cada fibra de mi ser quiere correr al baño más cercano y esconderme hasta que esto pase.

— Es una pena de verdad. — oigo a una de las enfermeras susurrar a otra cerca de la estación. — El Dr. Rhys-Donovan era el mejor jefe de

programa que hemos tenido. Ahora va a tener que dejar todo por culpa de la novata.

Finjo estar concentrada en la ficha médica que tengo en las manos, pero las palabras me golpean como puñaladas.

— Sacrificó su carrera por ella. — una de las residentes más calladas del programa comenta bajito con otra. — Perder a un maestro como él... Es triste. Ella ni siquiera llevaba aquí tres meses.

La novata. Ella. Como si ni siquiera tuviera nombre. Como si fuera solo la mujer que arruinó la carrera de un gran hombre.

Aprieto la ficha médica contra el pecho y sigo caminando, fingiendo no oír. Pero cada comentario es un peso extra en mis hombros ya sobrecargados. La culpa se instala en mi estómago como plomo derretido.

Tienen razón. Brennan renunció a algo importante por mi culpa. Y yo... ni siquiera sé si merezco tanto sacrificio.

— ¡Thea!

La voz de Liam corta a través de la niebla de ansiedad que me envuelve. Viene corriendo por el pasillo, una sonrisa amplia iluminando su rostro, los brazos abiertos.

— ¡Felicidades! — me envuelve en un abrazo apretado, cálido. — Sabía que ustedes dos tenían algo. La tensión sexual era palpable.

Por primera vez en veinticuatro horas, río. Una risa genuina que surge del pecho.

— Gracias, Liam. — susurro contra su hombro. — No tienes idea de cuánto necesito esto.

— Hey. — Jake se acerca, las manos en los bolsillos, una sonrisa forzada en el rostro. — Felicidades, Thea. Sinceramente.

Hay algo en su tono, una melancolía que me aprieta el corazón. Sé que sentía algo por mí, aunque siempre dejé claro que éramos solo amigos. La culpa me corroe un poco.

— Gracias, Jake. Eso... significa mucho.

Asiente, la sonrisa vacilando por un segundo antes de recomponerse.

— Si necesitas cualquier cosa... lo que sea... sabes dónde encontrarme.

— Wow. Qué conmovedor.

La voz venenosa de Amanda Meyers corta el momento como una cuchilla. Se acerca, los tacones golpeando el suelo con precisión militar, una sonrisa de depredadora en los labios perfectamente pintados.

— Dra. O'Connell. ¿O debería decir, futura Sra. Rhys-Donovan? — ríe, un sonido agudo y desagradable. — Quién diría que tenías eso en ti. Embarazarte del jefe para asegurar tu posición. Brillante.

La sangre hierve en mis venas. Liam da un paso adelante, los puños cerrados, pero lo detengo con un gesto.

— Amanda. — digo, la voz calmada pero cargada de hielo. — Qué bueno verte. ¿Todavía limpiando orinales, o ya te promovieron a cambiar pañales?

Su rostro se pone rojo, la compostura agrietándose.

— Al menos yo no tuve que abrir las piernas para conseguir lo que quiero.

— No. Solo tuviste que tirar a una colega debajo del autobús. —
replico, dando un paso en su dirección. — Pero aparentemente ni eso fue
suficiente para hacerte relevante.

Abre la boca para responder, pero me doy vuelta y me alejo, Liam y
Jake siguiéndome. Puedo sentir sus ojos quemando mi espalda, pero no me
importa. Tengo problemas mayores que Amanda Meyers y su veneno.

Durante el día, tengo encuentros furtivos con Brennan por los
pasillos, donde susurra un ¿Estás bien? y yo solo asiento con la cabeza. Es
surreal. Es mi... futuro marido. La palabra suena extraña incluso en mis
pensamientos. Pero no siento que seamos novios. Siento como si fuéramos
dos extraños navegando en un acuerdo de negocios muy complicado.

Los medicamentos que el Dr. Morris prescribió ayudan con las
náuseas. Ahora vomito solo una vez por la mañana, en lugar de las tres o
cuatro veces anteriores. Pero el cansancio... Dios, el cansancio es
abrumador. Es como si estuviera cargando plomo en las venas. No es solo
por dos personas. Es por tres. Y a veces, en los momentos más silenciosos,
coloco la mano en el vientre todavía plano y les susurro.

Aguanten firme ahí dentro. Mamá está trabajando para ustedes.

Esa noche estamos camino a la casa de sus padres. Estoy usando el
vestido más caro que poseo, un azul marino simple que compré en
liquidación, pero todavía me siento como una impostora.

Hannah nos recibe en la puerta, radiante. Emma está a su lado,
apoyada en un bastón ornamentado, pero con los ojos brillando de alegría.

— ¡Mis queridos! — Hannah nos envuelve en abrazos, primero
Brennan, luego a mí. — ¡Estoy tan feliz! ¡Tan, tan feliz!

Richard, el padre de Brennan, aparece detrás de ellas.

— Thea, querida. Bienvenida a la familia. — me besa en las mejillas, un gesto tan cálido que mis ojos se llenan de lágrimas.

La cena transcurre en medio de conversaciones animadas sobre fechas, preparativos, flores. Sonrío y asiento, pero una parte de mí se siente distante, observando todo desde afuera. Como si estuviera representando un papel en una obra para la cual no hice audición.

— ¿Y los bebés? — pregunta Emma, los ojos brillando. — ¿Cómo están mis bisnietos?

— Están bien. — respondo, la mano yendo instintivamente al vientre. — Fuertes. Con latidos cardíacos saludables.

— ¡Gemelos! — Richard sacude la cabeza, admirado. — Qué bendición. Eso me recuerda... — se detiene, la mirada volviéndose a Brennan. — Tú y Noah eran tan cercanos cuando él era pequeño...

El silencio que sigue es ensordecedor.

Brennan se pone rígido a mi lado, el tenedor deteniéndose a mitad de camino de su boca. El color desaparece de su rostro.

— No hablen de él. — su voz es seca, cortante. — Por favor.

Emma, aparentemente sin percibir la tensión, continúa con una sonrisa nostálgica.

— Pero querido, él estaría tan feliz de saber que estás siguiendo adelante, que estás formando tu propia familia...

— ¡Dije que no hablen de él! — Brennan explota, golpeando el puño en la mesa. El sonido resuena por el elegante comedor como un disparo.

Todos quedan inmóviles. Emma retrocede en la silla, chocada. Hannah abre la boca, luego la cierra. Richard frunce el ceño, confundido.

Miro a Brennan, al dolor crudo estampado en su rostro, y mi corazón se parte.

— Brennan... — comienza Hannah, la voz suave.

— Disculpen. Yo... — se levanta bruscamente, arrojando la servilleta en la mesa. — Yo... necesito aire.

Sale de la sala, dejando un silencio pesado atrás.

Hannah rápidamente se recompone, forzando una sonrisa.

— Thea, querida, cuéntame. ¿Cómo te sientes? ¿El embarazo ha sido difícil?

Me fuerzo a sonreír, a responder sus preguntas, a fingir que no acabo de presenciar a mi marido despedazarse frente a toda la familia. Pero una sola pregunta martilla en mi mente: ¿Qué, por Dios, pasó con Noah?

El matrimonio es una ceremonia simple. Íntima. Solo nosotros, la familia de Brennan, y un juez de paz en el jardín trasero de la casa. Estoy usando un vestido blanco prestado de Hannah, alterado a las apuradas para que me quede.

Cuando veo a Brennan parado en el jardín, esperándome, el mundo se detiene.

Está impecable en el traje azul marino que abraza sus hombros anchos como una segunda piel. La tela de alta calidad realza cada línea de su cuerpo alto y atlético. Sus cabellos están peinados hacia atrás, revelando completamente el rostro esculpido — la mandíbula fuerte, los ojos castaños profundos, los labios que ya conocí íntimamente. Hay algo casi etéreo en él

bajo la luz dorada del final de la tarde, como si fuera un príncipe salido de un cuento de hadas.

Mi corazón tropieza, luego se dispara. Por un momento insano, olvido todo — el acuerdo, las reglas, el dolor entre nosotros. Olvido que este no es un matrimonio de amor, sino de conveniencia. Todo lo que veo es al hombre del que me enamoré perdidamente, esperando para casarse conmigo.

Es mío. El pensamiento me golpea con una fuerza abrumadora. Este hombre hermoso, brillante y devastadoramente complejo es mi esposo.

Mi respiración falla cuando nuestros ojos se encuentran a través del jardín. Hay algo vulnerable en su expresión, una suavidad que rara vez veo. Como si, por este momento, él también pudiera fingir que esto es real. Que somos dos personas casándose por amor, no por circunstancia.

Mis piernas tiemblan ligeramente mientras camino hasta él. Y cuando me detengo a su lado, cuando siento el calor de su cuerpo tan cerca del mío, cuando aspiro su olor familiar, mi corazón susurra una verdad peligrosa: Haría esto mil veces, incluso sabiendo cómo va a terminar. Debería ser uno de los días más felices de mi vida. Pero Brennan y yo sabemos que es todo parte de una farsa.

Mi madre se negó a venir.

¿Un matrimonio relámpago con un hombre que apenas conoces?
¿Embarazada de gemelos? Thea, te volviste una estadística. Un cliché patético.

Sus palabras todavía resuenan en mi mente. Lloré por horas después de aquella llamada. El rechazo. La crueldad. La forma en que transformó lo que debería ser un momento de alegría en otro de mis fracasos.

Tal vez sean las hormonas. Tal vez sea el peso de todo lo que pasó en las últimas semanas. Pero cuando el juez pregunta si acepto a Brennan como mi esposo, las lágrimas comienzan a correr.

— Acepto. — susurro, la voz entrecortada.

Brennan me mira, sus ojos castaños llenos de una emoción que no puedo descifrar. Cuando llega su turno, su voz es firme.

— Acepto.

Cuando el juez nos declara marido y mujer, hay una expectativa en el aire. Emma sonríe, las manos juntas en el pecho. Hannah tiene lágrimas en los ojos. Richard asiente, orgulloso.

Puede besar a la novia.

Las palabras flotan entre nosotros como un puente que ninguno de los dos sabe si debe cruzar.

Brennan me mira, y por un segundo, veo algo familiar en sus ojos. El hombre que me prensó contra los estantes de suministros, que me besó con hambre en la oscuridad de su auto. Entonces, lentamente, sus manos suben para sostener mi rostro.

Sus dedos son cálidos contra mi piel, los pulgares trazando suavemente la línea de mis pómulos. Es un toque tierno, reverente, como si fuera algo precioso que teme romper.

Cuando sus labios tocan los míos, no es el beso hambriento y desesperado que conocí. Es suave, casi vacilante. Hay una dulzura devastadora en él, una tristeza que me parte el corazón. Es el beso de un hombre despidiéndose, no celebrando.

Cuando nos separamos, no se aleja. Sus labios rozan los míos cuando susurra:

— Lo siento.

Las dos palabras cargan el peso de mil arrepentimientos. Entonces me jala a sus brazos, abrazándome con una fuerza casi desesperada. Sus labios encuentran mi oído, su voz tan baja que solo yo puedo oír:

— Merecías más que esto. Más que un hombre roto como yo. Lo siento.

Las lágrimas que venía conteniendo explotan. No son lágrimas de felicidad. Son lágrimas por todo lo que perdimos, por todo lo que nunca tendremos, por este hombre que se odia tanto que no puede aceptar amor.

Me aferro a él, enterrando mi rostro en su pecho, sintiendo los aplausos educados a nuestro alrededor volverse un sonido distante. En este momento, abrazada por sus brazos, puedo fingir que somos solo dos personas que se aman, comenzando una vida juntos.

Pero sé que es solo una ilusión. Y eso me rompe aún más.

Emma también llora. Hannah sonrío a través de sus propias lágrimas. Richard nos abraza con fuerza.

Y me siento más sola de lo que jamás me sentí en la vida.

Su apartamento, nuestro apartamento ahora, está silencioso cuando llegamos. Mi mudanza fue patética: dos maletas con ropas, algunos libros médicos, una foto enmarcada de mis amigos y yo en la graduación. Es todo lo que poseo en el mundo.

Estamos parados en la sala, mirándonos. Dos extraños que acaban de casarse. Dos extraños que van a criar a dos criaturas juntos.

Lo extraño. Al Brennan que me sostenía como si fuera preciosa. Al hombre que me hacía sentir deseada, amada, completa. Este hombre frente a mí parece una cáscara vacía. Un fantasma.

No habla de los bebés. Nunca. Es como si no existieran, como si no estuvieran creciendo dentro de mí cada día. A veces mi mano va instintivamente al vientre, y cuando nuestros ojos se encuentran, veo algo parecido a pánico en su mirada antes de girarse.

No puedo más. No puedo seguir caminando en la oscuridad.

— Soy tu esposa ahora, Brennan. — digo, la voz calmada pero determinada. — Voy a tener tus hijos. Pero no puedo hacer esto en la oscuridad. Me debes una explicación. No sobre los detalles, si no estás listo. Pero sobre el porqué. ¿Por qué la idea de ser padre te destruye tanto? ¿Y qué pasó con Noah?

Se queda inmóvil. Por un largo momento, pienso que va a salir, como hizo en la casa de sus padres. Pero entonces, sus hombros caen. El aire deja sus pulmones en un suspiro doloroso.

Cuando habla, su voz es ronca, rota.

— Noah era mi hijo.

Las palabras me golpean como un puñetazo en el estómago. Mi hijo. Era. Sospechas que ya tenía.

— Él... ya no está aquí. — continúa Brennan, los ojos fijos en el suelo. — Y fue mi culpa. Fallé con él de la manera más fundamental que un padre puede fallar. No lo protegí.

Mi corazón se parte. Completamente. El peso de su dolor, de la culpa que carga, me aplasta.

— ¿Qué pasó? — susurro.

Sacude la cabeza, el dolor sofocándolo, haciendo difícil hasta respirar.

— Es por eso, Thea. No soy una apuesta segura. Todo lo que amo, lo rompo. Voy a romperte. Y ciertamente voy a romper... a ellos.

La última palabra sale como un susurro torturado. Ellos. Nuestros hijos. Finalmente, los reconoce. Pero a través de su dolor, no de su amor.

Las lágrimas corren libremente por mi rostro ahora. No por el rechazo. No por la soledad. Sino por él. Por el hombre roto frente a mí, cargando una culpa que lo está matando por dentro.

— Brennan... — doy un paso en su dirección, pero retrocede.

— No. — levanta una mano, deteniéndome. — No intentes arreglarme, Thea. Mis pedazos no pueden ser reensamblados.

Se gira y camina hacia la habitación, dejándome sola en la sala de estar. Oigo la puerta cerrarse con un clic suave, y es el sonido más solitario del mundo.

Me siento en el sofá, la mano en el vientre, y susurro a los dos pequeños seres creciendo dentro de mí.

— Papá está herido, bebés. Pero mamá va a cuidar de ustedes. Y un día... un día tal vez podamos ser una familia de verdad.

La noche se extiende frente a mí, larga y silenciosa. Mi primera noche como mujer casada. Y nunca me sentí tan sola en la vida.

Pero tengo una misión ahora. No es solo sobre amar a Brennan de vuelta a la vida. Es sobre salvarlo de sí mismo. Antes de que sea demasiado

tarde. Antes de que la culpa que carga destruya cualquier oportunidad de felicidad que podamos tener.

Noah. El nombre resuena en mi mente. Una llave al corazón cerrado del hombre que amo. Y voy a descubrir esa historia. No por curiosidad. Sino por amor.

Porque si voy a pasar el resto de mi vida con Brennan Rhys-Donovan, no será como una extraña. Será como su compañera. Y los compañeros no guardan secretos que pueden destruirlos.

Capítulo DIECIENUEVE

Vivir con Thea es una tortura exquisita.

No es el tipo de tortura que esperaba, gritos, discusiones, drama. Es peor. Es la tortura de la proximidad sin intimidad. De la familiaridad sin conexión. Es despertar todos los días sabiendo que está del otro lado de la pared, en mi cama, usando mis sábanas, pero siendo completamente inalcanzable.

La instalé en la habitación principal. Fue la única decisión decente que logré tomar desde que quedamos atrapados en términos patéticos. Necesita comodidad, especialmente ahora, cargando... a ellos. La palabra todavía se traba en mi garganta. Nuestros hijos. Dos vidas creciendo dentro de ella, dos futuros por los que soy responsable y que me aterrorizan hasta los huesos.

Vivimos como compañeros de apartamento educados. Sale al trabajo antes que yo, vuelve después. Dejo comida en la nevera, no porque sea atento, sino porque es más fácil que explicar por qué está adelgazando cuando debería estar ganando peso. A veces, encontramos notas uno del otro en el mostrador de la cocina. Se acabó la leche. Arreglaron la ducha. Trabajo hasta tarde hoy. Comunicación a través de Post-its. Como extraños.

Pero hay momentos. Momentos en que la fachada de civilidad se agrieta, y recuerdo por qué me casé con ella. Por qué perdí el control aquella primera noche. Por qué es la única mujer que logró atravesar todas mis defensas.

Como hoy.

Llego a casa más tarde de lo usual. Una cirugía compleja que se extendió por ocho horas, seguida de una conversación tensa con la administración sobre mi reemplazo en el programa de residencia. Estoy exhausto, mental y físicamente agotado. Todo lo que quiero es un baño caliente y tal vez algunas horas de sueño sin pesadillas.

Lo primero que noto es el sonido del agua corriendo. Ducha. Está en casa.

Voy a mi habitación, dejo mi mochila y vuelvo a la cocina, aflojando la corbata, cuando la veo.

Thea está parada cerca de la isla central, bebiendo un vaso de agua. Usa solo una toalla, pequeña, blanca, apenas cubriendo los muslos. Su cabello está húmedo, cayendo en ondas doradas sobre los hombros desnudos. Gotas de agua brillan en su piel, trazando caminos seductores por la curva de su cuello, por el valle entre los senos que la toalla apenas logra contener.

Mi cuerpo reacciona instantáneamente. Violentamente. La sangre se aleja de mi cerebro, concentrándose en una necesidad primitiva que me marea.

Mierda.

No me ha visto todavía. Está concentrada en su vaso, la cabeza ligeramente inclinada, los labios rosados tocando el borde del vidrio. La toalla se mueve ligeramente con su respiración, amenazando con revelar aún más de la piel que conozco íntimamente. Piernas largas y torneadas donde mis manos ya exploraron cada centímetro. Caderas que encajaban perfectamente en las mías. La curva suave del vientre donde...

Para.

Pero no puedo. Estoy inmóvil, como si mis pies hubieran creado raíces en el suelo. Cada recuerdo de las noches que pasamos juntos me golpea como olas. El sabor de su piel. El sonido de sus gemidos en mi oído. La forma en que se arqueaba bajo mí, completamente entregada.

Trago en seco, el sonido demasiado alto en el silencio del apartamento.

Me mira.

Nuestros ojos se encuentran a través del espacio de la cocina, y el aire entre nosotros se vuelve eléctrico. Veo el momento exacto en que percibe mi mirada, cuando sus mejillas se ruborizan ligeramente. Veo cuando su respiración se vuelve un poco más rápida, cuando sus labios se entreabren.

La misma electricidad. La misma hambre. Es como si nada hubiera cambiado, como si todavía fuéramos aquellos dos extraños que se encontraron en el bar y se consumieron mutuamente.

— Thea. — Su nombre escapa de mis labios como una súplica.

Doy un paso en su dirección, luego otro. No se mueve. Solo me mira fijamente, los ojos verdes oscuros de una emoción que reconozco porque refleja la mía.

Deseo. Necesidad. Añoranza.

Estoy a pocos metros de ella cuando la realidad me golpea como un balde de agua fría. ¿Qué estoy haciendo? Dejó claro. Términos y condiciones. Sin involucramiento emocional. Sin romance.

Y yo... no puedo darle lo que merece. No puedo ser el esposo que necesita. Ni siquiera puedo reconocer a las criaturas que está cargando sin despedazarme.

Me alejo abruptamente, casi tropezando con mis propios pies en el apuro de poner distancia entre nosotros.

Huyo. Literalmente huyo a mi nueva habitación, la habitación de huéspedes que ahora es mi prisión, dejándola sola en la cocina. Cierro la puerta y me apoyo en ella, la respiración irregular, el cuerpo todavía rígido de deseo no correspondido.

Cobarde.

La pesadilla siempre comienza de la misma forma.

Estoy en el hospital, pero no es el hospital de ahora. Es el de hace ocho años. Los pasillos son más oscuros, más estrechos. El olor a desinfectante es sofocante. Y entonces lo oigo.

— ¡Papá!

La voz de Noah resuena por los pasillos, distante, pero clara. Mi corazón se dispara. Comienzo a correr, siguiendo el sonido, pero los pasillos se extienden infinitamente. Las puertas se multiplican, cada una llevando a un lugar vacío.

— Papá, ¿dónde estás?

Más lejos ahora. Se está alejando de mí.

— ¡Noah! — grito. — ¡Noah, estoy aquí!

Pero cuando doblo la esquina, encuentro a Claire. Está parada al final del pasillo, el rostro pálido, los ojos rojos de lágrimas.

— Lo perdiste. — dice, la voz cargada de acusación. — Elegiste el trabajo. Lo perdiste para siempre.

— ¡No! — protesto. — ¡Puedo salvarlo! ¡Déjame salvarlo!

Pero cuando miro alrededor, Noah está corriendo en la dirección opuesta, cada vez más distante. Sus pasos resuenan, volviéndose más débiles.

— ¡Noah, vuelve! ¡Por favor!

Corro tras él, pero mis piernas parecen hechas de plomo. Se está desvaneciendo, convirtiéndose en una sombra, luego solo en un eco.

— Papá...

Su voz se desvanece hasta convertirse en silencio.

Despierto con un grito atrapado en la garganta.

Estoy empapado de sudor, el corazón latiendo tan fuerte que puedo oírlo en mis oídos. La habitación está oscura, silenciosa, pero todavía puedo sentir los efectos de la pesadilla. La voz de Noah llamándome. La acusación en los ojos de Claire.

— ¿Brennan? Brennan, despierta.

Una voz suave, preocupada. Manos gentiles tocando mi hombro.

Abro los ojos y está ahí. Thea, sentada en el borde de la cama, el rostro contorsionado de preocupación. Usa una bata de seda atada a su cintura que ahora es aún más suave, el cabello desordenado del sueño.

— Estabas teniendo una pesadilla. — dice suavemente. — Estabas gritando.

La realidad vuelve lentamente. La habitación. La cama. Thea. No el hospital. No Claire. No Noah corriendo lejos de mí.

Pero el dolor continúa. Siempre continúa.

— Lo perdí. — las palabras salen rotas, crudas. — Lo perdí de nuevo. Siempre lo pierdo.

Sin dudar, me jala a sus brazos. Es un gesto instintivo, maternal, cariñoso. Entierra mi cabeza en su hombro, sus manos trazando círculos calmantes en mi espalda.

— Fue solo un sueño. — susurra. — Solo un sueño.

Pero no fue. Nunca es solo un sueño. Es memoria mezclada con culpa, verdad distorsionada por el remordimiento. Es la única forma que mi subconsciente encontró de castigarme por el resto de la vida.

Respiro profundo, intentando calmarme, y su olor me invade. Vainilla y algo dulce, totalmente Thea. Es como ser transportado de vuelta en el tiempo, a cuando éramos solo Brennan y Thea, antes de todo el desastre, antes de las reglas y los contratos.

Sin pensar, mis labios tocan la piel expuesta de su hombro.

Se congela.

— Brennan...

Sé que debería detenerme. Sé que debería alejarme, respetar los límites que estableció. Pero estoy perdido. Perdido en la necesidad de ella, en el consuelo que solo ella puede ofrecer y así mis labios recorren su cuello, hasta alcanzar el lóbulo de su oreja.

Cuando intenta alejarse, la desesperación me consume y susurro.

— No te vayas. — las palabras salen como una súplica. — Por favor, no te vayas. Te necesito... te necesito.

Se detiene, los ojos verdes buscando los míos en la oscuridad.

— Brennan, no podemos...

Tomo su rostro entre mis manos, el gesto desesperado, urgente, mi respiración acelerada de nuevo, pero el motivo ahora es otro.

— Te necesito. — repito, mi voz quebrándose, besando la curva delicada de su mentón. — Solo esta noche. Por favor. — subiendo por su rostro.

Y entonces la beso.

Es diferente de los besos frenéticos que compartimos antes. Este está cargado de añoranza, de una necesidad que va más allá de lo físico. Es el beso de un hombre ahogándose, aferrándose a lo único que puede salvarlo.

Resiste por un momento, sus manos presionando mi pecho como si fuera a empujarme. Pero entonces algo se rompe en ella también. Sus brazos se enrollan alrededor de mi cuello, y devuelve el beso con la misma intensidad desesperada.

La jalo a mi regazo, nuestras bocas nunca separándose, nunca tengo suficiente de ella. Sus piernas se enrollan alrededor de mi cintura, y puedo

sentir su calor a través de la tela fina del camisón. Es como volver a casa después de años perdido en el desierto.

— Te extrañé. — susurro contra sus labios. — Dios, cómo te extrañé.

No responde con palabras, sino con acciones. Sus manos encuentran mi pecho desnudo, explorando, corriendo por mi espalda, es como una descarga eléctrica.

Con manos nerviosas, temblorosas bajo la bata de seda, mis dientes se clavan en su hombro, mi otra mano encontrando un seno y lo acaricio suavemente, sintiéndola estremecerse y gemir bajito. Sé que está sensible y me aprovecho de eso, perturbando el pezón con mi pulgar.

Tan pronto la libero de la bata, saco su camisón por la cabeza y mis ojos se deleitan con los senos perfectos y más llenos ahora. Cuando rozo un pezón con mi lengua, se estremece, su respiración volviéndose jadeante. Cuando succiono fuerte, sus dedos se enredan en mis cabellos y balbucea palabras inconexas, pidiéndome misericordia. La calmo con lamidas insistentes, mientras se mueve en mi regazo, contra mi erección.

La beso de nuevo, mis manos ahora ayudándola a moverse en mi regazo y sé que puede correrse de esta forma. Pero quiero más. Quiero saciar toda la añoranza de su cuerpo.

La recuesto en la cama, besando cada centímetro de su piel. Cuando llego a su vientre que ya tiene una curva redondeada, siento su respiración suspendida. Apoyo mi mano ahí, cerrando los ojos. No sé definir la emoción que me toma, pero es algo primitivo, posesivo y atemorizante.

Me preocupo ahora en quitarle las bragas diminutas, mis dedos aventurándose entre sus pliegues. Gime mi nombre, retorciéndose. Es todo

lo que necesito. La beso, al principio tiernamente, dejándola acostumbrarse a mis labios en su dulce feminidad.

Pero entonces mi lengua azota su clítoris, sus caderas levantándose de la cama. Paso mis brazos bajo sus muslos, manteniéndola en su lugar y la pruebo una vez, otra y otra. Estoy alucinado por su sabor, por su aroma que me vuelve loco.

— Brennan... — murmura, ondulante contra mi toque.

Alcanzo un seno, retuerzo el pezón, mi lengua en un ritmo continuo que sé que la llevará al éxtasis. Conozco a Thea. Conozco su cuerpo y sé cómo hacerlo vibrar de deseo, cómo llevarla al ápice y me aprovecho de eso. Quiero que también recuerde cómo es hacer el amor conmigo y que sepa cuánto esto, cuánto amo su cuerpo... Cuánto la amo, toda y completa.

Cuando se corre, grita mi nombre, dejándome aún más posesivo. No le doy tiempo para recuperarse.

Cuando entro en ella, un gemido alto escapa de mi garganta. Extrañé tanto esto. Mi verga entra apretada, siendo acogida por su suavidad. Tiro la cabeza hacia atrás y aprecio este momento. Es el cielo y el infierno al mismo tiempo.

Me curvo y tomando su rostro entre las manos nuevamente, besándola con posesividad.

— ¡Thea! Extrañé tanto estar así, enterrado en ti. ¡Te quiero tanto! ¡Tanto!

Su respuesta viene en un movimiento de cadera que se eleva para más junto a mí. Sus uñas en mi espalda. Somos uno en este momento. Y todo parece perfecto.

Disminuyo mi ritmo, deseando que este momento dure para siempre, besándola sin parar. No hay prisa esta vez. No hay la urgencia desesperada de nuestros primeros encuentros. Es lento, reverente, como si estuviéramos redescubriéndonos. Cada toque es una pregunta, cada gemido una respuesta.

Es perfecta, caliente, acogedora, mía. Por estos momentos preciosos, no hay Noah, no hay Claire, no hay culpa. Solo estamos nosotros, perdidos uno en el otro, encontrando consuelo en la única forma que sabemos.

Después, quedamos entrelazados en la oscuridad, la respiración lenta, los corazones gradualmente volviendo al ritmo normal. Está anidada contra mi pecho, mi mano trazando patrones perezosos en su espalda.

Por un momento, puedo fingir. Puedo fingir que somos una pareja normal, que nos amamos, que estamos construyendo una vida juntos. Puedo fingir que las criaturas creciendo dentro de ella son una bendición, no un terror.

Pero sé que por la mañana, la realidad volverá. Siempre vuelve.

Despierto solo.

La cama a mi lado está fría, vacía. Por un momento, me pregunto si soñé todo. Si anoche fue solo otra fantasía cruel de mi mente torturada.

Pero puedo sentir su olor en las sábanas, puedo ver la impresión de su cabeza en la almohada a mi lado.

Se fue.

La encuentro en la cocina, ya vestida para el trabajo, tomando café. Cuando me ve, su rostro se cierra, las paredes volviendo a su lugar.

— Buenos días. — digo, vacilante.

No devuelve el saludo. En cambio, me mira fijamente con una expresión que no puedo descifrar.

— Lo que pasó anoche fue un error, Brennan. — su voz es calmada, controlada, pero puedo oír el dolor debajo. — Si no te abres conmigo, si no aceptas a tus hijos... Esto... Esto todo no va a funcionar.

Las palabras me golpean como un puñetazo en el estómago.

Tus hijos. No dijo nuestros. Dijo tus. Como si ya hubiera perdido el derecho de reclamarlos.

Toma su bolso, camina hasta la puerta, y se detiene con la mano en la manija.

— No puedo seguir viviendo con fantasmas, Brennan. Ni tú deberías.

Y entonces se va, dejándome solo con el eco de sus palabras y el peso aplastante de mi propia cobardía.

No puedo seguir viviendo con fantasmas.

Pero los fantasmas son todo lo que me queda. Son lo único que me mantiene seguro, que me impide apegarme demasiado, amar demasiado, tener demasiado que perder.

Porque si acepto a estas criaturas, si me permito amarlas, y algo les sucede... si fallo de nuevo...

No voy a sobrevivir. Esta vez, no voy a sobrevivir.

Capítulo VEINTE

El amor tiene sabor a cenizas en mi boca.

Tres semanas pasaron desde nuestra noche de debilidad mutua, y Brennan se cerró como una ostra herida.

Existe una geometría del dolor. Aprendí eso en los últimos días, en los pasillos silenciosos del apartamento de Brennan, un lugar que debería ser un hogar, pero que se convirtió en un mapa de territorios prohibidos y fronteras invisibles. Está la distancia fría y calculada entre nuestros cuerpos en el sofá, medida en centímetros de cuero italiano que parecen kilómetros. Está el ángulo agudo de su cabeza cuando se gira para evitar mi mirada, una maniobra sutil que grita rechazo. Y está el círculo vicioso de esperanza y decepción que se repite en mi pecho cada amanecer, cuando despierto y me doy cuenta de que la cama a mi lado continúa vacía.

Vivir con Brennan es como vivir con un fantasma que todavía respira. Ronda las habitaciones, una presencia pesada y silenciosa. Se convirtió en un maestro de la evasión, moviéndose por las grietas de mi día. Sale antes de que despierte, dejando atrás el olor débil a café y el silencio retumbante de su ausencia. Vuelve a casa tarde en la noche, mucho después de que dejé de esperarlo, y el olor que lo acompaña ahora es diferente. Es el olor amargo a whisky, una niebla de autodestrucción que se adhiere a la tela cara

de sus trajes. No me toca. Apenas me mira. La pared entre nosotros, que se derrumbó aquella noche de pesadillas en su habitación, fue reconstruida, más alta y más gruesa que nunca, erigida con los ladrillos de su miedo y el cemento de su culpa.

Lo observo ahogarse en su dolor, y me siento impotente. Es como ser una cirujana viendo a un paciente sangrar, con las manos atadas a la espalda. Su herida es interna, profunda, y se niega a dejarme detener el sangrado. Está huyendo. Huyendo de mí, huyendo de los bebés que crecen en mi vientre, huyendo de sí mismo. Y aunque lo amo con cada fibra rota de mi ser, comienzo a creer que no hay futuro para nosotros. El amor, estoy descubriendo, no puede florecer en un campo minado de secretos. No puede respirar en un vacío.

Es en ese vacío que la voz del Dr. David Hayes se convirtió en una bocanada de aire fresco.

Es una leyenda en cirugía pediátrica, un nombre que leía en libros de texto con reverencia. Está en el New York-Presbyterian como cirujano visitante por un mes, y su presencia causa un alboroto. Es británico, encantador de una forma discreta que no exige atención, pero la comanda de todas formas. Tiene ojos de un azul suave, que parecen ver directamente el agotamiento detrás de mi fachada profesional, y una sonrisa que no parece calculada.

Comienza a notarme durante las rondas. Me hace preguntas, no para probarme, sino por genuina curiosidad. Elogia mis respuestas con un Brillante, Dra. O'Connell que suena sincero. Al principio, pienso que es solo la cortesía de un médico experimentado con una residente. Pero entonces los encuentros se vuelven más frecuentes. Un café en la cafetería, donde insiste en escuchar sobre mi día, no solo sobre los casos. Una conversación

en el pasillo, donde se detiene y realmente escucha, la cabeza inclinada, haciéndome sentir como si mis palabras tuvieran peso. Me ve como una médica, no como la esposa del jefe o la residente embarazada. Me ve como Thea. Y por primera vez en mucho tiempo, recuerdo a la Thea que existía antes de Brennan, antes del embarazo. La mujer con un futuro.

La propuesta viene en una tarde lluviosa, en una sala de conferencias vacía, el sonido de la lluvia golpeando el vidrio creando una banda sonora melancólica.

— O'Connell. — la voz de Hayes es calmada. — He estado observando tu trabajo. Eres excepcional. Tienes un instinto y una habilidad que no se enseñan.

— Gracias, doctor. — murmuro, el elogio inesperado calentándome, un pequeño fuego en un invierno largo y frío.

— Mi período aquí está terminando. — continúa, yendo directo al punto. — Me estoy transfiriendo al Mount Sinai para dirigir el nuevo departamento de cirugía fetal. Estoy armando mi equipo. Y te quiero en él.

El aire queda atrapado en mis pulmones. Sus palabras resuenan en la sala silenciosa. Cirugía fetal. La frontera más avanzada de la medicina. El tipo de oportunidad que sucede una vez en la vida, un sueño que ni me atrevía a soñar.

— La oferta incluiría una beca de estudios garantizada después de tu residencia. Y un salario... — hace una pausa, la mirada comprensiva. — Digamos solo que sería más que suficiente para garantizar un futuro muy cómodo para ti. Y para tus hijos.

Lo sabe. Por supuesto que lo sabe. Todo el hospital lo sabe. Me está ofreciendo más que una carrera. Me está ofreciendo dignidad.

Independencia.

— Yo... no sé qué decir. — tartamudeo, la mente girando con las posibilidades.

— Di que lo pensarás. — sonrío, una sonrisa gentil. — La plaza es tuya si la quieres, Thea. Mereces un lugar donde tu talento pueda florecer sin... distracciones.

Su palabra, distracciones, flota en el aire. Lo sabe. Vio las miradas, los susurros. Vio la sombra de Brennan que me sigue por todas partes. La oferta no es solo una oferta de empleo. Es una salida. Una línea de vida lanzada a una mujer que se está ahogando.

Salgo de la sala de conferencias, las palabras del Dr. Hayes resonando en mi mente. Una salida. Una garantía. Una oportunidad de construir una vida para mis hijos lejos del dolor y los fantasmas que rondan la casa que deberíamos llamar hogar. La idea crea raíces, una pequeña y terca semilla de esperanza en un suelo de desesperación. Es con esa semilla floreciendo en mi pecho que entro al vestuario femenino para tomar mi bolso antes de salir.

El hospital, como siempre, tiene su propia red de información, más rápida y eficiente que cualquier sistema de fibra óptica. La noticia de la oferta del Dr. Hayes, o al menos del tiempo que pasé con él, parece haber viajado a la velocidad de la luz. O, más probablemente, a la velocidad del veneno de Amanda Meyers.

Me está esperando, apoyada en mi casillero, bloqueando mi camino. Sus brazos están cruzados, y la sonrisa en sus labios es todo menos amigable.

— O'Connell. — dice, el nombre sonando como suciedad en su boca.
— Pareces estar teniendo un buen día.

Ignoro la provocación, deteniéndome a una distancia segura.

— Permiso, Amanda. Necesito tomar mis cosas.

— Oh, claro. — se despega lentamente, pero no se aleja. En cambio, da un paso en mi dirección, la voz bajando a un susurro conspiratorio y malicioso. — Necesito saber. ¿Cuál es tu secreto?

Frunzo el ceño.

— ¿De qué hablas?

— Hablo de ti. Y de los hombres del alto escalafón de este hospital.
— su mirada recorre mi cuerpo, demorándose en mi vientre todavía casi plano. — Dime, Thea, ¿qué haces para caer en las gracias de ellos? Porque con el Dr. Arrogante, conseguiste de inmediato dos hijos. Y con Hayes...

Mi mano actúa antes de que mi cerebro pueda procesar.

El chasquido seco de mi bofetada en el rostro de Amanda resuena por el vestuario silencioso.

Su cabeza gira hacia un lado con el impacto. Un silencio chocado cae sobre la habitación, donde otras residentes se detuvieron para observar la escena. Amanda lentamente gira el rostro de vuelta hacia mí, los ojos muy abiertos de sorpresa, una marca roja comenzando a florecer en su mejilla pálida.

Mi mano hormiguea, la palma ardiendo. No soy una persona violenta. Nunca lo fui. Pero en el momento en que las palabras salieron de su boca, en el momento en que usó a mis hijos como un arma, algo primitivo y protector dentro de mí explotó. La mamá osa que no sabía que existía rugió.

— En primer lugar, — mi voz es un gruñido bajo, temblando no de miedo, sino de una furia pura y helada — no traigas a mis hijos a esta situación. Ni siquiera te atrevas a citarlos nuevamente con esa boca inmunda tuya.

Doy un paso adelante, y para mi asombro, es ella quien retrocede.

— Y, si quieres saber qué hago, Amanda, te lo diré. — continúo, cada palabra una bala. — Trabajo. Estudio hasta que me arden los ojos. Me dedico a mis pacientes con todo lo que tengo. No ando adulando a uno y otro por ahí, y ciertamente no tiro mis culpas sobre quien no lo merece. Soy muy buena en lo que hago. Es por eso que destaco. Intenta eso alguna vez.

La encaro, dejando que mis palabras floten en el aire como un veneno antídoto al suyo. El miedo en sus ojos es real ahora, mezclado con la humillación de haber sido expuesta frente a nuestras colegas.

Me doy vuelta, tomo mi bolso del banco y camino hacia la salida, sin mirar atrás. No necesito. Ya dije todo lo que necesitaba ser dicho.

Al pasar por la puerta, oigo la voz calmada y cortante de Liam.

Se acerca a Amanda, que todavía está parada, sosteniendo su mejilla. Le da un ligero toque con el dedo en el mentón, forzándola a mirarlo.

— Cierra la boca, Meyers. Tu veneno está goteando.

Entonces, Jake pasa junto a ella del otro lado, sacudiendo la cabeza con una sonrisa de desdén. Canturrea, lo suficientemente alto para que todos oigan:

— Podrías haberte ahorrado eso.

No me detengo. Sigo caminando por el pasillo, el sonido de la bofetada todavía resonando en mis oídos, la sensación de mi mano en su

piel todavía quemando. No me siento orgullosa. No me siento victoriosa. Solo siento el peso de otra batalla en una guerra que nunca quise pelear. Y la semilla de esperanza que la oferta de Alistair plantó comienza a parecer menos una flor y más una espina.

Paso los días siguientes con su propuesta girando en mi mente. Una elección imposible. Por un lado, el caos de Brennan, un amor que es una tormenta, lleno de dolor y de la más mínima, terca chispa de esperanza. Por el otro, la calma de David, un puerto seguro, una carrera brillante y la garantía de que mis hijos tendrán todo lo que necesitan. La cabeza de una médica versus el corazón de una mujer.

La decisión se forma lentamente, una conclusión dolorosa alcanzada después de noches de insomnio, mirando el techo de la habitación de huéspedes, oyendo el sonido distante de Brennan sirviéndose otro whisky. Necesito elegir a mis hijos. Necesito elegir la seguridad en lugar de la tormenta.

Es con ese peso en el corazón que la confrontación finalmente sucede.

Estoy en la cocina, preparando un té de jengibre para calmar el estómago, cuando Brennan entra. El olor a whisky lo precede, aunque sea de mañana.

— Has pasado mucho tiempo con Hayes. — dice, la voz ronca. No es una pregunta. Es una acusación.

— Es un cirujano visitante. Estoy aprendiendo de él. — respondo, manteniendo mi tono neutro, demasiado cansada para una pelea.

— ¿Aprendiendo? — se burla, abriendo la nevera y tomando una botella de agua. — ¿O planeando tu escape?

Mi sangre se hiela.

— ¿De qué hablas?

— Lo oí, Thea. La oferta. Mount Sinai. — se gira para encararme, y los celos en sus ojos son feos, posesivos. — ¿Realmente crees que te quiere por tu habilidad? Te quiere en su cama. Es por eso que te está ofreciendo el mundo.

La injusticia de la acusación me incendia. La forma en que reduce mi logro profesional a una transacción sexual, la misma forma en que redujo a nuestros hijos a un problema a resolver.

— ¿Cómo te atreves? ¿Cómo te atreves a insinuar que la única razón por la cual alguien me ofrecería una oportunidad es porque quiere acostarse conmigo?

— No fue eso lo que dije...

— ¡Fue exactamente eso lo que dijiste! ¿Y sabes qué? Aunque fuera verdad, al menos él habla conmigo. ¡Al menos me ve como una persona, no como un fantasma inconveniente en tu vida! — replico, la voz temblando de una rabia fría. — ¡Y tal vez eso sea mejor que estar en la cama de un hombre que apenas puede mirarme! ¡Un hombre que prefiere ahogarse en una botella de whisky a tener una sola conversación honesta!

— No traigas la bebida a esto.

— ¡Voy a traer lo que quiera a esto! — grito, la frustración de semanas explotando. — ¡Estoy aquí, Brennan! ¡Estoy intentando! ¡Estoy cargando a tus hijos, viviendo en tu casa, intentando construir algo a partir de las ruinas que creaste! ¡Y no me das nada! ¡Solo silencio y fantasmas! ¡No veo futuro para nosotros si no confías en mí! ¡Si no me dejas entrar!

— ¿Confiar en ti? — ríe, un sonido amargo. — ¿Cómo puedo confiar en ti cuando estás planeando abandonarme?

— ¿Y qué elección me diste!? — la pregunta es un grito de dolor. — ¡Estoy sola en esta casa contigo! Estoy sola en este matrimonio. ¡Y pronto, estaré sola con dos criaturas cuyo padre tiene miedo de amar!

La desesperación en mi voz, la verdad desnuda y cruda de mis palabras, parece finalmente romper algo dentro de él. Cruza la cocina, el rostro contorsionado en una agonía que refleja la mía.

— No te vayas. — implora, la voz ronca, tomando mi rostro entre sus manos grandes y temblorosas. — Thea, por favor. No me dejes.

La vulnerabilidad cruda en su voz me deshace. Lágrimas corren por mi rostro.

— Entonces dame un motivo para quedarme. — imploro de vuelta, mi voz un susurro roto. — Confía en mí. Cuéntame. ¿Qué te rompió tanto? Estamos juntos en esto, ¿recuerdas? En la alegría y en la tristeza, en la salud y en la enfermedad. ¿Recuerdas los votos que hicimos?

Cierra los ojos, una lágrima solitaria escapando.

— Hablar de esto no va a cambiar nada. No lo traerá de vuelta. Y no garantizará que nuestros hijos estén seguros.

— ¿De qué hablas?

Cuando abre los ojos, veo un dolor tan profundo, tan antiguo, que me parte el corazón.

— Si te cuento, vas a entender por qué no puedo... por qué tengo tanto miedo. Y tal vez te vayas de todas formas.

— Brennan, nada de lo que digas me hará amarte menos.

Suelta una risa amarga.

— No apuestes a eso.

Y es ahí cuando lo sé. Es el fin. La esperanza frágil que nutrí se extingue, dejando solo cenizas. El amor no es suficiente. No puede serlo.

Coloco mis manos sobre las tuyas, apartándolas gentilmente de mi rostro. La pérdida del contacto físico es un dolor agudo.

— Entonces se acabó, Brennan. — digo, la voz hueca, desprovista de toda emoción. — Porque no puedo construir una vida sobre un tal vez. Mis hijos no pueden.

Doy un paso atrás, la decisión solidificándose en mi corazón roto.

— Voy a aceptar la oferta del Dr. Hayes. — digo, y cada palabra es un clavo en el ataúd de lo que pudimos haber sido. — Y me voy a ir.

El pánico en los ojos de Brennan es lo más aterrador que he visto. Es la mirada de un hombre viendo su última tabla de salvación ser arrancada de sus manos.

— No. — sacude la cabeza, como si pudiera negar mis palabras. — No... no entiendes.

Y entonces, el dique finalmente se rompe. La escena se desacelera, el mundo volviéndose silencioso, excepto por su voz rota.

— Noah... — se atraganta con el nombre, y siento el peso de años de dolor no dicho en esa única palabra. — La condición que tenía... la MAV... no fue un accidente. No fue mala suerte. Fue genética. Vino de mí.

Lo miro fijamente, intentando procesar, intentando entender. Cada palabra de él cae lentamente, una gota de veneno a la vez.

— Mis genes están malditos, Thea. — continúa, las palabras saliendo en un torrente de dolor, sus ojos fijos en los míos, desnudos y aterrorizados. — Es una falla, una pequeña anomalía en un cromosoma que puede causar malformaciones vasculares. Un gen que heredé de mi familia y que le pasé a él. Y temo... Dios, temo que los bebés que cargas... que puedan tener el mismo fin que mi primer hijo.

La verdad. La verdad horrible y desgarradora. No es que no quiera a nuestros hijos. Es que está aterrorizado por ellos. Aterrorizado de amarlos y perderlos, aterrorizado de ser la causa de su dolor.

Sin pensar, me lanzo a sus brazos, envolviéndolo con toda la fuerza que tengo. Está temblando, sollozos secos y silenciosos sacudiendo su cuerpo. No me abraza de vuelta. Solo se queda ahí, roto, en mis brazos.

— No fue tu culpa. — susurro en su pecho, las lágrimas corriendo libremente por mi rostro. — ¿Me oíste? Brennan, no fue tu culpa. No lo maldijiste. No podías saber.

— Fue... — solloza, la palabra un harapo de sonido.

— No. — digo, con la firmeza de una médica, de una madre, de la mujer que lo ama. Me alejo lo suficiente para enfrentarlo, mis manos en su rostro. — No fue. Lo siento. — susurro contra su cabello. — Siento lo de Noah. Siento tu dolor. Pero la culpa no fue tuya, Brennan. No podías saber.

— Pero ¿y si nuestros bebés...?

— Hay exámenes. — digo suavemente. — Exámenes genéticos que pueden decirnos si hay riesgos. Podemos saber. Podemos prepararnos.

Se aleja ligeramente, mirándome con una mezcla de esperanza y terror.

— ¿Y si el resultado es positivo? ¿Y si uno de ellos... o los dos... heredaron el gen? Nunca me perdonarás. Y yo... nunca me perdonaré.

Sostengo su rostro entre mis manos, forzándolo a mirarme.

— Entonces lo enfrentaremos juntos. Y la medicina avanzó, Brennan. Lo que le pasó a Noah no tiene que pasarles a ellos. Y aunque suceda... prefiero haber amado y perdido que nunca haber amado.

Y finalmente entiendo. No está huyendo de mí. Está huyendo de sí mismo. De la culpa que lo ha estado devorando vivo por ocho años.

— Vamos a hacer el examen. — digo, la decisión tomada, la única decisión posible. — Juntos. Y no importa el resultado, vamos a enfrentarlo. Juntos. No voy a ningún lado.

Tomo su mano, entrelazando nuestros dedos. Su mano todavía tiembla, pero la aprieta de vuelta. Es un comienzo. Frágil. Aterrador. Pero es un comienzo. Y por primera vez en mucho tiempo, en medio de la geometría compleja de nuestro dolor, veo un atisbo de un camino a seguir. Un camino que tal vez, podamos recorrer juntos. Claude é uma IA e pode cometer erros. Por favor, verifique as respostas.

Capítulo VEINTIUNO

La noche se profundiza a nuestro alrededor, pero, esta vez, la oscuridad no parece una amenaza. Parece un santuario. Estamos sentados en el sofá, el mundo exterior reducido a un murmullo distante y a las luces de Nueva York que brillan como estrellas caídas del otro lado de la ventana. Está anidada a mi lado, la cabeza apoyada en mi hombro, su mano todavía entrelazada en la mía. El aire entre nosotros está quieto, lleno no de una tensión incómoda, sino de una vulnerabilidad frágil y aterradora.

Le di un pedazo de mi dolor. Un fragmento del fantasma que me acosa. Y en lugar de huir, se acercó. Me sostuvo como si no estuviera hecho de vidrio roto.

La observo, la forma en que la luz de la ciudad traza el contorno de su rostro. Trazo círculos perezosos en su espalda con mi pulgar, sintiendo la solidez reconfortante de su cuerpo contra el mío. Sé que la confesión parcial no es suficiente. Es una curita en una herida de bala. Para tener cualquier oportunidad de un futuro, para merecer a la mujer que está a mi lado, necesito darle la verdad desnuda y cruda. Necesita entender la anatomía completa de mi fantasma. Necesita saber en qué se está metiendo.

Debe sentir el cambio en mí, la decisión solidificándose en mis músculos. Thea se aleja un poco, lo suficiente para mirarme, los ojos verdes

llenos de una compasión que no siento que merezco.

— No necesitas, si no estás listo. — susurra, y su gentileza, la ausencia de exigencia, es lo que me rompe. Es lo que me da el valor que me faltó por ocho años.

— No. — mi voz es ronca, un sonido oxidado por la falta de uso. — Mereces saber. Ustedes... — mi mano libre va a su vientre, vacilando por un momento antes de posarse suavemente sobre la curva sutil. — Ustedes necesitan saber.

Me alejo, necesitando espacio para respirar, para desenterrar los huesos que mantuve enterrados por tanto tiempo. Me siento en el borde del sofá, los codos en las rodillas, la cabeza entre las manos. Thea no se mueve. Solo espera. Su paciencia es un regalo.

— Mi apartamento... — comienzo, las palabras difíciles de formar. — No era así. Tan... vacío. Tan... silencioso. Era un caos. Había bloques de construcción en el suelo, que pisaba en medio de la noche. Había dibujos de dinosaurios, hechos con crayones, pegados en la nevera. Había... música.

El recuerdo es tan vívido que duele.

— Claire, mi ex esposa, era violonchelista. Una musicista fenomenal. Su música llenaba cada rincón de este lugar. Llenaba cada rincón de mí. No era... este hombre. Este dios de hielo que todos ven en el hospital. Sonreía. Reía. Era un hombre que trabajaba, sí, pero trabajaba para poder volver a casa. Porque en casa... en casa estaba todo.

Respiro profundo, el dolor familiar alojándose en mi pecho.

— Y teníamos un hijo. — Decir las palabras en voz alta es como confesar un crimen. — Su nombre era Noah.

El nombre flota en el aire entre nosotros. Noah.

— Tenía cuatro años. Tenía mis ojos, pero el cabello despeinado de Claire. Y su risa. Dios, su risa... era el único sonido que importaba en el universo. Era el epicentro de mi vida. Todo era para él. Cada cirugía exitosa, cada avance... era para darle el mundo.

Cierro los ojos, y puedo verlo. Corriendo en mi dirección, los brazos abiertos. ¡Papá!

— A los cuatro años, fue diagnosticado. Una malformación arteriovenosa cerebral. Una MAV. — suelto una risa sin humor, un sonido roto. — La ironía. La ironía cósmica. Era mi especialidad. El mejor neurocirujano de la ciudad, tal vez del país, y mi propio hijo tenía la bomba de tiempo en el cerebro que desarmaba en extraños todos los días.

— Me volví obsesionado. — continuó, la voz baja. — Ya no era sobre ser padre. Era sobre ser médico. Veía su enfermedad no como una tragedia, sino como un fallo personal. Un desafío directo a mi identidad, a mi competencia. Me lancé a la investigación, a los exámenes, a las consultas. Y comencé a alejarme. Claire veía a un esposo desapareciendo, reemplazado por un médico frenético. Y Noah... Noah veía a un padre que siempre estaba cansado, siempre distraído.

Me levanto, incapaz de quedarme quieto. Comienzo a caminar por el pequeño espacio de la sala de Thea, la energía nerviosa consumiéndome.

— Y entonces vino el día. El día en que la vida me presentó una elección, y tomé la decisión equivocada. — Me detengo, mirando la ventana, pero no veo la ciudad. Veo el pasillo de un hospital, hace ocho años. — Estaba programado para una cirugía de altísimo riesgo. Remover un tumor cerebral de una joven violinista. Una cirugía que solo yo podía

hacer. Esa misma mañana, Noah despertó con un dolor de cabeza terrible. Claire me llamó al hospital. Todavía recuerdo su voz. El pánico. Me suplicó que me quedara en casa, que lleváramos a Noah a emergencias.

Mi propia voz falla. Trago en seco, forzando las palabras a salir.

— Y yo... la descarté. Con toda mi arrogancia médica. Le dije que probablemente era una migraña, un efecto secundario de la medicación. Yo, el gran especialista, hice un diagnóstico por teléfono porque no podía admitir que algo estuviera fuera de mi control. Le dije que no podía abandonar a mi paciente. Que la vida de otra persona estaba en mis manos.

Me giro hacia Thea, y el dolor en mis ojos debe ser lo más desnudo que ha visto.

— Hice una promesa. La promesa que me acosa todas las noches, en cada momento de silencio. Le dije: "Voy a casa tan pronto la cirugía termine. Lo prometo."

El silencio en la sala es pesado, lleno de fantasmas.

— Fui al hospital. Entré a la sala de cirugía. Y por ocho horas, fui Dios. Separé meticulosamente el tejido cerebral enfermo del sano. Salvé la vida de la chica. Salí de la sala exhausto, pero triunfante. Y entonces vi a la jefa de enfermería esperándome. Su rostro... estaba blanco. Fue cuando supe.

Me siento de nuevo, la fuerza abandonándome.

— Mientras estaba siendo Dios, mi celular estaba en el casillero, en modo silencioso. Diecisiete llamadas perdidas de Claire. Y una de emergencias. La MAV de Noah se había roto. Una hemorragia cerebral

masiva. Murió en la sala de emergencias... mientras su padre salvaba la vida de una extraña.

La confesión final. El peso aplastante de mi fallo, finalmente puesto en palabras.

— Claire... no me gritó. Fue peor. Me dejó algunos días después. Y sus últimas palabras... las susurró. Con un veneno tan frío que congeló mi sangre. Dijo: "Elegiste. Elegiste tu trabajo en lugar de tu hijo. Espero que la vida que salvaste haya valido la pena, porque costó la nuestra."

Finalmente miro a Thea. Está llorando. Lágrimas silenciosas corren por su rostro, pero no hace ningún sonido. No está llorando por sí misma. Está llorando por mí. Por el hombre que era. Por el niño que perdí.

— Y fue ahí que este hombre... — gesticulo hacia mí mismo — ...nació. La culpa no solo me rompió; me rehizo. El control se convirtió en mi religión. La precisión, mi salvación. Vacíé el apartamento de cada risa, de cada color, de cada recuerdo. Me lancé al trabajo, no por ambición, sino como penitencia. Cada vida que salvo es un intento fútil de pagar la deuda por la vida que no salvé.

Respiro profundo, la última pieza del rompecabezas cayendo en su lugar.

— Es por eso, Thea. Es por eso que entré en pánico. Cuando me dijiste que estabas embarazada, no vi un futuro. Vi una repetición de mi pasado. La idea de ser padre de nuevo no es una alegría; es la posibilidad de fallar de nuevo. Es el miedo de tener que hacer otra elección. Y mis genes... son una maldición. Se los pasé a Noah. Y puedo habérselos pasado a... ellos.

Las palabras terminan, dejando un vacío exhausto atrás. Revelé la parte más fea y rota de mi alma. Y ahora, espero. Espero que huya. Que me mire con el mismo desprecio con que me miro en el espejo todos los días.

Pero Thea no huye.

Se levanta lentamente, cruza el espacio entre nosotros y se arrodilla frente a mí. No dice No fue tu culpa inmediatamente. Hace algo más poderoso. Toma mi mano, la misma mano que sostuvo el bisturí aquel día, y la lleva a su vientre.

La presiona suavemente contra la curva sutil.

— Están aquí, Brennan. — susurra, la voz entrecortada. — Y no son Noah. Son ellos. Y tú ya no eres aquel hombre. Estás aquí. Con nosotros. Y esta vez, no tendrás que hacer una elección. Porque somos un equipo.

La sensación de su vientre bajo mi mano, el calor, la promesa de vida, combinada con la compasión en su voz... algo dentro de mí se rompe. Un sollozo seco y doloroso escapa de mi pecho. La primera lágrima en ocho años corre por mi rostro.

La seca con el pulgar.

— Vamos a enfrentar esto. Juntos.

Y, por primera vez desde que Claire se fue, creo. Después de mucho tiempo, la soledad aplastante que ha sido mi única compañera retrocede un poco, dando lugar a una chispa frágil y aterradora de esperanza.

Jalo a Thea a mis brazos y la aprieto contra mí. No va a dejarme. Me entiende por fin. Y amo tanto a esta mujer... y a los hijos que me va a dar que haría cualquier cosa en esta vida por ellos. Moriría por ellos.

Capítulo VEINTIDOS

Existe un tipo de silencio que no es pacífico. Es el silencio de una respiración contenida, el silencio de un mundo entero esperando por un veredicto. Es el silencio que tomó nuestro apartamento en los últimos ocho días. Ocho días. Ciento noventa y dos horas. Once mil quinientos veinte minutos. Cada uno de ellos una pequeña eternidad de "y si", un grano de arena en un reloj de arena que parece escurrir demasiado lento y demasiado rápido, todo al mismo tiempo.

La decisión de hacer la amniocentesis fue la parte fácil. Fue una elección lógica, la única posible. Una vez que Brennan abrió la puerta a su pasado, aunque solo fuera una rendija, no había forma de cerrarla de nuevo sin saber la verdad. Él, usando sus contactos, programó una cita para el día siguiente con la Dra. Anya Sharma, la jefa de Medicina Fetal del Lenox Hill. Su nombre era susurrado en los pasillos del New York-Presbyterian con una reverencia reservada a pocos, una mujer cuya reputación era casi tan legendaria como la de Brennan.

El procedimiento en sí fue una prueba. Me acosté en una camilla en una sala fría y silenciosa, el abdomen expuesto, cubierto por un gel helado que me hizo estremecer. Intenté ser la médica. Intenté distanciarme, observar la pantalla del ultrasonido con ojos clínicos, analizar la física de la

aguja fina y plateada mientras se acercaba a mi piel. Intenté pensar en términos de riesgo porcentual, de técnica estéril, de recolección de muestra. Pero no era la médica. Era la paciente. Era la madre. Y el miedo era una cosa viva y fría retorciéndose en mi estómago, un nudo de pánico que amenazaba con sofocarme. Cada célula de mi cuerpo gritaba en protesta contra aquella invasión, por más necesaria que fuera.

Brennan estaba a mi lado, una estatua de tensión. Sostenía mi mano. Su mano, generalmente tan firme y confiada, la misma mano que podía navegar por los delicados caminos de un cerebro humano, estaba húmeda de sudor, el agarre casi doloroso. No miraba la aguja, ni la pantalla. Me miraba a mí, los ojos castaños un pozo de terror mal disimulado, tan oscuros que parecían no tener fondo. Estaba de vuelta en aquel lugar oscuro de su pasado, reviviendo su peor pesadilla, y yo era lo único que lo anclaba al presente. En ese momento, no éramos el jefe y la residente, la pareja de un contrato. Éramos solo un hombre y una mujer, aterrorizados y terriblemente, innegablemente, juntos.

Tomará alrededor de una semana, nos dijo la Dra. Sharma después, la voz gentil, pero profesional, mientras me sentaba, todavía sintiendo la punzada fantasma en mi vientre. Dada la... situación, pediré urgencia en el laboratorio. Llamaremos tan pronto tengamos los resultados.

Y entonces, la espera comenzó. La verdadera tortura.

Brennan cambió. La rabia, la distancia fría, fueron reemplazadas por una aprensión silenciosa, una fragilidad que intentaba esconder, pero que yo veía en las pequeñas cosas. Dejó de beber. Las botellas de whisky permanecen intactas en el bar, acumulando una fina capa de polvo. Comenzó a volver a casa más temprano, antes del anochecer, como si tuviera miedo de ser atrapado por la oscuridad solo. Nos movíamos por la

cocina, preparando la cena en un silencio cargado, nuestros cuerpos una coreografía torpe de evasión. No hablábamos sobre el examen. No hablábamos sobre los bebés. La posibilidad flotaba sobre nosotros como una nube de tormenta, y ninguno de los dos se atrevía a nombrarla, por miedo a que eso la hiciera real. Hablar de eso era darle poder, darle forma. Entonces, permanecíamos en silencio, cada uno perdido en su propio laberinto de miedo.

Lo sorprendo observándome. A veces, cuando estoy leyendo en el sofá, sintiendo el peso del cansancio jalándome hacia el sueño, siento sus ojos en mí. Cuando miro hacia arriba, desvía la mirada rápidamente, fingiendo estar interesado en algo en la pared opuesta, pero lo veo. Veo la preocupación, el miedo. Pregunto si comí, si estoy descansando, las preguntas clínicas de un médico, pero la entonación es la de un hombre que se está ahogando.

Pero, contrario a lo que esperaba, Brennan no se alejó. La verdad, una vez liberada, pareció romper no solo su rabia, sino también las paredes que mantenía entre nosotros. El silencio en el apartamento cambió. Ya no era un silencio pesado y acusatorio; se convirtió en un silencio de respiración contenida, de vulnerabilidad compartida.

No me toca con el hambre desesperada de antes. Sus toques ahora son una forma de adoración silenciosa. Me jala a sus brazos cuando paso junto a él en la cocina, enterrando el rostro en mi cabello, inhalando profundamente como si yo fuera el aire mismo. Nos quedamos ahí, parados por largos minutos, en un abrazo silencioso. En esos momentos, sé adónde va su mente. Sé que está pensando en ellos, en los y si, en la frágil esperanza que flota sobre nosotros. Y en lugar de alejarse del miedo, se aferra a mí. Devuelvo el abrazo con cariño, intentando hablar de banalidades, un caso

en el hospital, el tráfico, el clima, cualquier cosa para mantener nuestras mentes lejos del elefante blanco que ocupa cada centímetro de la sala.

Por la noche, me hace el amor con una reverencia que me deja sin aliento. Cada beso es lento, cada caricia es deliberada. Es como si estuviera intentando recuperar el tiempo perdido, como si cada toque fuera una petición de perdón no dicha por su rechazo inicial. Adora mi cuerpo con una devoción casi religiosa, sus manos trazando las nuevas curvas, sus labios demorándose en mis senos adoloridos, en la suavidad creciente de mi vientre. Ya no hay furia, solo una ternura abrumadora, una necesidad de conexión tan profunda que me hace llorar silenciosamente en la oscuridad.

Y les habla.

Todas las mañanas, lo primero que hace al despertar es inclinarse y presionar los labios en mi vientre.

— Buenos días, bebés. — susurra contra mi piel, la voz ronca de sueño. — Papá está aquí.

Por la noche, antes de dormirnos, el ritual se repite. A veces, simplemente se queda dormido así, la cabeza en mis muslos, el oído presionado contra mi vientre, como si, en la quietud de la noche, pudiera oír el sonido milagroso de sus pequeños corazones latiendo. Como si estuviera vigilando, protegiéndolos del fantasma que teme que puedan heredar.

Estos momentos son el cielo y el infierno. Son increíblemente hermosos, la familia que nunca me permití soñar. Y son terriblemente aterradores, porque sé lo frágil que es todo esto. Sé que nuestra felicidad está suspendida, esperando por un resultado de laboratorio que puede destruir todo. Cada toque tierno, cada susurro a nuestros hijos, es una

apuesta contra el pasado. Y rezo, con cada fibra de mi ser, para que esta vez, ganemos.

Paso las noches en vela, incluso cuando el cansancio me implora dormir. La mano en mi vientre, sintiendo la firmeza creciente, imaginando las dos vidas allá adentro. La idea debería llenarme de pura alegría. En cambio, viene teñida de miedo. ¿Y si Brennan tiene razón? ¿Y si cargara una maldición, una falla en su propia composición, y la hubiera pasado? El amor que siento por ellos es tan feroz, tan protector, que la idea de que puedan sufrir me aterroriza.

Hoy es el octavo día. Por fin, el día del resultado.

La cita está programada para las cuatro de la tarde. El día en el hospital es la peor de las torturas. Cada minuto se arrastra. Cada pitido de un monitor parece contar los segundos hacia nuestro destino. No puedo concentrarme. Cometo un error estúpido al llenar un formulario, y Cora, mi nueva jefa de programa, me reprende gentilmente.

— O'Connell, tu cabeza está en las nubes. Ve a tomar un café.

Solo asiento, agradecida por la salida. Encuentro a Brennan cerca del elevador, esperándome, como acordamos. También parece haber envejecido diez años en los últimos ocho días. Hay nuevas líneas de tensión alrededor de su boca, y sus ojos parecen atormentados.

— ¿Lista? — pregunta, la voz ronca.

Sacudo la cabeza.

— No. Nunca lo estaré. Pero vamos de todas formas.

En el taxi camino al consultorio, el silencio es absoluto. Miro la ciudad pasando, a las personas viviendo sus vidas normales, riendo,

hablando por teléfono, comiendo un hot dog en la acera, ajenas a la bomba de tiempo que está a punto de explotar o ser desarmada en nuestras vidas. Mi mano encuentra el vientre, un gesto protector que se convirtió en mi reflejo. Brennan ve el movimiento. Extiende la mano y cubre la mía. Su mano es grande, cálida, envolviendo la mía completamente. No decimos nada. Pero el toque dice todo. Estamos juntos en esto. Y por un segundo, solo un segundo, respiro un poco más fácil.

La sala de espera de la Dra. Sharma es la misma, pero hoy las paredes azules parecen frías, amenazadoras. La espera es corta, pero cada segundo es una agonía. Finalmente, una enfermera nos llama.

Señor y señora Rhys-Donovan. Todavía no me acostumbro a mi apellido de casada. Todavía suena extraño y formal.

La Dra. Sharma nos espera en su oficina, el rostro calmado, profesional. Hay una carpeta delgada y de color crema en su escritorio. La respuesta a todas nuestras preguntas, el guion para el resto de nuestras vidas, está dentro de esa carpeta. Mi corazón martilla contra mis costillas, tan fuerte que estoy segura de que puede oírlo. Brennan está a mi lado, la postura rígida como acero, el rostro una máscara de piedra.

— Bien, tengo los resultados. — dice, abriendo la carpeta. El sonido del papel deslizándose parece un trueno en la sala silenciosa. — Hicimos el análisis genético completo, buscando específicamente la translocación de la que hablamos, Dr. Rhys-Donovan.

Hace una pausa, mirándonos por encima de sus gafas. Es el momento. El precipicio. Contengo la respiración. Siento la mano de Brennan encontrar la mía bajo la mesa, sus dedos helados.

— Tengo el placer de informar... — sonrío, una sonrisa sutil y al mismo tiempo cálida que parece derretir el hielo en mis venas — ...que ninguno de los fetos heredó la anomalía. Genéticamente, ambos son perfectamente saludables.

Sus palabras. Las oigo, pero mi cerebro se niega a procesarlas. Ninguno de ellos heredó. Saludables. Es como oír un idioma extranjero.

— Además, — continúa, volteando una página — el análisis cromosómico nos permitió confirmar el sexo, si quieren saber.

Todavía en shock, nos miramos y asentimos afirmativamente.

— Felicidades. Están esperando un niño y una niña.

Un niño. Y una niña.

El sonido que escapa de mí es un sollozo. Un solo sonido que carga el peso de semanas de miedo, de años de dolor. Las lágrimas que contuve por tanto tiempo finalmente vienen, un torrente de alivio tan abrumador que me deja sin aliento. Cubro mi rostro con las manos, el cuerpo temblando.

Y entonces miro a Brennan.

No está llorando. Está... roto. La máscara de control se hizo añicos completamente, dejando atrás el dolor crudo. Está con la cabeza entre las manos, los hombros anchos temblando con sollozos silenciosos y violentos. El gran e impasible Dr. Rhys-Donovan, desmoronándose frente a mí. Y mi corazón se rompe y se reconstruye, todo al mismo tiempo.

No sé cómo salimos del consultorio. No sé cómo llegamos a su auto. Lo siguiente que recuerdo es estar en su apartamento, el sol de la tarde entrando por la ventana agrietada, iluminando los pedazos de nosotros.

Y es ahí donde se arrodilla.

Justo ahí, en medio de la sala de estar, se desliza de mis brazos y se arrodilla frente a mi vientre. Sus manos, temblorosas, se posan suavemente a cada lado de mi vientre, como si tuvieran miedo de romper algo precioso.

— Hola. — susurra, la voz ronca y rota, hablando no para mí, sino para ellos. — Soy yo. Soy el papá de ustedes.

Las lágrimas corren por su rostro, cayendo en mis manos, que ahora cubren las suyas.

— Discúlpeme. — solloza, la frente presionada contra mi vientre. — Discúlpeme por no haberlos querido. Discúlpeme por haber tenido tanto miedo. El miedo... me cegó. Pero se acabó. Estoy aquí ahora. Y juro, voy a pasar el resto de mi vida amándolos. Voy a vivir por ustedes.

Se queda ahí, arrodillado, por un largo tiempo, solo respirando contra mí, como si pudiera inhalar la esencia misma de nuestros hijos. Y lloro con él, mis lágrimas mezclándose con las suyas, un bautismo de alivio y perdón.

Finalmente, se levanta. Sus ojos, rojos e hinchados, encuentran los míos. Y en ellos, veo la verdad. La verdad que mantuvo encerrada por tanto tiempo.

— Thea. — dice, el nombre un soplo de reverencia. Sostiene mi rostro entre las manos, los pulgares secando mis lágrimas. — Perdóname. Por favor, perdóname. Por cada palabra cruel, por cada momento de rechazo. No era sobre ti. Nunca lo fue. Era sobre mí. Sobre mi miedo. El miedo de que todo se repitiera. El miedo de que sufrieras lo mismo que Claire sufrió. Por mi culpa.

— No hay nada que perdonar. — susurro, mi voz entrecortada. — Entiendo.

— No, no entiendes. Pero quiero que entiendas. — dice, la vulnerabilidad en su voz rompiéndome. — Te amo, Thea. Creo que te amé desde el momento en que te vi por la ventana de aquel bar y por la forma en que me desafiaste. Te amo tanto que la idea de lastimarte, de hacerte pasar por el dolor que causé, es lo único que me aterroriza más que mis propios fantasmas.

— Yo también te amo. — las palabras salen, fáciles, verdaderas. — Es por eso que me quedé. Me quedé para luchar por ti. Por nosotros. Por ellos.

Nos besamos. Y no es un beso de pasión o necesidad. Es un beso de promesa. De un nuevo comienzo.

Cuando nos alejamos, un pensamiento me ocurre. Un círculo que necesita cerrarse.

— Noah. — susurro. — Estaba pensando... si nuestro niño... si pudiéramos llamarlo Noah.

El rostro de Brennan se contorsiona en un dolor suave. Me jala cerca, besando mi frente.

— Noah fue Noah. — dice, la voz llena de una tristeza tierna. — Mi primer hijo. Amado. Se quedó por poco tiempo, pero será único. Así como ellos. — mira mi vientre. — Merecen sus propios nombres. Sus propias historias.

Entiendo. Completamente. El pasado no debe ser borrado, pero tampoco debe ser recreado.

— Está bien. — digo, una sonrisa genuina formándose. — Siempre soñé que, si tenía un hijo, su nombre sería Kyle.

— Kyle. — Brennan prueba el nombre, una pequeña sonrisa tocando sus labios. — Me gusta. Kyle Rhys-Donovan. ¿Y la niña? — pregunta, los ojos brillando con una luz que no había visto hace mucho tiempo.

— Estaba pensando... Emma. En honor a cierta abuela que encontró un nuevo motivo para vivir.

Las lágrimas vuelven a los ojos de Brennan. Me jala a un abrazo apretado, enterrando el rostro en mi cabello.

— Estaría muy feliz con la idea. — susurra, la voz entrecortada. — Y Emma va a enloquecer cuando se entere.

Lo abrazo de vuelta, sintiendo el peso de ocho años de dolor finalmente comenzar a disiparse. El camino ante nosotros todavía es largo y lleno de cicatrices. Pero, ahora, ya no estamos mirando atrás. Estamos mirando adelante. Y el futuro no parece una amenaza.

Parece una promesa.

Capítulo VEINTICUATRO

La vida después del resultado es extrañamente... silenciosa. No el silencio pesado y opresivo de antes, sino una quietud pacífica, como la que se instala después de una tormenta devastadora. El aire está limpio. El suelo, aunque todavía cubierto de escombros de nuestro pasado, está firme bajo mis pies. Por primera vez en ocho años, no despierto con el grito de Noah atrapado en mi garganta. Despierto con el calor del cuerpo de Thea a mi lado, con su mano posada en su vientre, sobre nuestros hijos.

Un niño y una niña.

Paso algo de tiempo mirándola, a mi esposa, mi compañera. Aquella que tuvo paciencia, que esperó por mí. Que luchó por mí y por nuestros hijos. El amor que siento por ella es tan grande y ahora que todo ha sido dicho, que la vida está nuevamente en paz, puedo admitirlo sin reservas, incluso para mí mismo. Y que el tiempo que pasé lejos de ella, fueron los peores de mi vida, donde no admitía eso. Hoy puedo decirle cuánto la amo y nunca será suficiente.

La realidad sigue siendo una maravilla frágil. Paso horas solo observando a Thea, descubriendo el nuevo universo en que se ha convertido. Descubrí que tiene una manía linda de arrugar la nariz levemente cuando está profundamente concentrada en un libro, una

pequeña arruga formándose entre sus cejas. Descubrí también que el embarazo despertó en ella un deseo bizarro e inquebrantable por pepinillos con helado de menta, una combinación que come con una seriedad casi religiosa en medio de la noche. La curva creciente de su vientre, que ahora exhibe con un orgullo silencioso, es la prueba viva de que los milagros suceden. Y yo soy testigo de uno. Ella es la arquitectura de mi esperanza, el plano de un futuro que no me atrevía a imaginar. Todas las mañanas, me inclino y susurro contra su piel: Buenos días, Kyle. Buenos días, Emma. Los nombres, ahora familiares en mi lengua, son un ancla, atándome a esta nueva y aterradora realidad.

Y es por causa de esa esperanza, de ese amor abrumador que crece en mí cada día, que una verdad dolorosa comienza a tomar forma. Una verdad que no quiero enfrentar, pero que ya no puedo ignorar.

La encuentro en la sala de estar, acurrucada en el sofá con un libro de anatomía fetal. El embarazo la ha dejado con una somnolencia constante, pero su hambre de conocimiento es insaciable. Está usando una de mis sudaderas viejas, que está comenzando a quedarle ajustada en su vientre. La visión de ella, tan suave y tan feroz, me parte el corazón y lo reconstruye, todo al mismo tiempo.

Me siento en la mesa de centro, frente a ella.

—Necesitamos hablar. —digo, la voz más seria de lo que pretendía.

Thea marca la página con el dedo, los ojos verdes encontrándose, llenos de una cautela que todavía no ha desaparecido completamente.

—¿Qué pasó?

Respiro profundo, forzando las palabras a salir. Las palabras más difíciles que he dicho, porque van contra cada instinto posesivo en mi

cuerpo.

—La oferta. De Alistair Hayes. —El nombre de él tiene un sabor amargo en mi boca.— Creo que deberías aceptarla.

El shock en su rostro es inmediato. Se sienta, el libro olvidado en su regazo.

—¿Qué? Brennan, ¿de qué estás hablando? Pensé que...

—Sé lo que pensaste. —la interrumpo, suavemente.— Y fui un idiota egoísta. Esos celos... fueron mi miedo hablando. No mi amor por ti.

Me inclino hacia adelante, necesitando que entienda.

—Thea, lo que Hayes te está ofreciendo... es una oportunidad única. Dirigir un nuevo departamento, una beca de estudios, la oportunidad de convertirte en una leyenda en tu área. Es tu sueño. Es todo por lo que trabajaste.

—Pero mi sueño es aquí. —ella extiende una mano, que sostengo entre las mías.— Contigo.

—No. —digo, la palabra doliendo.— Tu sueño era estar en ese hospital. Y estás. Pero nunca serás solo la Dra. O'Connell allá. Siempre serás la Sra. Rhys-Donovan. La esposa del jefe. Cada logro tuyo será cuestionado. Cada éxito será atribuido a mí. Lo vi el día del incidente con Bailey. Vi el veneno en los ojos de Meyers. Te amo demasiado para ser la sombra que apaga tu luz.

—¡Eso no es justo! —protesta ella, la voz embargada.— No es justo que tenga que renunciar a ti para tener mi carrera.

—No estás renunciando a mí. —digo, aunque parece exactamente eso.— Estamos en Nueva York. Mount Sinai está a veinte minutos en

metro. Lo que estoy diciendo es que te apoyo. Incondicionalmente. Si la mejor oportunidad para ti, para tu futuro, está allá, entonces debes tomarla. Sin mí como un asterisco al lado de tu nombre.

Ella me mira fijamente, las lágrimas brillando en sus ojos.

—¿Estás seguro de esto?

—¡Totalmente! —digo, con más confianza de la que siento.

—¿Y tus celos? ¿Van a desaparecer como por arte de magia? —
bromea su nariz sorbiendo.

Río, más ligero.

—Sé que me amas. —digo, totalmente arrogante y convencido.— Si nuestro amor es real, —ahora estoy completamente serio nuevamente— sobrevivirá a hospitales diferentes. Pero tu sueño... no puede sobrevivir siendo constantemente sabotado por mi presencia.

Ella no responde. Solo se queda allí, procesando, el dolor y la lógica librando una batalla en su rostro. Beso su frente y la dejo con sus pensamientos, sabiendo que le he dado una elección imposible. Es el acto más altruista que he hecho. Y se siente como si estuviera arrancando mi propio corazón.

En los días que siguen, la tensión vuelve, pero es diferente. Es la tensión de una decisión no tomada. Y mientras Thea pondera sobre su futuro, sé que necesito confrontar mi pasado. La conversación con ella, la llegada inminente de Kyle y Emma, mi negativa a nombrar a nuestro hijo Noah... todo eso me mostró que no puedo ser el padre que ellos merecen mientras todavía esté encadenado al fantasma del padre que fallé en ser.

Necesito ver a Claire.

La idea me aterroriza. Ocho años de silencio. La última vez que la vi, sus ojos estaban vacíos, llenos de un desprecio que congeló mi alma. Pero lo necesito. Necesito el cierre. Necesito pedir el perdón que no merezco.

Encuentro su dirección en línea. Se casó de nuevo. Vive en una casa encantadora en Westchester. El trayecto en auto es un viaje por mi propio paisaje de culpa. Cada kilómetro me acerca a la confrontación que evité por casi una década.

Cuando me detengo frente a la casa, una construcción de estilo victoriano con un jardín bien cuidado, mi corazón está martillando. ¿Qué voy a decir? ¿Cómo se comienza a pedir perdón por haber destruido un universo?

Toco el timbre. Y la puerta se abre.

Ella está allí. Claire. Más vieja, por supuesto. Hay líneas finas alrededor de sus ojos, pero todavía son los mismos ojos azules gentiles. Su cabello, antes largo y salvaje, está cortado en un bob elegante. Ella no parece sorprendida de verme. Solo... cansada.

—Brennan. —dice, el nombre sonando extraño en su boca después de tanto tiempo.

—Claire. Yo... ¿puedo entrar?

Ella duda por un momento, luego asiente. Su casa es lo opuesto a mi apartamento. Es cálida, llena de color, de vida. Hay juguetes esparcidos por el suelo de la sala de estar. Un pequeño caballete con una pintura de dedo inacabada. Y fotos. Muchas fotos.

—¡Papá!

La voz de una niñita resuena por la casa, y mi corazón se detiene por un latido. Una pequeña figura de cabello rubio, de quizás cinco años, corre por la sala y se aferra a la pierna de Claire, mirándome con grandes ojos curiosos.

—Evie, querida, este es... un viejo amigo de mamá. —dice Claire, su mano posándose protectoramente en la cabeza de la niña.

Otra niñita, de cabellos oscuros y un poco más joven, aparece, sosteniendo un osito de peluche, y se esconde detrás de la madre, espiándome.

Dos hijas.

Dos hijas. Vivas. Una ola de alivio y un dolor agudo e inesperado me golpean al mismo tiempo. Alivio de que ella haya encontrado la felicidad, la familia que no pude darle. Y dolor, por la vida que perdimos, por el futuro que nunca tendremos.

—Son... hermosas, Claire. —logro decir, la voz ronca.

—Sí, lo son. —responde ella, una pequeña sonrisa triste en sus labios. — Evie tiene cinco años. Mia tiene tres.

Mis ojos se llenan de lágrimas, y no me importa que ella lo vea.

—¿Están sanas? —no puedo evitar que mi voz falle.

Ella asiente, entendiendo la verdadera pregunta detrás de mis palabras.

—Perfectamente sanas.

Nos quedamos allí, en medio de su sala de estar, el peso de ocho años de silencio entre nosotros.

—Lo siento. —las palabras salen, un susurro quebrado.— Claire, lo siento por todo. Fallé contigo. Y fallé con Noah. No hay un día en que no reviva ese momento, en que no desee haber tomado una decisión diferente.

Las lágrimas que ella contenía comienzan a correr por su rostro. Pero no son lágrimas de rabia. Son de una tristeza antigua.

—Lo sé. —dice, la voz embargada.— Te perdoné hace mucho tiempo, Brennan. Tuve que perdonar. Me di cuenta, cuando Evie nació, que no podría ser la madre que ella necesitaba si todavía estaba atrapada en la rabia y el dolor. Perdonarte fue lo que me permitió seguir adelante. Y entendí, que era hora... de que él partiera. No importa si estuvieras allí o no. Entendí que no eres un Dios. Extrañé tu apoyo, pero, tal vez, aunque estuvieras allí, el resultado hubiera sido el mismo. Y creo que tú también debes pensar de esa manera.

Ella se acerca y, para mi completo shock, me abraza. Es un abrazo rápido, un poco incómodo, pero es real. Es el cierre.

—Supe de tu matrimonio. Y del embarazo. —dice, alejándose.— Estoy feliz por ti, Brennan. De verdad. Deseo que seas feliz. Y que tus hijos sean muy, muy sanos.

Solo asiento, incapaz de hablar. La absolución que me dio no borra mi culpa, pero la hace... soportable. Por primera vez, parece que puedo respirar alrededor de ella.

Vuelvo al apartamento sintiéndome más ligero. Como si un peso que cargaba desde hace años hubiera sido finalmente retirado de mis hombros. Thea está en la cocina, y cuando me ve, la preocupación en su rostro es evidente.

—¿Dónde estabas?

—Fui a ver a Claire. —digo, y la confesión es fácil, natural.

Ella no dice nada. Solo me estudia, esperando.

—Necesitaba... cerrar esa puerta. Antes de poder abrir una nueva.
Contigo. Y con ellos.

—¿Y cómo fue?

Dejo que un largo suspiro me escape por la garganta.

—Temía que fuera más difícil de lo que realmente fue. Ella me perdonó...

—Ahora es tu turno de perdonarte, Brennan.

—Tal vez eso suceda... un día.

Me acerco a ella, tomándola en mis brazos y apoyo mi mentón en lo alto de su cabeza.

—Y hay otra cosa de la que necesito hablarte. Creo que no debemos seguir viviendo aquí. —digo, mirando alrededor de mi mausoleo de vidrio y acero.— Este lugar está lleno de fantasmas. Necesitamos un hogar. Una casa. Con un patio, para que los niños jueguen. Con muchas habitaciones, para llenar de risas.

Los ojos de Thea se llenan de lágrimas, y la sonrisa que me da es la cosa más hermosa que he visto.

—¡Me encantó esa idea! Si necesitas mi voto, ¡yo voto sí!

Los cambios siguen - Brennan

Algunas semanas después, la vida comienza a parecerse menos a un armisticio y más a una paz real. Una paz frágil, sí, pero algo que puedo tocar, sentir. Y esa paz tiene el rostro de Thea.

En una tarde de sábado, le digo que tengo una sorpresa. La desconfianza en sus ojos es inmediata, una sombra del pasado que todavía no se ha disipado completamente.

—¿Qué tipo de sorpresa? —pregunta ella, la mano protectoramente en su vientre, que ahora es una curva suave e innegable bajo su ropa.

—Del tipo bueno. —digo, acercándome con un pañuelo de seda.—
¿Confías en mí?

La pregunta flota en el aire. ¿Confías en mí? Es la pregunta que lo define todo. Ella me mira fijamente por un largo momento, una conversación silenciosa sucediendo en sus ojos verdes. Entonces, lentamente, asiente.

Amarro el pañuelo sobre sus ojos, el toque de mis dedos en su piel enviando un choque familiar por mis venas. La guío hasta el auto, su mano en la mía, una pequeña y confiada ancla. El trayecto está lleno de sus suposiciones divertidas.

—¿Es un picnic en Central Park? ¿Un viaje de fin de semana a los Hamptons? Por favor, dime que no es para otra consulta médica sorpresa.

Río, el sonido más fácil y ligero de lo que jamás fue.

—Paciencia, Dra. O'Connell.

Cuando detengo el auto, el silencio es diferente al de la ciudad. Es un silencio lleno del susurro de hojas y el canto distante de pájaros. La ayudo a

bajar del auto, mis manos en su cintura, y la guío por un camino de piedra.

—¿Dónde estamos, Brennan? —susurra ella, la voz llena de una curiosidad casi infantil.

La detengo, quedándome detrás de ella. Mis manos alcanzan el nudo del pañuelo de seda.

—En casa.

Deshago el nudo. El pañuelo cae, y la oigo contener la respiración.

Frente a nosotros está una casa. No una construcción moderna de vidrio y acero como mi apartamento, sino una casa de verdad, de ladrillos rojos cubiertos de hiedra, con ventanas grandes y una puerta de madera acogedora. Está situada en un terreno vasto, con robles antiguos y un césped verde que se extiende hasta un pequeño arroyo al fondo.

—Brennan... —susurra ella, la voz embargada.— ¿Qué es esto?

—Es nuestra. —digo, la voz ronca.— La compré.

Ella se voltea hacia mí, los ojos muy abiertos, una mezcla de shock e incredulidad en su rostro.

—Tú... ¿compraste una casa? ¿Sin decirme?

—Lo sé, debería haber hablado contigo. —digo rápidamente, sintiendo una pizca de pánico.— Y está bien si la odias. Podemos venderla, encontrar otra. Yo solo... con el embarazo, no quería que te estresaras con reformas, con obras. Mandé decorar y amueblar todo. Pero es temporal. Cuando nazcan los bebés, cuando tengas tiempo, podemos cambiar lo que quieras. Cada mueble, cada color de pared. Podemos incluso cambiar de casa, si así lo deseas. Yo solo quería... quería darnos un comienzo.

Antes de que pueda decir algo más, ella da un salto y se lanza a mis brazos, las piernas envolviendo mi cintura, los brazos apretados alrededor de mi cuello y tomo todo el cuidado para sostenerla firme, porque, por un instante, ella pareció olvidarse de que lleva dos bebés en su vientre ya prominente.

—¡Me encantó! —grita ella, la voz amortiguada contra mi hombro.— ¡Brennan, me encantó! ¡Es perfecta! ¡Nunca, ni en mis sueños más locos, imaginé tener algo tan hermoso!

La abrazo con fuerza, el alivio inundándome, su risa la música más dulce que he escuchado.

La llevo adentro, y con cada habitación que muestro, sus ojos se iluminan más. La sala de estar con una chimenea de piedra y sofás tan grandes y cómodos que suplican por noches de cine. La cocina espaciosa, con una isla de mármol y ventanas que dan al patio.

—Espera. —digo, deteniéndome al final de un pasillo.— Hay una sorpresa más.

La llevo por la escalera y abro la primera puerta del pasillo. Y su reacción me destruye y me reconstruye, todo al mismo tiempo.

Es el cuarto de los bebés.

Paredes pintadas en un tono suave de verde salvia, neutro y calmante. En el centro, dos cunas de madera blanca, una al lado de la otra. Un sillón mecedor suave en una esquina, un estante lleno de libros infantiles clásicos en el otro. Sobre las cunas, un móvil hecho a mano con pequeñas estrellas de fieltro y una luna creciente gira suavemente en la corriente de aire.

Thea se queda parada en la puerta, la mano cubriendo su boca. Un sollozo escapa de ella, un sonido que es pura y abrumadora emoción. Las lágrimas corren libremente por su rostro.

—Brennan... —susurra ella, entrando al cuarto como si estuviera pisando suelo sagrado. Pasa la mano sobre una de las cunas, la tela suave de la sábana.

Se voltea hacia mí, el rostro bañado en lágrimas, pero con la sonrisa más radiante que he visto.

—Gracias. —dice, la voz embargada.— Nadie nunca hizo nada así por mí. Yo... te amo. Nunca fui tan feliz en toda mi vida.

Sus palabras me golpean, rompiendo la última barrera que quedaba alrededor de mi corazón. Cruzo la sala y la atraigo hacia mis brazos.

—Yo también te amo, Thea. —digo, la confesión saliendo fácil, verdadera, la cosa más correcta que he dicho.— Te amo, y amo a nuestros hijos.

La sostengo con fuerza, enterrando mi rostro en su cabello.

—Perdóname. Por favor, perdóname por todo lo que dije. Por cada palabra cruel. Por haber tenido tanto miedo.

Ella se aleja lo suficiente para mirarme a los ojos, sus manos en mi rostro.

—Ya estás perdonado. —susurra ella.— Entendí tu miedo. No lo comprendo totalmente, no todavía. Pero lo sentí. Y está todo bien ahora. Estamos juntos en esto.

La beso, un beso salado de lágrimas, un beso que no es sobre pasión, sino sobre redención. Sobre la promesa de un futuro. Un futuro que, por

primera vez, no me aterroriza. Un futuro que apenas puedo esperar para comenzar, aquí, en esta casa, con esta mujer y con las dos pequeñas vidas que nos dieron una segunda oportunidad.

Capítulo VEINTITRES

Algunas semanas después, la vida comienza a parecerse menos a un armisticio y más a una paz real. Una paz frágil, sí, pero algo que puedo tocar, sentir. Y esa paz tiene el rostro de Thea.

En una tarde de sábado, le digo que tengo una sorpresa. La desconfianza en sus ojos es inmediata, una sombra del pasado que todavía no se ha disipado completamente.

—¿Qué tipo de sorpresa? —pregunta ella, la mano protectoramente en su vientre, que ahora es una curva suave e innegable bajo su ropa.

—Del tipo bueno. —digo, acercándome con un pañuelo de seda.—
¿Confías en mí?

La pregunta flota en el aire. ¿Confías en mí? Es la pregunta que lo define todo. Ella me mira fijamente por un largo momento, una conversación silenciosa sucediendo en sus ojos verdes. Entonces, lentamente, asiente.

Amarro el pañuelo sobre sus ojos, el toque de mis dedos en su piel enviando un choque familiar por mis venas. La guío hasta el auto, su mano en la mía, una pequeña y confiada ancla. El trayecto está lleno de sus suposiciones divertidas.

—¿Es un picnic en Central Park? ¿Un viaje de fin de semana a los Hamptons? Por favor, dime que no es para otra consulta médica sorpresa.

Río, el sonido más fácil y ligero de lo que jamás fue.

—Paciencia, Dra. O'Connell.

Cuando detengo el auto, el silencio es diferente al de la ciudad. Es un silencio lleno del susurro de hojas y el canto distante de pájaros. La ayudo a bajar del auto, mis manos en su cintura, y la guío por un camino de piedra.

—¿Dónde estamos, Brennan? —susurra ella, la voz llena de una curiosidad casi infantil.

La detengo, quedándome detrás de ella. Mis manos alcanzan el nudo del pañuelo de seda.

—En casa.

Deshago el nudo. El pañuelo cae, y la oigo contener la respiración.

Frente a nosotros está una casa. No una construcción moderna de vidrio y acero como mi apartamento, sino una casa de verdad, de ladrillos rojos cubiertos de hiedra, con ventanas grandes y una puerta de madera acogedora. Está situada en un terreno vasto, con robles antiguos y un césped verde que se extiende hasta un pequeño arroyo al fondo.

—Brennan... —susurra ella, la voz embargada.— ¿Qué es esto?

—Es nuestra. —digo, la voz ronca.— La compré.

Ella se voltea hacia mí, los ojos muy abiertos, una mezcla de shock e incredulidad en su rostro.

—Tú... ¿compraste una casa? ¿Sin decirme?

—Lo sé, debería haber hablado contigo. —digo rápidamente, sintiendo una pizca de pánico.— Y está bien si la odias. Podemos venderla, encontrar otra. Yo solo... con el embarazo, no quería que te estresaras con reformas, con obras. Mandé decorar y amueblar todo. Pero es temporal. Cuando nazcan los bebés, cuando tengas tiempo, podemos cambiar lo que quieras. Cada mueble, cada color de pared. Podemos incluso cambiar de casa, si así lo deseas. Yo solo quería... quería darnos un comienzo.

Antes de que pueda decir algo más, ella da un salto y se lanza a mis brazos, las piernas envolviendo mi cintura, los brazos apretados alrededor de mi cuello y tomo todo el cuidado para sostenerla firme, porque, por un instante, ella pareció olvidarse de que lleva dos bebés en su vientre ya prominente.

—¡Me encantó! —grita ella, la voz amortiguada contra mi hombro.— ¡Brennan, me encantó! ¡Es perfecta! ¡Nunca, ni en mis sueños más locos, imaginé tener algo tan hermoso!

La abrazo con fuerza, el alivio inundándome, su risa la música más dulce que he escuchado.

La llevo adentro, y con cada habitación que muestro, sus ojos se iluminan más. La sala de estar con una chimenea de piedra y sofás tan grandes y cómodos que suplican por noches de cine. La cocina espaciosa, con una isla de mármol y ventanas que dan al patio.

—Espera. —digo, deteniéndome al final de un pasillo.— Hay una sorpresa más.

La llevo por la escalera y abro la primera puerta del pasillo. Y su reacción me destruye y me reconstruye, todo al mismo tiempo.

Es el cuarto de los bebés.

Paredes pintadas en un tono suave de verde salvia, neutro y calmante. En el centro, dos cunas de madera blanca, una al lado de la otra. Un sillón mecedor suave en una esquina, un estante lleno de libros infantiles clásicos en el otro. Sobre las cunas, un móvil hecho a mano con pequeñas estrellas de fieltro y una luna creciente gira suavemente en la corriente de aire.

Thea se queda parada en la puerta, la mano cubriendo su boca. Un sollozo escapa de ella, un sonido que es pura y abrumadora emoción. Las lágrimas corren libremente por su rostro.

—Brennan... —susurra ella, entrando al cuarto como si estuviera pisando suelo sagrado. Pasa la mano sobre una de las cunas, la tela suave de la sábana.

Se voltea hacia mí, el rostro bañado en lágrimas, pero con la sonrisa más radiante que he visto.

—Gracias. —dice, la voz embargada.— Nadie nunca hizo nada así por mí. Yo... te amo. Nunca fui tan feliz en toda mi vida.

Sus palabras me golpean, rompiendo la última barrera que quedaba alrededor de mi corazón. Cruzo la sala y la atraigo hacia mis brazos.

—Yo también te amo, Thea. —digo, la confesión saliendo fácil, verdadera, la cosa más correcta que he dicho.— Te amo, y amo a nuestros hijos.

La sostengo con fuerza, enterrando mi rostro en su cabello.

—Perdóname. Por favor, perdóname por todo lo que dije. Por cada palabra cruel. Por haber tenido tanto miedo.

Ella se aleja lo suficiente para mirarme a los ojos, sus manos en mi rostro.

—Ya estás perdonado. —susurra ella.— Entendí tu miedo. No lo comprendo totalmente, no todavía. Pero lo sentí. Y está todo bien ahora. Estamos juntos en esto.

La beso, un beso salado de lágrimas, un beso que no es sobre pasión, sino sobre redención. Sobre la promesa de un futuro. Un futuro que, por primera vez, no me aterroriza. Un futuro que apenas puedo esperar para comenzar, aquí, en esta casa, con esta mujer y con las dos pequeñas vidas que nos dieron una segunda oportunidad.

Capítulo VINTICINCO

Thea finalmente aceptó la oferta de Hayes. La decisión fue suya, tomada con una fuerza silenciosa que admiré profundamente. No estaba huyendo de mí; estaba corriendo hacia su propio futuro. Mi lugar es a tu lado, me dijo una noche, su mano en la mía. Pero tienes razón. Siempre sería la señora Rhys-Donovan en el New York-Presbyterian Hospital. Mi carrera... necesito construirla en mis propios términos. Necesito saber que cada logro es mío.

El hecho de que trabaje en otro hospital, de que florezca bajo la tutoría de otro mentor, no nos separó. Al contrario, nos colocó en un terreno de igualdad. Y cada día que pasa, el amor y el respeto que siento por ella crecen, una fuerza que me reconstruye por dentro, ladrillo por ladrillo.

En una noche de viernes, la necesidad de hacer algo correcto, algo que no esté manchado por contratos o conveniencias, me consume. Quiero cortejarla. Quiero darle un pedazo de la normalidad que nos robamos el uno al otro.

La encuentro en el baño principal, el cuarto de huéspedes olvidado. El aire está caliente y perfumado con el olor de su champú de lavanda. Está de pie frente al espejo empañado, envuelta en una toalla blanca, secando su cabello rubio con otra. La luz suave del baño la envuelve en un brillo

etéreo, y por un momento, solo la observo desde la puerta, el corazón latiendo un poco más rápido.

Me acerco en silencio, mis brazos envolviendo su cintura por detrás. Ella da un pequeño salto de sorpresa, pero se relaja en mi toque cuando ve mi reflejo en el espejo junto al suyo. Descanso mi mentón en su hombro, inhalando el olor limpio de su piel.

—¿Tienes planes para esta noche, Dra. O'Connell? —susurro cerca de su oído.

Ella sonríe a nuestro reflejo.

—Aparentemente, tenía una cita con mi sofá y un tarro de helado. Pero siento que mis planes están a punto de ser cancelados.

—Correctamente. —digo, mis labios rozando su cuello.— ¿Qué tal si te pones ese vestido esmeralda que me vuelve loco, y me dejas llevarte a cenar?

Sus ojos se iluminan en el espejo, un brillo de pura alegría que calienta cada rincón frío dentro de mí.

—¿Cenar? ¿Tipo, en un lugar con manteles y cubiertos que hacen juego?

—Exactamente.

Ella se voltea en mis brazos, y la alegría en su rostro es contagiosa. Thea se pone de puntillas y distribuye una serie de besos rápidos por mi rostro, mis mejillas, mi nariz, mi frente.

—¡Me encantaría! ¡Sí! ¡Dame veinte minutos!

Ella salta fuera de mis brazos hacia el clóset, una explosión de energía feliz que deja un rastro de calor en su lugar.

Cuando sale, minutos después, el aire deja mis pulmones. El vestido esmeralda abraza sus curvas, la curva suave de su vientre ahora un pequeño y orgulloso recordatorio de nuestros hijos. Está deslumbrante.

—Espera. —digo, antes de que podamos salir.

Tomo la pequeña caja de terciopelo azul de mi bolsillo. Ella me mira, los ojos muy abiertos de sorpresa.

—¿Qué es esto?

—Solo... algo.

Abro la caja, revelando un collar de oro delicado. Colgando de él, una pequeña "T", incrustada con minúsculos diamantes que brillan bajo la luz.

—Brennan... es hermoso. —susurra ella, los dedos trazando la letra.

—Date la vuelta.

Ella lo hace, levantando el cabello para exponer la nuca. Mis dedos tiemblan un poco al cerrar el collar en su cuello. Me demoro, mis labios encontrando la piel cálida y suave justo debajo de su oreja. Ella se estremece.

Cuando se voltea hacia mí, sus ojos están oscuros de deseo. Nuestros labios se encuentran, y el beso no es suave. Es apasionado, hambriento, un recordatorio de todas las noches que pasamos separados. Mis manos se deslzan de sus hombros a su espalda, atrayéndola más cerca, hasta que no hay espacio entre nosotros. La cosa se pone caliente, rápido. Pronto mis manos encuentran su trasero redondo y lo aprieto, atrayéndola hacia mí, haciéndola sentir cuán duro estoy por ella. Loco por hacer el amor con ella.

Rompo el beso, jadeante.

—Sabes... el restaurante puede esperar.

Thea ríe, un sonido ronco y seductor, y se aleja de mí con un paso juguetón.

—Ah, no, señor. Prometiste cenar. Ya no puedes echarte atrás.

Finjo una expresión de profunda decepción.

—¿Ni siquiera si suplico?

—Ni siquiera.

—Está bien. —suspiro, dramáticamente.— Creo que puedo esperar algunas horas.

La sonrisa que me da es pura victoria, y sé, con una certeza abrumadora, que pasaría el resto de mi vida solo para ver esa sonrisa en su rostro.

El restaurante es una joya escondida en West Village, el tipo de lugar que parece haber sido arrancado de una calle parisina y trasplantado a Nueva York. Luz de velas danza sobre manteles de lino blanco, y el murmullo suave de conversaciones crea una intimidad acogedora. Elegí este lugar no por la ostentación, sino por la promesa de un momento robado del tiempo, solo nosotros dos.

Thea está radiante bajo la luz dorada. El vestido esmeralda abraza su cuerpo de una forma que me hace recordar, dolorosamente, todas las razones por las que perdí el control aquella primera noche. Pero es el brillo en sus ojos, la forma en que sonríe al leer el menú, lo que realmente me deshace.

—Entonces —comienzo, tomando un sorbo de vino mientras ella bebe su agua con gas y limón— cuéntame. ¿Cómo fue tu primer mes en Mount Sinai?

Su rostro se ilumina instantáneamente, de la forma en que solo sucede cuando hablamos de algo que amamos de verdad.

—Brennan, es increíble. —se inclina hacia adelante, los ojos brillando.— El Dr. Hayes... no solo me incluye en las cirugías. Me deja pensar, cuestionar, proponer soluciones. Ayer, durante un caso de espina bífida fetal, me preguntó mi opinión sobre el abordaje. Mi opinión. Y cuando sugerí una modificación en la técnica, no solo escuchó. La implementó.

Veo la pasión en cada palabra, cada gesto animado de sus manos. Y siento una punzada de celos, sí, pero es superada por algo mayor. Orgullo. Un orgullo feroz y protector.

—Él reconoce tu talento. —digo, sonriendo.— Como debería.

—Y el equipo... —continúa ella, tomando un pedazo de pan.— Me tratan como... como una médica. No como una novata afortunada o la esposa de alguien. Solo como la Dra. O'Connell.

La alegría en su voz, la forma en que finalmente se siente vista, me llena de una satisfacción profunda. Tomé la decisión correcta al animarla a aceptar la oferta.

—Mereces esto, Thea. Cada pedazo de esto.

Ella extiende la mano sobre la mesa, entrelazando sus dedos en los míos.

—Gracias. Por empujarme hacia allá. Sé que no fue fácil para ti.

—Fue lo más difícil que he hecho. —admito, besando sus dedos.—
Pero verte así... feliz, realizada. Valió cada segundo de tortura autoinfligida.

Ella ríe, ese sonido cristalino que se ha convertido en mi música favorita.

Los platos principales llegan, y hablamos de todo y nada. Sobre el paciente difícil que tuvo esta semana. Sobre la nueva técnica que estoy desarrollando. Sobre la forma en que el embarazo está transformando su cuerpo de maneras que la fascinan y aterrorizan al mismo tiempo.

—Están cada vez más activos. —dice ella, la mano yendo instintivamente a su vientre.— A veces, por la noche, siento pequeños puñetazos. Como si estuvieran peleando por espacio.

La imagen me hace sonreír.

—Kyle y Emma, ya compitiendo por la atención de mamá.

—Y de papá. —corrige ella, los ojos suaves.

El peso de esas palabras, la realidad que cargan, todavía me sorprende a veces. Papá. Voy a ser padre nuevamente. Y esta vez, no voy a fallar.

Después del postre, un tiramisú que compartimos, sus tenedoradas siempre más grandes que las mías, me levanto y extendiendo la mano.

—Baila conmigo.

Ella parpadea, sorprendida.

—¿Aquí? ¿Ahora? No hay música sonando, Brennan.

—No se necesita.

Ella duda solo un segundo antes de poner su mano en la mía. La atraigo cerca, allí mismo entre las mesas, creando nuestro propio espacio en

medio del restaurante discreto. Algunas miradas curiosas se vuelven hacia nosotros, pero no me importa. El mundo entero puede desaparecer. Solo existe ella.

Envuelvo un brazo en su cintura, la otra mano sosteniendo la suya contra mi pecho. Comenzamos a movernos, lento, un balanceo suave sin ritmo más allá del nuestro propio.

—Estás loco. —susurra ella, pero está sonriendo.

—Completamente. —concuero, inclinándome para que nuestros rostros queden a centímetros de distancia.— Y la culpa es toda tuya.

Giramos suavemente, perdidos el uno en el otro. Puedo sentir la curva de su vientre presionada contra mí, esa vida que creamos juntos. Mi corazón está tan lleno que parece que va a explotar.

—Thea. —susurro, mis labios rozando su frente.

—¿Hm?

—Te amo. Tanto que a veces no puedo respirar.

Ella se aleja lo suficiente para mirarme, los ojos verdes brillando con lágrimas no derramadas.

—Yo también te amo. Más de lo que pensé que era posible amar a alguien.

Dejamos de movernos. El momento se cristaliza, perfecto y frágil. Y sé que es ahora. Es este momento.

Mi corazón se dispara, latiendo descontroladamente, más nervioso que antes de cualquier cirugía. Suelto a Thea suavemente y me deslizo de

nuestra posición, descendiendo hasta quedar de rodillas a su lado, justo allí, en medio del restaurante.

Las conversaciones a nuestro alrededor mueren. El silencio es roto solo por el sonido suave de una música clásica que alguien puso a sonar. Todos los ojos están en nosotros, pero yo solo la veo a ella.

—Brennan, ¿qué estás haciendo? —susurra ella, los ojos muy abiertos, la mano libre volando para cubrir su boca.

Tomo la pequeña caja de terciopelo de mi bolsillo con manos que tiemblan ligeramente. Sostengo su mano, besando sus dedos uno por uno, sintiendo el pulso acelerado en su muñeca.

—Thea O'Connell. —comienzo, y mi voz falla. Respiro profundo, forzando las palabras a salir.— Fui un tonto. Fui un cobarde. Cuando me dijiste que estabas embarazada, en lugar de celebrar el milagro que me dabas, te rechacé. Te lastimé de formas en que pasaré el resto de mi vida intentando compensar.

Las lágrimas comienzan a correr por su rostro, silenciosas, brillando a la luz de las velas.

—Podrías haberme dejado. Dios sabe que te di razones suficientes. Pero te quedaste. Luchaste por mí cuando yo no podía luchar por mí mismo. Me mostraste que el amor no es solo sobre los días fáciles. Es sobre sostener la mano del otro en la oscuridad y creer que la luz volverá.

Abro la caja, revelando un anillo de diamante solitario, simple y elegante. La luz de las velas captura las facetas, haciéndolo brillar como una pequeña estrella.

—Tenemos un certificado de matrimonio en un cajón en casa. —
continúo, mi voz ronca de emoción.— Pero aquello no fue un matrimonio.
No un matrimonio a la altura de la mujer extraordinaria que eres. Fue un
acuerdo. Un contrato de supervivencia. Pero lo que siento por ti... —mi voz
se quiebra.— Lo que siento por ti no cabe en ningún contrato.

Thea solloza, la mano todavía sobre su boca, las lágrimas cayendo
libremente ahora.

—Entonces te estoy pidiendo, de verdad esta vez, frente a todas estas
personas, frente a Dios, al universo, a quien esté escuchando. —sostengo su
mano con más fuerza.— Thea, mi amor, mi luz, mi salvación. ¿Quieres
casarte conmigo? No por conveniencia, no por nuestros hijos, sino porque
me amas y yo te amo de una forma que me asusta y me completa al mismo
tiempo. ¿Quieres construir una vida conmigo, con Kyle y Emma? ¿Quieres
ser mi compañera, mi mejor amiga, mi amor, para siempre?

El silencio en el restaurante es absoluto. Todos contienen la
respiración, esperando.

Y entonces ella ríe. Un sonido nervioso, burbujeante, empapado de
lágrimas. Limpia su rostro con la mano libre, sonriendo a través de las
lágrimas.

—Ya estamos casados, idiota. —dice ella, la voz temblando.

—Lo sé. —respondo, mi propia sonrisa tan amplia que duele, mis
propios ojos ardiendo con lágrimas no derramadas.— Pero quiero oírte
decir sí de nuevo. Necesito oírte decir sí cuando no hay miedo, ni
desesperación, ni obligación. Solo amor.

Ella cae de rodillas frente a mí, sin importarle el vestido caro o las
miradas curiosas. Sus manos encuentran mi rostro, los pulgares limpiando

las lágrimas que finalmente escapan.

—Sí. —susurra ella, y luego más alto.— Sí. Brennan Rhys-Donovan, sí. Mil veces, sí. En cada vida, en cada versión de nosotros, la respuesta siempre será sí.

Deslizo el anillo en su dedo. Se ajusta perfectamente, como si hubiera sido hecho para estar allí. Y entonces nos besamos, justo allí en el piso del restaurante, rodeados por aplausos y silbidos de extraños que acaban de presenciar no solo una propuesta de matrimonio, sino una redención.

El beso es salado de lágrimas, profundo y lleno de promesas. Promesas de días mejores, de noches compartidas, de una familia que construiremos juntos sobre las cenizas del pasado. Cuando finalmente nos separamos, nuestras frentes permanecen pegadas, nuestras respiraciones mezclándose.

—Te amo. —susurro.— Te amo tanto.

—Yo también te amo. —responde ella.— Para siempre.

Y allí, arrodillados en medio de un restaurante en Nueva York, con nuestros hijos creciendo entre nosotros, finalmente entiendo. El amor no es sobre no tener miedo. Es sobre tener miedo y elegir amar de todos modos. Es sobre arrodillarse, desnudo y vulnerable, y confiar en que la persona frente a ti no te va a destruir.

Es sobre decir sí.

Y dijimos sí.

De nuevo.

El pedido - Brennan

Thea finalmente aceptó la oferta de Hayes. La decisión fue suya, tomada con una fuerza silenciosa que admiré profundamente. No estaba huyendo de mí; estaba corriendo hacia su propio futuro. Mi lugar es a tu lado, me dijo una noche, su mano en la mía. Pero tienes razón. Siempre sería la señora Rhys-Donovan en el New York-Presbyterian Hospital. Mi carrera... necesito construirla en mis propios términos. Necesito saber que cada logro es mío.

El hecho de que trabaje en otro hospital, de que florezca bajo la tutoría de otro mentor, no nos separó. Al contrario, nos colocó en un terreno de igualdad. Y cada día que pasa, el amor y el respeto que siento por ella crecen, una fuerza que me reconstruye por dentro, ladrillo por ladrillo.

En una noche de viernes, la necesidad de hacer algo correcto, algo que no esté manchado por contratos o conveniencias, me consume. Quiero cortejarla. Quiero darle un pedazo de la normalidad que nos robamos el uno al otro.

La encuentro en el baño principal, el cuarto de huéspedes olvidado. El aire está caliente y perfumado con el olor de su champú de lavanda. Está de pie frente al espejo empañado, envuelta en una toalla blanca, secando su cabello rubio con otra. La luz suave del baño la envuelve en un brillo etéreo, y por un momento, solo la observo desde la puerta, el corazón latiendo un poco más rápido.

Me acerco en silencio, mis brazos envolviendo su cintura por detrás. Ella da un pequeño salto de sorpresa, pero se relaja en mi toque cuando ve mi reflejo en el espejo junto al suyo. Descanso mi mentón en su hombro, inhalando el olor limpio de su piel.

—¿Tienes planes para esta noche, Dra. O'Connell? —susurro cerca de su oído.

Ella sonríe a nuestro reflejo.

—Aparentemente, tenía una cita con mi sofá y un tarro de helado. Pero siento que mis planes están a punto de ser cancelados.

—Correctamente. —digo, mis labios rozando su cuello.— ¿Qué tal si te pones ese vestido esmeralda que me vuelve loco, y me dejas llevarte a cenar?

Sus ojos se iluminan en el espejo, un brillo de pura alegría que calienta cada rincón frío dentro de mí.

—¿Cenar? ¿Tipo, en un lugar con manteles y cubiertos que hacen juego?

—Exactamente.

Ella se voltea en mis brazos, y la alegría en su rostro es contagiosa. Thea se pone de puntillas y distribuye una serie de besos rápidos por mi rostro, mis mejillas, mi nariz, mi frente.

—¡Me encantaría! ¡Sí! ¡Dame veinte minutos!

Ella salta fuera de mis brazos hacia el clóset, una explosión de energía feliz que deja un rastro de calor en su lugar.

Cuando sale, minutos después, el aire deja mis pulmones. El vestido esmeralda abraza sus curvas, la curva suave de su vientre ahora un pequeño y orgulloso recordatorio de nuestros hijos. Está deslumbrante.

—Espera. —digo, antes de que podamos salir.

Tomo la pequeña caja de terciopelo azul de mi bolsillo. Ella me mira, los ojos muy abiertos de sorpresa.

—¿Qué es esto?

—Solo... algo.

Abro la caja, revelando un collar de oro delicado. Colgando de él, una pequeña "T", incrustada con minúsculos diamantes que brillan bajo la luz.

—Brennan... es hermoso. —susurra ella, los dedos trazando la letra.

—Date la vuelta.

Ella lo hace, levantando el cabello para exponer la nuca. Mis dedos tiemblan un poco al cerrar el collar en su cuello. Me demoro, mis labios encontrando la piel cálida y suave justo debajo de su oreja. Ella se estremece.

Cuando se voltea hacia mí, sus ojos están oscuros de deseo. Nuestros labios se encuentran, y el beso no es suave. Es apasionado, hambriento, un recordatorio de todas las noches que pasamos separados. Mis manos se deslzan de sus hombros a su espalda, atrayéndola más cerca, hasta que no hay espacio entre nosotros. La cosa se pone caliente, rápido. Pronto mis manos encuentran su trasero redondo y lo aprieto, atrayéndola hacia mí, haciéndola sentir cuán duro estoy por ella. Loco por hacer el amor con ella.

Rompo el beso, jadeante.

—Sabes... el restaurante puede esperar.

Thea ríe, un sonido ronco y seductor, y se aleja de mí con un paso juguetón.

—Ah, no, señor. Prometiste cenar. Ya no puedes echarte atrás.

Finjo una expresión de profunda decepción.

—¿Ni siquiera si suplico?

—Ni siquiera.

—Está bien. —suspiro, dramáticamente.— Creo que puedo esperar algunas horas.

La sonrisa que me da es pura victoria, y sé, con una certeza abrumadora, que pasaría el resto de mi vida solo para ver esa sonrisa en su rostro.

El restaurante es una joya escondida en West Village, el tipo de lugar que parece haber sido arrancado de una calle parisina y trasplantado a Nueva York. Luz de velas danza sobre manteles de lino blanco, y el murmullo suave de conversaciones crea una intimidad acogedora. Elegí este lugar no por la ostentación, sino por la promesa de un momento robado del tiempo, solo nosotros dos.

Thea está radiante bajo la luz dorada. El vestido esmeralda abraza su cuerpo de una forma que me hace recordar, dolorosamente, todas las razones por las que perdí el control aquella primera noche. Pero es el brillo en sus ojos, la forma en que sonríe al leer el menú, lo que realmente me deshace.

—Entonces —comienzo, tomando un sorbo de vino mientras ella bebe su agua con gas y limón— cuéntame. ¿Cómo fue tu primer mes en Mount Sinai?

Su rostro se ilumina instantáneamente, de la forma en que solo sucede cuando hablamos de algo que amamos de verdad.

—Brennan, es increíble. —se inclina hacia adelante, los ojos brillando.— El Dr. Hayes... no solo me incluye en las cirugías. Me deja pensar, cuestionar, proponer soluciones. Ayer, durante un caso de espina bífida fetal, me preguntó mi opinión sobre el abordaje. Mi opinión. Y cuando sugerí una modificación en la técnica, no solo escuchó. La implementó.

Veo la pasión en cada palabra, cada gesto animado de sus manos. Y siento una punzada de celos, sí, pero es superada por algo mayor. Orgullo. Un orgullo feroz y protector.

—Él reconoce tu talento. —digo, sonriendo.— Como debería.

—Y el equipo... —continúa ella, tomando un pedazo de pan.— Me tratan como... como una médica. No como una novata afortunada o la esposa de alguien. Solo como la Dra. O'Connell.

La alegría en su voz, la forma en que finalmente se siente vista, me llena de una satisfacción profunda. Tomé la decisión correcta al animarla a aceptar la oferta.

—Mereces esto, Thea. Cada pedazo de esto.

Ella extiende la mano sobre la mesa, entrelazando sus dedos en los míos.

—Gracias. Por empujarme hacia allá. Sé que no fue fácil para ti.

—Fue lo más difícil que he hecho. —admito, besando sus dedos.— Pero verte así... feliz, realizada. Valió cada segundo de tortura autoinfligida.

Ella ríe, ese sonido cristalino que se ha convertido en mi música favorita.

Los platos principales llegan, y hablamos de todo y nada. Sobre el paciente difícil que tuvo esta semana. Sobre la nueva técnica que estoy desarrollando. Sobre la forma en que el embarazo está transformando su cuerpo de maneras que la fascinan y aterrorizan al mismo tiempo.

—Están cada vez más activos. —dice ella, la mano yendo instintivamente a su vientre.— A veces, por la noche, siento pequeños puñetazos. Como si estuvieran peleando por espacio.

La imagen me hace sonreír.

—Kyle y Emma, ya compitiendo por la atención de mamá.

—Y de papá. —corrige ella, los ojos suaves.

El peso de esas palabras, la realidad que cargan, todavía me sorprende a veces. Papá. Voy a ser padre nuevamente. Y esta vez, no voy a fallar.

Después del postre, un tiramisú que compartimos, sus tenedoradas siempre más grandes que las mías, me levanto y extendiendo la mano.

—Baila conmigo.

Ella parpadea, sorprendida.

—¿Aquí? ¿Ahora? No hay música sonando, Brennan.

—No se necesita.

Ella duda solo un segundo antes de poner su mano en la mía. La atraigo cerca, allí mismo entre las mesas, creando nuestro propio espacio en medio del restaurante discreto. Algunas miradas curiosas se vuelven hacia nosotros, pero no me importa. El mundo entero puede desaparecer. Solo existe ella.

Envuelvo un brazo en su cintura, la otra mano sosteniendo la suya contra mi pecho. Comenzamos a movernos, lento, un balanceo suave sin ritmo más allá del nuestro propio.

—Estás loco. —susurra ella, pero está sonriendo.

—Completamente. —conuerdo, inclinándome para que nuestros rostros queden a centímetros de distancia.— Y la culpa es toda tuya.

Giramos suavemente, perdidos el uno en el otro. Puedo sentir la curva de su vientre presionada contra mí, esa vida que creamos juntos. Mi corazón está tan lleno que parece que va a explotar.

—Thea. —susurro, mis labios rozando su frente.

—¿Hm?

—Te amo. Tanto que a veces no puedo respirar.

Ella se aleja lo suficiente para mirarme, los ojos verdes brillando con lágrimas no derramadas.

—Yo también te amo. Más de lo que pensé que era posible amar a alguien.

Dejamos de movernos. El momento se cristaliza, perfecto y frágil. Y sé que es ahora. Es este momento.

Mi corazón se dispara, latiendo descontroladamente, más nervioso que antes de cualquier cirugía. Suelto a Thea suavemente y me deslizo de nuestra posición, descendiendo hasta quedar de rodillas a su lado, justo allí, en medio del restaurante.

Las conversaciones a nuestro alrededor mueren. El silencio es roto solo por el sonido suave de una música clásica que alguien puso a sonar.

Todos los ojos están en nosotros, pero yo solo la veo a ella.

—Brennan, ¿qué estás haciendo? —susurra ella, los ojos muy abiertos, la mano libre volando para cubrir su boca.

Tomo la pequeña caja de terciopelo de mi bolsillo con manos que tiemblan ligeramente. Sostengo su mano, besando sus dedos uno por uno, sintiendo el pulso acelerado en su muñeca.

—Thea O'Connell. —comienzo, y mi voz falla. Respiro profundo, forzando las palabras a salir.— Fui un tonto. Fui un cobarde. Cuando me dijiste que estabas embarazada, en lugar de celebrar el milagro que me dabas, te rechacé. Te lastimé de formas en que pasaré el resto de mi vida intentando compensar.

Las lágrimas comienzan a correr por su rostro, silenciosas, brillando a la luz de las velas.

—Podrías haberme dejado. Dios sabe que te di razones suficientes. Pero te quedaste. Luchaste por mí cuando yo no podía luchar por mí mismo. Me mostraste que el amor no es solo sobre los días fáciles. Es sobre sostener la mano del otro en la oscuridad y creer que la luz volverá.

Abro la caja, revelando un anillo de diamante solitario, simple y elegante. La luz de las velas captura las facetas, haciéndolo brillar como una pequeña estrella.

—Tenemos un certificado de matrimonio en un cajón en casa. —continúo, mi voz ronca de emoción.— Pero aquello no fue un matrimonio. No un matrimonio a la altura de la mujer extraordinaria que eres. Fue un acuerdo. Un contrato de supervivencia. Pero lo que siento por ti... —mi voz se quiebra.— Lo que siento por ti no cabe en ningún contrato.

Thea solloza, la mano todavía sobre su boca, las lágrimas cayendo libremente ahora.

—Entonces te estoy pidiendo, de verdad esta vez, frente a todas estas personas, frente a Dios, al universo, a quien esté escuchando. —sostengo su mano con más fuerza.— Thea, mi amor, mi luz, mi salvación. ¿Quieres casarte conmigo? No por conveniencia, no por nuestros hijos, sino porque me amas y yo te amo de una forma que me asusta y me completa al mismo tiempo. ¿Quieres construir una vida conmigo, con Kyle y Emma? ¿Quieres ser mi compañera, mi mejor amiga, mi amor, para siempre?

El silencio en el restaurante es absoluto. Todos contienen la respiración, esperando.

Y entonces ella ríe. Un sonido nervioso, burbujeante, empapado de lágrimas. Limpia su rostro con la mano libre, sonriendo a través de las lágrimas.

—Ya estamos casados, idiota. —dice ella, la voz temblando.

—Lo sé. —respondo, mi propia sonrisa tan amplia que duele, mis propios ojos ardiendo con lágrimas no derramadas.— Pero quiero oírte decir sí de nuevo. Necesito oírte decir sí cuando no hay miedo, ni desesperación, ni obligación. Solo amor.

Ella cae de rodillas frente a mí, sin importarle el vestido caro o las miradas curiosas. Sus manos encuentran mi rostro, los pulgares limpiando las lágrimas que finalmente escapan.

—Sí. —susurra ella, y luego más alto.— Sí. Brennan Rhys-Donovan, sí. Mil veces, sí. En cada vida, en cada versión de nosotros, la respuesta siempre será sí.

Deslizo el anillo en su dedo. Se ajusta perfectamente, como si hubiera sido hecho para estar allí. Y entonces nos besamos, justo allí en el piso del restaurante, rodeados por aplausos y silbidos de extraños que acaban de presenciar no solo una propuesta de matrimonio, sino una redención.

El beso es salado de lágrimas, profundo y lleno de promesas. Promesas de días mejores, de noches compartidas, de una familia que construiremos juntos sobre las cenizas del pasado. Cuando finalmente nos separamos, nuestras frentes permanecen pegadas, nuestras respiraciones mezclándose.

—Te amo. —susurro.— Te amo tanto.

—Yo también te amo. —responde ella.— Para siempre.

Y allí, arrodillados en medio de un restaurante en Nueva York, con nuestros hijos creciendo entre nosotros, finalmente entiendo. El amor no es sobre no tener miedo. Es sobre tener miedo y elegir amar de todos modos. Es sobre arrodillarse, desnudo y vulnerable, y confiar en que la persona frente a ti no te va a destruir.

Es sobre decir sí.

Y dijimos sí.

De nuevo.

Capítulo VINTISEIS

No creía posible enamorarme más de Thea.

Pero cada día, ella me demuestra que estoy equivocado.

En los últimos meses, la observé florecer de maneras que me dejan mareado. En Mount Sinai, se convirtió prácticamente en la mano derecha de Alistair Hayes, su mente brillante absorbiendo cada técnica, cada abordaje innovador en cirugía fetal. Él habla de ella con un orgullo que reconozco, porque es el mismo que siento. Es excepcional, me dijo una noche, cuando él y su novia, Sophie, vinieron a cenar a nuestra casa, algo que se volvió rutina, los cuatro ahora amigos improbables unidos por la medicina y por un afecto genuino.

Los celos que una vez sentí se convirtieron en admiración pura. Ella tiene su propia luz. Brilla sola. Y yo soy solo el afortunado que logra estar a su lado.

La mudanza a la casa nueva trajo una energía diferente a nuestras vidas. Cada habitación respira posibilidad, pero es el cuarto de los bebés el que se convirtió en nuestro santuario. Mi madre y mi abuela Emma pasaron semanas ayudando a Thea a organizarlo, cada artículo cuidadosamente elegido y etiquetado. Kyle en azul marino. Emma en lavanda suave. Dos cunas lado a lado. Dos vidas a punto de cambiarlo todo.

Thea se sumergió en todo con una energía que me sorprende. Las clases de pilates que la obstetra recomendó, para ayudar en el parto natural que ella insiste en intentar. El curso de lactancia. Los libros sobre desarrollo infantil que lee tarde en la noche, la mano siempre en su vientre, como si ya estuviera enseñando a nuestros hijos.

Y me convertí en su almohada humana favorita.

Todas las noches, ella se acomoda entre mis piernas, la cabeza apoyada en mi pecho, y guía mi mano hacia su vientre prominente. Kyle y Emma se mueven bajo mi palma, pequeños puñetazos y empujones que me dejan completamente tonto.

—Hola, mis amores. —susurro contra la piel estirada de su vientre.— Es papá. ¿Están ahí? ¿Ya están listos para conocer el mundo?

Y ellos responden. Siempre responden. Una patada aquí, un giro allá. Como si ya reconocieran mi voz.

—Te aman. —murmura Thea, somnolienta, su mano cubriendo la mía.

—No tanto como yo los amo. —respondo, besando su cabello.— O cuanto te amo a ti.

La cubro de besos. Su frente, sus mejillas, sus labios, hasta que sus ojos se cierran y su respiración se vuelve profunda y regular. Y entonces me quedo despierto un poco más, solo observándola, maravillado con la suerte imposible que me trajo hasta aquí.

Claro, no todo es poético. También están las incontables veces que me despierta en medio de la noche.

—Brennan. —me da un codazo.— Tengo que hacer pipí.

Me levanto, medio dormido, y la ayudo a salir de la cama, su vientre haciendo cada movimiento una logística. Espero afuera del baño, apoyado en la pared.

—Eres el mejor esposo del mundo. —dice cuando sale, dándome un beso rápido.

—Lo sé. —respondo, sonriendo, y la guío de vuelta a la cama.

Es así todas las noches. Y no lo cambiaría por nada.

Estamos en la semana treinta y ocho. La casa está lista. La bolsa del hospital está empacada. Thea está radiante, a pesar del cansancio que a veces veo en sus ojos. Estamos cenando, o intentando, cuando sucede.

Estoy terminando de preparar la salsa para la pasta cuando escucho un sonido extraño. Como agua cayendo al suelo.

—Brennan. —la voz de Thea es calmada, casi divertida.— Creo que rompí fuente.

Me volteo. Ella está parada cerca de la mesa, un charco de líquido a sus pies, la mano en su vientre, los ojos muy abiertos.

Y mi cerebro, entrenado en medicina por décadas, simplemente... se congela.

Rompí fuente. Trabajo de parto. Hospital. Ahora.

Pero mis pies no se mueven. Solo me quedo ahí, mirándola como un idiota.

—Brennan. —repite ella, esta vez con una sonrisa.— Respira. Estamos bien. Solo necesitamos ir al hospital.

Ella, la paciente, me está calmando. La ironía no se me escapa.

—Correcto. Hospital. Ahora. —finalmente logro decir, mi cerebro volviendo a funcionar.

Tomo la bolsa del hospital. Ayudo a Thea a ponerse los zapatos. Cierro la casa con llave. En el auto, llamo a la Dra. Sharma, mi voz sorprendentemente calmada al reportar los detalles.

Pero en cada semáforo, en cada curva, la miro.

—¿Estás bien? —pregunto por décima vez.

—Estoy bien. —responde ella, sonriendo, incluso cuando veo una contracción pasar por ella, su rostro contrayéndose levemente.

—¿Segura?

—Brennan. —toma mi mano y la lleva a sus labios, besando mis dedos.— Estoy bien. Estamos bien. Y pronto, vamos a conocer a nuestros bebés.

El amor y la admiración que siento por ella en este momento son tan intensos que apenas puedo respirar. Beso su mano de vuelta, presionándola contra mi rostro.

—Eres increíble. ¿Lo sabes?

—Tú también. —susurra ella.

El hospital es un borrón de actividad. Thea es llevada a una sala de parto, y me quedo a su lado, sosteniendo su mano, mientras la Dra. Sharma la examina.

—Seis centímetros de dilatación. —anuncia.— Estamos progresando bien. Si todo continúa así, podemos intentar el parto natural, como querías.

Thea sonríe, cansada pero determinada.

—Perfecto.

Las horas que siguen son una mezcla de dolor y belleza. Cada contracción la hace gemir, y me siento completamente impotente. Todo lo que puedo hacer es sostener su mano, limpiar su rostro con una toalla fría, susurrar palabras de aliento.

—Eres fuerte. Tan fuerte. Solo un poco más, mi amor.

Y entonces, finalmente, la Dra. Sharma dice las palabras que esperábamos.

—Es hora. Vamos a conocer al primer bebé.

Se le indica a Thea que puje. Veo el dolor en su rostro, el esfuerzo monumental. Y no puedo evitarlo. El recuerdo me golpea como un rayo.

Noah. El día en que nació. El día más feliz de mi vida.

Claire gritando. Mi mano siendo aplastada por la suya. Y entonces, el llanto. El llanto más hermoso del mundo. Mi hijo, colocado en mis brazos, pequeño y perfecto.

Las lágrimas queman mis ojos, pero las aparto. No ahora. Ahora es sobre Thea. Sobre nuestros hijos.

—Una más, Thea. Un empuje más. —anima la Dra. Sharma.

Y entonces, un grito. Alto, furioso, perfecto.

—¡Es un niño! —anuncia la médica, levantando un pequeño ser, los brazos y piernas agitándose en el aire.

Kyle.

Mi hijo. Nuestro hijo.

Thea solloza, extendiendo los brazos, y la enfermera coloca a Kyle contra su pecho. Es perfecto. Pequeño, rojo, llorando con toda la fuerza de sus pulmones.

—Hola, mi amor. —susurra Thea, las lágrimas corriendo por su rostro.— Bienvenido al mundo, Kyle.

Me inclino, besando su frente, luego la de Kyle.

—Eres increíble. —digo, mi voz quebrada.

Pero el momento es corto. Thea gime, su cuerpo contrayéndose.

—La segunda está viniendo. —anuncia la Dra. Sharma.

Kyle es llevado por la enfermera para ser limpiado, y se le indica a Thea que puje nuevamente. Veo el agotamiento en su rostro, el sudor en su frente, la forma en que tiembla.

Y me siento un monstruo.

Debería haber insistido en una cesárea. Esto es demasiado. Es demasiado para ella.

—Thea, no necesitas... podemos hacer una cesárea, podemos...

—No. —me interrumpe, la voz firme a pesar del dolor.— Puedo hacer esto. Voy a hacer esto.

Y lo hace.

Con dos empujones más, Emma entra al mundo. A diferencia de Kyle, que lloró inmediatamente, Emma tarda un segundo. Un segundo aterrador de silencio.

Y entonces, grita. Un grito tan alto, tan furioso, que la Dra. Sharma ríe.

—¡Esta tiene opinión! —dice, levantando a Emma.

Mi hija. Nuestra hija.

Emma es colocada en el pecho de Thea, y finalmente dejo caer las lágrimas. Están aquí. Ambos. Sanos. Perfectos.

—Lo hiciste. —susurro a Thea, besando su frente sudada.— Trajiste a nuestros hijos al mundo. Te amo tanto. Te admiro tanto.

Está agotada, los ojos casi cerrándose, pero sonríe.

—Yo también te amo.

Los bebés son llevados para ser limpiados y examinados. Thea es arreglada, y me quedo a su lado, sosteniendo su mano.

—Descansa. —digo suavemente.— Yo me encargo de todo.

Ella solo asiente, los ojos finalmente cerrándose.

Salgo a la sala de espera, y lo que encuentro me calienta el corazón.

Mis padres. Mi abuela Emma. Chloe y Louis, los mejores amigos de Thea. Liam, Jake, y otros residentes que se volvieron sus amigos. Alistair y Sophie.

Todos se levantan cuando me ven.

—¿Y entonces? —pregunta mi padre, ansioso.

Sonrío, una sonrisa tan amplia que me duele el rostro.

—Kyle Rhys-Donovan. Tres kilos doscientos gramos. Emma Rhys-Donovan. Tres kilos cien gramos. Todos sanos. Thea fue... increíble.

La sala explota en celebración. Abrazos, lágrimas, risas. Mi madre me abraza con fuerza, llorando.

—Estoy tan orgullosa de ti. —susurra.

Llevo a mi abuela Emma y a mis padres al cunero, donde Kyle y Emma están en sus cunitas, lado a lado. A través del vidrio, vemos sus caritas perfectas.

—Míralos. —susurra mi abuela, las manos en el vidrio.— Tan pequeños. Tan perfectos.

Se voltea hacia mí, los ojos brillando con lágrimas.

—Noah estaría tan feliz por ti, Brennan. —dice suavemente.— Le habría encantado ser hermano mayor. Y donde sea que esté, sé que está mirando a Kyle y Emma, bendiciéndolos, protegiéndolos.

Sus palabras me quiebran. Sollozo, cubriendo mi rostro con las manos.

—Abuela...

—Mereces esto, mi querido. —continúa, sosteniendo mi rostro entre sus manos ancianas.— Mereces esta felicidad. Y estos bebés... van a conocer el amor de verdad. Porque aprendiste. Aprendiste que el amor no es sobre perfección. Es sobre estar presente.

La abrazo, dejando caer las lágrimas libremente.

Más tarde, cuando cae la noche y el hospital se aquieta, estoy de vuelta en el cuarto de Thea. Los bebés ya amamantaron, sus pequeños cuerpos ahora saciados y durmiendo profundamente en sus cunitas al lado de la cama.

—Acuéstate conmigo. —pide Thea, la voz somnolienta.

Me acomodo cuidadosamente en la cama del hospital a su lado, y nos quedamos ahí, lado a lado, mirando a Kyle y Emma.

—Son reales. —susurra ella, maravillada.— Realmente están aquí.

—Lo están. —respondo, mi mano encontrando la suya.— Y son perfectos. Igual que tú.

Ella voltea la cabeza para mirarme.

—Gracias. Por todo. Por amarme. Por amarnos.

—No. Gracias a ti. —digo, besando su frente.— Me diste una segunda oportunidad. Una familia. Un futuro. Te amo, Thea. Más de lo que cualquier palabra puede expresar.

Ella sonríe, los ojos finalmente cerrándose.

—Yo también te amo.

La observo dormirse, escuchando su respiración volverse profunda y regular. Y entonces, finalmente, dejo caer las lágrimas que estuve conteniendo todo el día.

Pero no son lágrimas de dolor. No son de miedo o de pérdida.

Son de alegría.

Alegría pura, abrumadora, imposible.

Miro a Kyle y Emma, luego a Thea, mi esposa, mi compañera, mi salvación. Y por primera vez en ocho años, el fantasma de Noah no me atormenta. Está ahí, sí, una parte permanente de quien soy. Pero no como una sombra. Como una luz. Un recordatorio de que el amor, incluso cuando se pierde, nunca muere realmente.

Solo... se transforma.

Y me transformó en esto. En este padre. En este esposo. En este hombre que, contra todas las probabilidades, encontró su camino de vuelta a casa.

Beso la frente de Thea una última vez, luego me inclino hacia las cunitas, besando a Kyle y Emma suavemente.

—Bienvenidos al mundo, mis amores. —susurro.— Papá está aquí. Y estará aquí para siempre.

Y finalmente, por primera vez en años, duermo en paz.

Completo.

Entero.

Hogar.

Epílogo TRES AÑOS DESPUÉS

Tres años después - Thea

Tres años.

Tres años desde que Kyle y Emma entraron al mundo gritando, y desde entonces, nuestra casa nunca más conoció el verdadero silencio. La enorme residencia de ladrillos que parecía tan vasta cuando nos mudamos ahora parece pequeña ante la energía ciclónica de dos pequeños de tres años.

Kyle, con su cabello oscuro despeinado como el de Brennan y ojos que brillan con malicia constante. Emma, rubia como yo, pero con la determinación feroz de su padre, esa barbilla terca que reconozco muy bien. Pelean por el mismo juguete aunque tengan duplicados. Pelean por qué dibujo animado ver. Pelean por quién va a sentarse en el regazo de papá primero.

Pero son inseparables. Una simbiosis caótica que nos deja exhaustos y completamente enamorados.

Las niñeras —ya vamos por la tercera este año— se vuelven locas. Tienen mucha energía, Dra. Rhys-Donovan, me dijo ayer la actual, Patricia,

los ojos vidriosos de cansancio. Solo sonreí y le di un bono. Cualquiera que logre sobrevivir a Kyle y Emma merece una medalla.

Brennan y yo nos convertimos en maestros de logística familiar. Nuestras agendas están sincronizadas con precisión quirúrgica. Él bloquea las tardes de martes y jueves para recogerlos de la guardería. Yo salgo más temprano los lunes y miércoles. Los fines de semana, nada —absolutamente nada— es más importante que nuestra familia.

Y aun así, encontramos tiempo para nosotros. Robamos momentos. Miradas a través de la mesa del desayuno mientras Kyle tira cereal al suelo y Emma declara la guerra a los panqueques. Besos rápidos en la cocina mientras están distraídos con un dibujo animado. Y, cuando la suerte está de nuestro lado y ambos toman una siesta al mismo tiempo, aprovechamos.

Como ahora.

La casa está en un silencio milagroso. Kyle y Emma durmieron después del almuerzo, exhaustos de una mañana en el parque. Patricia salió a comprar víveres. Y nosotros... bueno, tenemos tal vez cuarenta minutos antes de que el caos regrese.

Estamos en el pasillo entre nuestro cuarto y el de ellos, y Brennan me presiona contra la pared, su boca en la mía, caliente y hambrienta.

—Necesitamos ser rápidos. —murmura contra mis labios, las manos ya subiendo mi blusa.

—Muy rápidos. —concuerdo, mis dedos trabajando en los botones de su camisa, torpes en la prisa.

Nos besamos como adolescentes robando momentos prohibidos, toda lengua y urgencia. Sus manos encuentran mi piel desnuda, y jadeo contra su

boca.

—Dios, cómo te extrañé. —susurra, los labios descendiendo por mi cuello.

—Estuvimos juntos esta mañana. —señalo, pero mi voz sale jadeante.

—Mucho tiempo. —gruñe, levantándome.

Mis piernas se enrollan automáticamente en su cintura, años de práctica haciendo el movimiento instintivo. Me lleva hacia nuestro cuarto, nuestros labios nunca separándose, y ya puedo sentir la cama suave llamándome, la promesa de...

—¿Papá?

La voz de Kyle, somnolienta y llorosa, resuena desde el cuarto de los niños.

Nos congelamos. Literalmente nos congelamos en medio del pasillo, Brennan todavía sosteniéndome, mi blusa medio levantada, su camisa medio desabrochada.

—Tal vez vuelva a dormir. —susurra Brennan, esperanzado.

Esperamos. Cinco segundos. Diez. Quince.

—¡Paaaapáááá! —gime Kyle, esta vez con más insistencia.— ¡Pipí!

Brennan deja caer su cabeza contra mi pecho, y una risa frustrada escapa de él.

—Es mi turno, ¿no?

—Técnicamente, sí. —confirmo, intentando no reír de la expresión de pura desesperación en su rostro.

Me suelta con cuidado, y ajusto mi blusa mientras él abrocha la camisa con dedos rápidos.

—¡No te duermas! —ordena, señalándome mientras camina de espaldas hacia el cuarto de los niños.— ¡Espérame! ¡Juro que vuelvo en cinco minutos!

—Claro. —digo, bostezando.— Voy a estar aquí. Despierta.

Entro a nuestro cuarto y caigo en la cama, todavía cálida del sol de la tarde que entra por la ventana. Voy a cerrar los ojos por un segundo. Solo un segundo...

Despierto con el sonido de risas infantiles.

Abro los ojos lentamente, desorientada. La luz que entra por la ventana es diferente —más suave, dorada. Ya no son las dos de la tarde. Son casi las cinco.

Dormí. Por tres horas.

Me siento en la cama, el cabello un desastre, la blusa todavía torcida de nuestro intento fracasado más temprano. El sonido viene de la sala. Risas. La voz grave de Brennan haciendo alguna payasada, seguida por las carcajadas agudas de Kyle y Emma.

Bajo las escaleras descalza, siguiendo el sonido, y encuentro la escena más hermosa.

Brennan está en el piso de la sala, boca abajo, mientras Kyle y Emma usan su espalda como tobogán. Suben, se deslizan, caen riendo, y repiten. Él hace sonidos de monstruo, rugiendo y fingiendo intentar atraparlos, lo que solo aumenta los gritos de alegría.

Mi corazón se expande en el pecho.

—¡Mira, papá! ¡Mamá despertó! —grita Emma, viéndome en la escalera.

—¡Mamá! —Kyle corre hacia mí, Emma enseguida detrás.

Me agacho, abriendo los brazos, y los dos se lanzan contra mí en un abrazo conjunto y caótico. Besos húmedos y pegajosos en mis mejillas, manitas en mi cabello.

—Hola, mis amores. —digo, cubriendo a ambos de besos.— ¿Se divirtieron?

—¡Papá es un caballo! —anuncia Kyle, orgulloso.

—¡No, un dinosaurio! —corrige Emma.

—Fue un dragón-caballo-dinosaurio. —Brennan se levanta, limpiándose las manos en los pantalones. Se acerca, besando mi frente.— Alguien rompió la promesa de no dormir.

—Perdón. —murmuro, todavía medio aturdida.— Estaba cansada.

—Me di cuenta. —sonríe, esa sonrisa de lado que todavía me derrite.
— Tres horas, Thea. Dormiste tres horas.

—¿Tres horas?! —lo miro, horrorizada.— Brennan, te quedaste con ellos solo por tres horas. Tenías cirugía mañana temprano para revisar, yo...

—Está todo bien. —me interrumpe, la mano acariciando mi rostro.— Revisé todo mientras dibujaban. Y después jugamos. Y ahora... —mira el reloj— ...ahora es hora de cenar.

Kyle y Emma gritan al unísono:

—¡PIZZA!

Río, sacudiendo la cabeza.

—¿Pizza otra vez?

—Es viernes. —dice Brennan, como si eso lo explicara todo.—
Viernes es día de pizza.

Y lo es. Desde que los gemelos tenían un año, viernes es día de pizza, película y desorden controlado. Nuestra tradición sagrada.

Los meses que siguen son un borrón feliz.

Mi residencia está llegando al final —solo un año más. Alistair me llamó a su oficina la semana pasada.

—Tienes un futuro brillante, Thea. —dijo, las manos cruzadas sobre la mesa.— Cuando termines aquí, quiero que consideres una beca de especialización conmigo. Cirugía fetal de alta complejidad. Tienes el talento. Solo necesitas el tiempo.

La oferta me llenó de orgullo y miedo en igual medida. Más tiempo. Más horas lejos de Kyle y Emma. Pero también, la realización de un sueño que ni sabía que tenía.

Le conté a Brennan esa noche, después de que los niños durmieron.

—Acéptala. —dijo inmediatamente.

—Pero...

—Sin peros. —me interrumpió, sosteniendo mi rostro.— Tu talento merece ser desarrollado. Y vamos a arreglárnoslas. Siempre lo hacemos.

Y es verdad. Siempre lo hacemos.

Pero hay algo más importante ahora. Algo que planeamos hace meses.

Nuestro matrimonio de verdad.

Decidimos esperar. Esperar hasta que Kyle y Emma pudieran participar, pudieran entender, aunque sea vagamente. Y ahora, con tres años, están listos.

La ceremonia es en un jardín, la misma casa de los padres de Brennan donde nos casamos la primera vez. Pero esta vez, es diferente. Es real. Es nuestro.

Estoy en un vestido simple de encaje blanco, el cabello suelto en ondas. Mis manos tiemblan sosteniendo el ramo de peonías blancas.

—¿Lista? —pregunta Hannah, mi suegra, ajustando mi velo.

—Sí. —susurro, pero mi voz falla.

Porque allá afuera, en el jardín repleto de amigos y familia, está Brennan. Y con él, nuestros hijos.

La música comienza. Una versión instrumental suave de A Thousand Years. Comienzo a caminar, y es cuando los veo.

Kyle, en un pequeño traje azul marino, sosteniendo una almohada con las alianzas. Emma, en un vestido de encaje color lavanda, una canastita de pétalos en la mano.

Y Brennan, al final del camino, en traje oscuro, los ojos ya brillando con lágrimas.

Kyle y Emma comienzan a caminar primero, guiados por Patricia. Kyle toma la misión en serio, pasos cuidadosos, concentrado en la almohada. Emma arroja pétalos con entusiasmo excesivo, creando una nevada perfumada.

Las lágrimas comienzan a caer por mi rostro. No puedo evitarlo. La visión de mis hijos, tan pequeños, tan perfectos, caminando hacia

nosotros... es demasiado.

Llegan hasta Brennan, quien se arrodilla, besando la frente de cada uno antes de enviarlos a la primera fila con la abuela Emma.

Y entonces es mi turno.

Camino sola. Porque no tengo un padre que me entregue. Pero no lo necesito. Me entrego a mí misma. Y a él.

Cuando llego cerca, Brennan extiende la mano, y la tomo.

—Estás hermosa. —susurra, la voz ronca.

—Tú también. —logro decir entre lágrimas.

El celebrante comienza a hablar, pero apenas escucho. Estoy perdida en los ojos de Brennan, en la forma en que me mira como si fuera la única persona en el universo.

Y entonces, los votos.

—Thea. —comienza, y su voz se quiebra.— Hace tres años, me casé contigo por conveniencia. Por miedo. Por obligación. Pero hoy... hoy me caso contigo por amor. Amor que me salvó. Que me reconstruyó. Que me dio a Kyle y Emma y un futuro que no creía posible.

Limpia sus propias lágrimas, sonriendo a través de ellas.

—Eres mi compañera. Mi mejor amiga. Mi hogar. Y prometo pasar el resto de mi vida amándote. En cada versión de nosotros. En cada vida. La respuesta siempre serás tú.

Mi corazón está tan lleno que duele.

—Brennan. —mi voz sale embargada.— Me diste algo que nunca tuve. Una familia. Un hogar. Un amor que no viene con condiciones o

críticas. Me ves. La verdadera yo. Y me amas de todos modos.

Sostengo sus manos con fuerza.

—Prometo amarte en los días fáciles y en los difíciles. Cuando Kyle y Emma nos vuelvan locos y cuando nos llenen de orgullo. Prometo ser tu compañera. Tu igual. Tuya para siempre.

—Las alianzas. —pide el celebrante.

Kyle se levanta, serio, y camina hacia nosotros con la almohada. Emma lo sigue, queriendo participar.

Extienden las alianzas, y Brennan y yo las tomamos con manos temblorosas.

—Con esta alianza... —comienza Brennan, deslizando el anillo en mi dedo.

—Te desposo. —termino, haciendo lo mismo.

—Por el poder que me fue investido, los declaro marido y mujer. De nuevo. —sonríe el celebrante.— Puede besar a la novia. De nuevo.

Y Brennan me besa.

No es como el beso de nuestro primer matrimonio, lleno de tristeza y resignación. Este está lleno de promesa. De alegría. De un futuro brillante.

Cuando nos separamos, Kyle y Emma están saltando y gritando:

—¡Papá besó a mamá! ¡Puaj!

El público ríe, y yo río también, las lágrimas todavía cayendo, pero ahora de pura felicidad.

Brennan me atrae cerca, susurrando en mi oído:

—Te amo, Thea Rhys-Donovan.

—Yo también te amo. —susurro de vuelta.— Tanto. O más.

Sonríe contra mis labios.

—Imposible. Yo te amo más.

—Competencia idiota. —murmuro, pero estoy sonriendo.

—Que siempre voy a ganar.

Nos besamos de nuevo, y esta vez, Kyle y Emma corren y se lanzan contra nuestras piernas, queriendo participar.

Brennan los levanta, uno en cada brazo, y yo me quedo entre ellos, y por primera vez en mucho tiempo, todo parece perfectamente, gloriosamente correcto.

Esta es mi familia.

Este es mi para siempre.

Y no lo cambiaría por nada en este mundo.

Fin